

EXERCICIOS TRADICIONALES DE TAPAS

CARLOS IV

1808

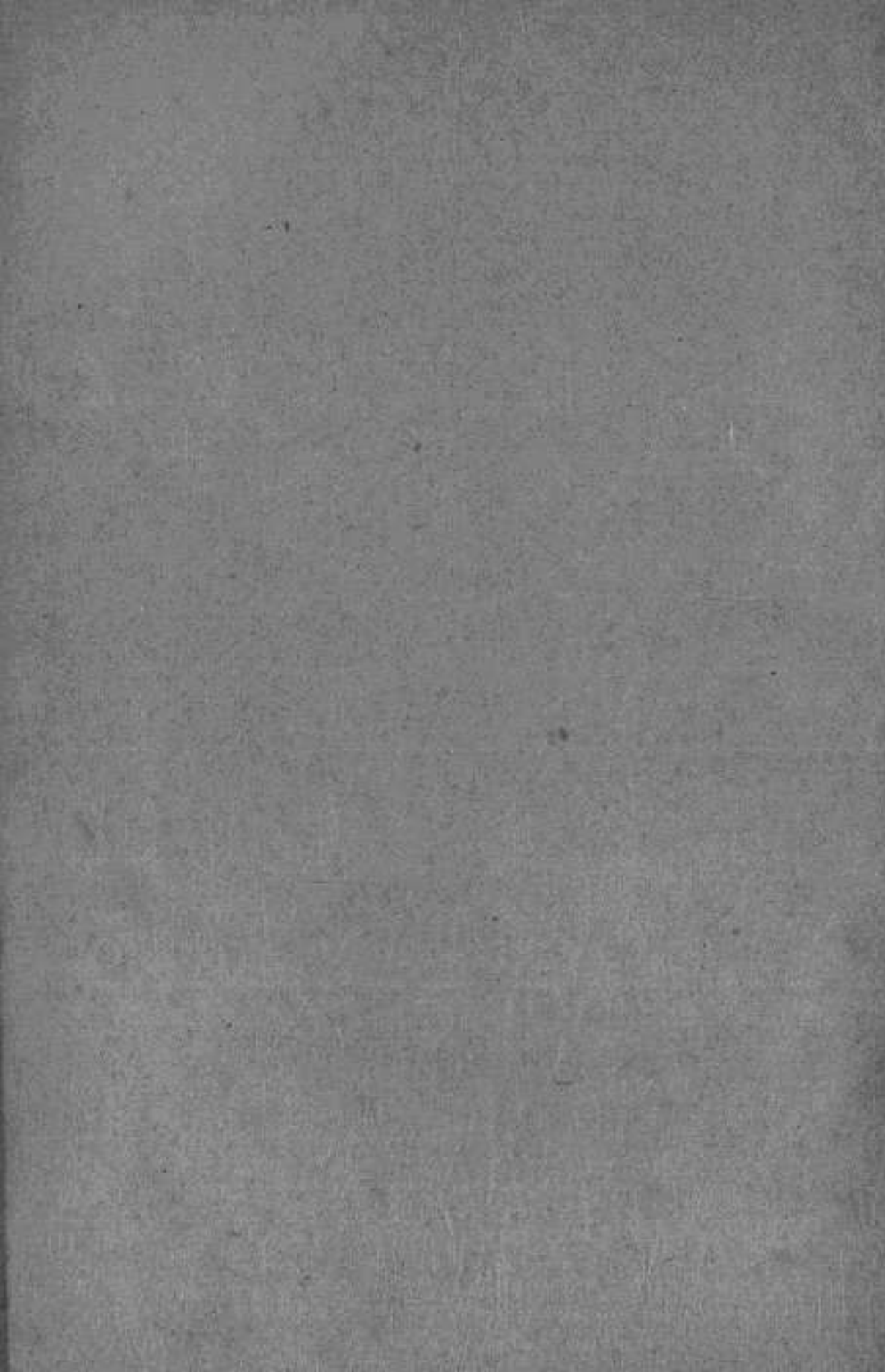


ATV
9.422

Ms. 317

8

ATV 9.782

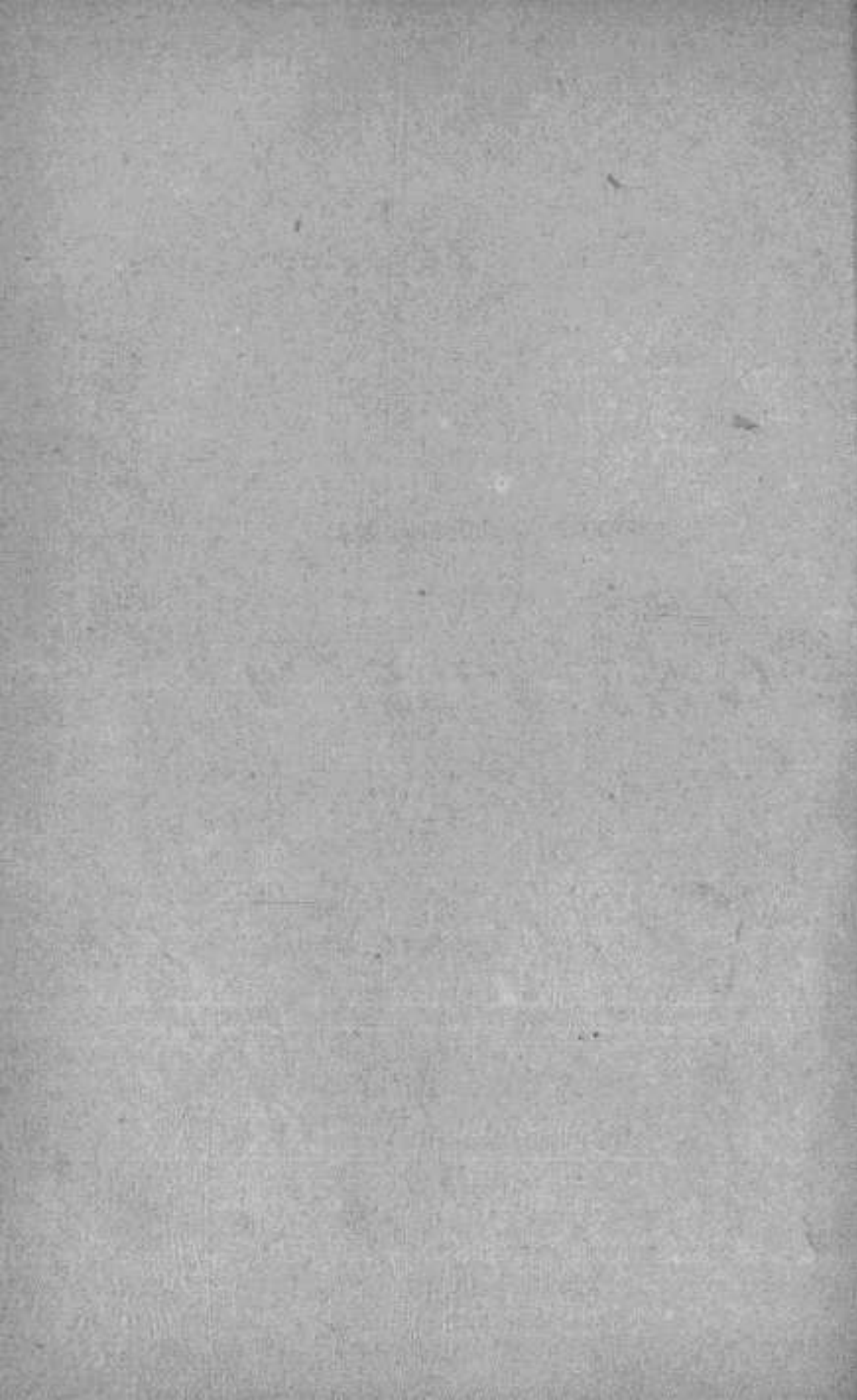


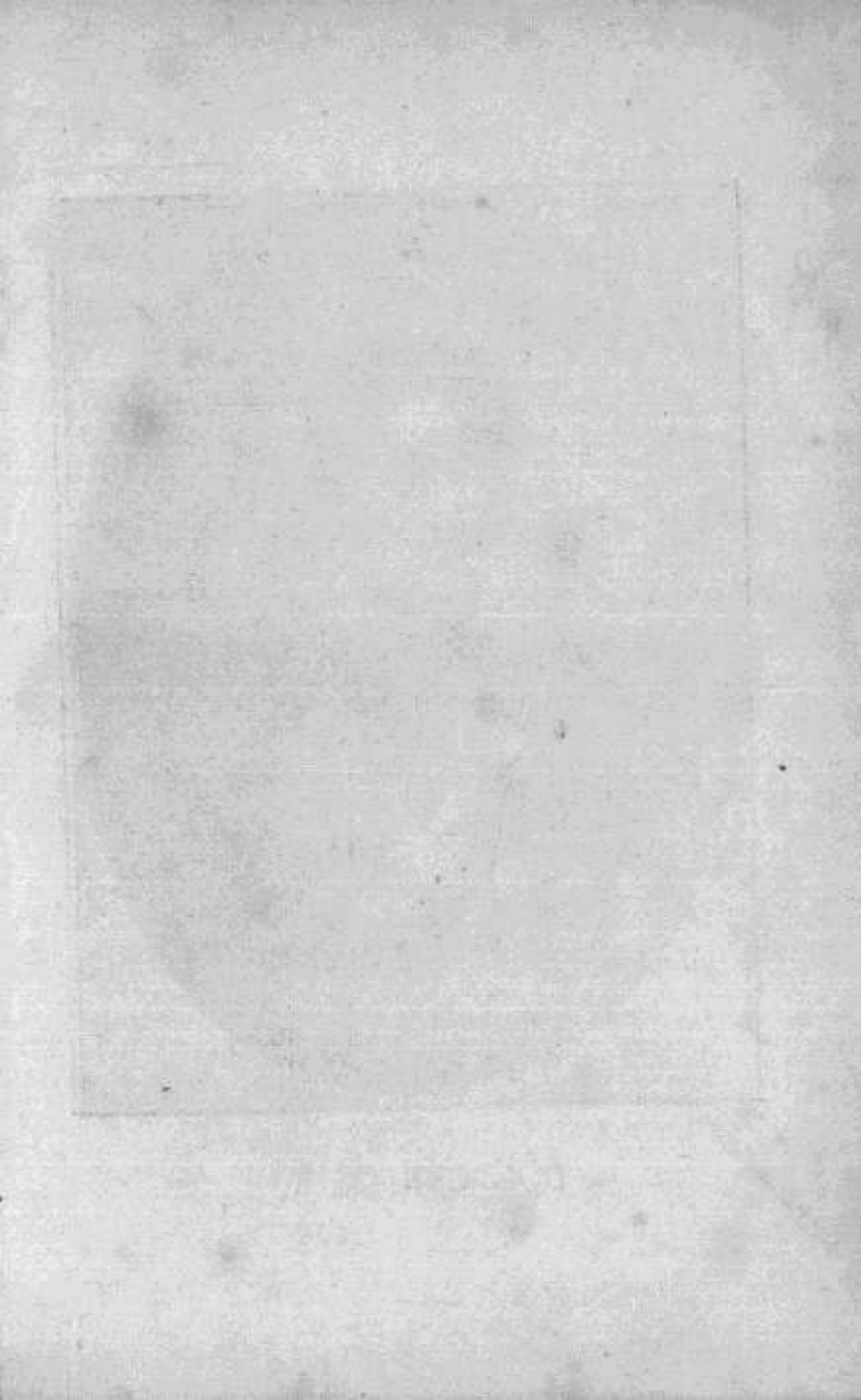


EPIŒODIOS TRADICIONALISTAS

CÁRLOS V.

— 1909 —







DON CARLOS V.

11-21488
R-12023

EPISODIOS TRADICIONALISTAS

CÁRLOS V

ESTUDIO BIOGRÁFICO

POR UN CONTEMPORÁNEO

EDICION REFUNDIDA CON NOTAS Y UN APÉNDICE

POR

D. ENRIQUE EMILIO DEL LLANO



BARCELONA.

LA PROPAGANDA CATALANA

Librería de Quintana y Puiggrós, Paja, 31

1884

Es propiedad de los Editores.

Imp. de C. Miró, Barbará, 26.—Barcelona, 1884.

PRÓLOGO.

El siglo XVIII fué altamente funesto para nuestra Patria; la influencia francesa, cesarista en Religion y en política, venía á sustituir al régimen cristiano y generoso de la Casa de Austria, la política inspirada por el espíritu pagano del Renacimiento, que había convertido la Córte de Luis XIV en asilo de cortesanos y leguleyos, cuya soberbia y libertinaje á duras penas refrenaba la fuerza aún potente de la Iglesia. El genio español sólidamente católico, pudo modificar en buen sentido aquel trastornador influjo, mas no

fué dable evitar que en el choque de tan encontrados elementos pudiesen arrolladas las cristianas libertades de Cataluña, y, en medio del general desconcierto, lograrse el inglés protestante clavar en Gibraltar su bandera y posar la Francmasonería su inmunda planta en la España de Recaredo y de Felipe II. Pareció por un momento detenerse tan fatal corriente bajo el reinado paternal de Fernando VI, pero quebrantada la influencia de su confesor y eminente patricio el P. Rávago, de la Compañía de Jesus, y caido el Marqués de la Ensenada, el regalismo jansenista y la influencia masónica se entronizaron oprimiendo á la Iglesia bajo Carlos III y hollaron la régia púrpura en el reinado del débil Carlos IV.

En tan calamitosa época vió la luz el egrégio Principe don Carlos María Isidro, hijo segundogénito de Carlos IV, cuya vida debia ser una continua lucha contra la Revolucion y en quien habian de hallar un protector decidido y un paladin esforzado todas las reivindicaciones de la España tradicional. Ejemplo de integridad de vida en medio de una Corte discola y libertina, que no va-

cilaba en alzar al Príncipe de Asturias, don Fernando, contra su padre y Rey; compartiendo en el destierro de Valençey la desgracia de su familia, sin asociarse empero á las serviles adulaciones que á Napoleon ésta dirigía; honrado consejero de Fernando VII más tarde, y defensor de su corona frente á la Revolucion triunfante; resistiendo con lealtad heroica á los clamores de los españoles, que en 1827 le llamaban á salvar el Altar y el Trono, comprometidos por la desatentada política de su régio hermano; hijo siempre sumiso, patrio digno y leal súbdito; Cárlos V fué llamado á ser cabeza de esta dinastia angusta, que la Providencia quiso apartar temporalmente del sólio para que no apareciera solidaria de las bajezas y crímenes cometidos á su sombra por el liberalismo y que proscrita guarda, en extraño hogar, el fuego sagrado de las católicas tradiciones de la Patria y de sus forales libertades.


Oportunísimo es en estos momentos presentar el reducido pero pintoresco boceto que de tan nobilísima figura hizo un escritor francés, contemporáneo y presencial testigo de las proezas y vir-

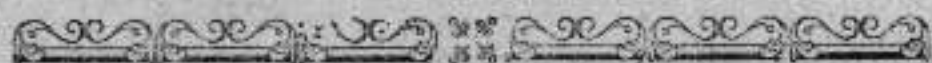
tudes del heróico príncipe, cuya mision continúa con honra su angusto sucesor el señor Duque de Madrid; el liberalismo cae de dia en dia en profundo descrédito; aparecen vanas todas sus promesas y la corrupcion en él ingénita, adquiriendo creciente desarrollo en mengua de la dignidad nacional y de la moral pública, inspira repugnancia á sus mismos secuaces; la reaccion se viene porque la misericordia del Señor no está agotada; en vano indignos sofistas tratan de conjurarla fingiendo oponer al sistema parlamentario la Monarquía representativa; todos van comprendiendo que la verdadera Monarquía representativa, tal como España la conoce y ama, está personificada en aquel que ha dicho: «Mi pensamiento fijo, mi deseo constante »es cabalmente dar á España lo que no tiene..... »la libertad, que es hija del Evangelio; no el liberalismo, que es hijo de la protesta;» en aquel, en fin, que, ante un siglo desvanecido por la soberbia racionalista, públicamente se declara súbdito fiel de la Iglesia y continúa las tradiciones piadosas de Cárlos V.

Réstanos sólo manifestar á nuestros lectores ha-

bernos permitido ampliar en unos puntos y modificar en otros el texto primitivo, respetando siempre lo sustancial del mismo; no en vano han pasado cuarenta años desde los hechos que el autor relata, durante los cuales hánse divulgado multitud de documentos y trabajos históricos, cuya resultancia no debíamos despreciar; finalmente continúase un apéndice relativo á ciertos importantes hechos ocurridos desde 1820 á 1833, que esperamos obtenga la benévola atención del público; si así fuere y lograrse esta obra, con el favor de Dios, desvanecer las injustificadas prevenciones que, contra la bandera santa de Dios, PATRIA Y REY, se abrigan aún por algunos españoles, verá colmadas sus más vivas aspiraciones.

ENRIQUE EMILIO DEL LLANO.





VIDA DE
DON CÁRLOS V
DE ESPAÑA



Don Carlos María Isidro de Borbon, hermano de don Fernando VII y como tal llamado á sucederle en falta de descendencia varonil, nació en 29 de Marzo de 1788 en Aranjuez: fueron sus padres el Sr. don Carlos IV y la Sra. doña María Luisa, reyes de España. Ya en su infancia acreditó este príncipe extraordinarias disposiciones para el estudio. Confiada su educacion á los sabios profesores Reverendo Padre Scio de San Miguel y don Cristóbal Bencomo, manifestó el príncipe una particu-

lar preferencia para el estudio de la filosofía, al cual dedicó todo su tiempo haciendo en ella, con grande satisfaccion de sus preceptores, admirables progresos. No sabía entonces cuánto algun dia podía servirle aquella filosofía que mamaba en el seno de la Religion, para apreciar en su justo valor los bienes y los males de esta vida miserable; menos podia todavía sospechar que desterrado dos veces en suelo extranjero no tendria en la tierra más apoyo que la fuerza de su alma; esta fuerza que la razon sugiere, que la Religion confirma, que la fe hace invencible y que el justo considera como el único bien que le queda del naufragio, puesto que ella enseña á hacerse superior á la desgracia, alimenta sus esperanzas y da consuelo en la adversidad.

El encargo de enseñar al príncipe el arte militar, fué confiado al general don Vicente Maturana, y concluida su educacion fueron sus ayos el Marqués de Santa Cruz y el Duque de La Roca. No ménos aptitud acreditó don Carlos en la ciencia militar que en la filosofía y la literatura, como si un noble presentimiento le hubiese dado á cono-

cer la necesidad en que se encontraría de utilizar las nociones adquiridas en sus estudios. Ocupado el Príncipe en perfeccionar su instrucción y dotado de nobilísimos sentimientos supo mantenerse apartado de las intrigas en que se agitaba la Corte de España, y la Historia guarda honroso silencio respecto á don Carlos, al hablar de las mezquinas tramas que dieron lugar al proceso del Escorial y á la acusación dirigida contra Fernando VII, de conspirar para el destronamiento de su padre. Preparado el príncipe por su educación y virtudes pudo soportar con noble entereza la gran catástrofe que, apenas llegado á los veinte años de su edad, descargó sobre la España, privándola de sus Reyes, dando á los príncipes ocasion de acreditar su amor á los pueblos y á éstos de mostrar su entusiasta adhesion á sus príncipes.

Napoleon, que en nada estimaba la justicia y la buena fe cuando no andaban acordes con sus intereses, invadió de improviso la España, su aliada; bajo especiosos pretextos la Real familia fué atraída á Bayona (1808), donde sin ninguna consideracion á la Majestad Real, á la fe de los tratados y

al derecho de gentes, el Rey Fernando VII, don Carlos y su tío don Antonio fueron puestos en cautividad y conducidos á Valencey, quedando allí prisioneros. Mientras tanto los españoles leales deploraron la suerte de sus Reyes con algo más que las exclamaciones de un estéril dolor; estalló el fuego de la venganza, y cubierto el suelo español de combatientes juraron exterminar á los fermentidos franceses; resolución que se llevó á efecto por desgracia de la Francia, porque el heroísmo de aquellos fieles realistas obligó á los franceses á abandonar un suelo que había devorado á seiscientos mil hombres de las mejores tropas del imperio. Esta guerra de exterminio agotó los recursos de la Francia (1).

Por fin el héroe que había sabido convertir en su utilidad todos los provechos obtenidos por la Revolución, que por un momento había atemorizado á los reyes, asolado el mundo con sus ejérci-

(1) Obsérvese que el autor de esta obra era francés, lo cual hace más laudable la imparcialidad que muestra en lo relativo á nuestra gloriosa guerra de la Independencia.

tos triunfantes, llenado de asombro á todos sus enemigos coaligados, reanimado el orgullo de la nacion francesa y cubierto con trofeos militares la mancha vergonzosa del regicidio, imponiendo á aquellos libres cautivos el más oneroso despotismo, llegó al término de su carrera. Herido por el anatema del Sumo Pontífice Pio VII, á quien despojó de sus Estados y retuvo cautivo, Napoleon, este coloso, este gigante exterminador fué confinado á un punto del globo, donde unos cuantos hombres bastaron para comprimir los terribles efectos de aquel genio ante quien pareció estrecha la tierra á la que había hecho postrar á sus piés. Respiraron entonces los reyes, disipóse su terror, pero su vista quedó siempre fija sobre aquella roca, donde al fin se extinguió la brillante aureola que había fascinado las naciones.

Fernando VII y su hermano don Carlos recobraron la posesion de España, invitados por una restauracion pacífica, y todos los reyes se dieron la mano para formar ese círculo impenetrable contra el cual estrellarse debía todo conato de funesta guerra. Fernando era débil, Carlos fué su apo-

yo, su sostén, su más fiel vasallo, y supo conquistar para su augusto hermano el amor de los pueblos que éste no había sabido merecer; más tarde (1827) estos mismos pueblos quisieron guarecerse bajo la dulce y suave influencia de este excelente príncipe, aclamándole su Rey, pero Carlos, que guiado por el espíritu de Religión atendía sólo á la idea sagrada de sus deberes, no aprovechó su influencia más que para reconducir á la obediencia de su augusto hermano á los súbditos que se habían dejado deslumbrar por el esplendor de sus virtudes.

Y en efecto, ¿quién podía permanecer insensible á los atractivos de la virtud del príncipe? Profundamente religioso, caritativo sin vanagloria, amigo sincero y súbdito siempre fiel, nunca quiso hallar la dicha sino en la práctica de la virtud. Su augusto hermano encontraba en él un consejero sabio y prudente, un amigo fiel y respetuoso, un hermano amante y un guía seguro é ilustrado. Sus compañeros de cautividad mirábanle cual su genio tutelar, y en él tenían puesta toda su confianza para volver al seno de la patria querida,

único y exclusivo objeto de todas las esperanzas. Llamábanle los pobres su padre, todas las desgracias hallaban en él la protección más decidida, los más afectuosos consuelos; era un verdadero padre, en el fondo de cuyo corazón estaban grabadas las miserias del pueblo, que iba á depositar á sus piés todos sus sufrimientos y se retiraba de su vista siempre consolado. ¡Oh, Carlos! tu memoria quedará eternamente grabada en la de todos los habitantes de Valençey: no sin lágrimas de ternura pueden ellos recordar aquellos momentos afortunados, en que te dignabas visitar la cabaña del pobre para enjugar lágrimas y aliviar miserias. Todavía ahora bendicen sin cesar tu nombre, proscrito ilustre, y envidian la suerte de los habitantes de Bourges que tienen la dicha de poseerte; pero no saben ellos, aquellos hombres llenos de reconocimiento, que tu situación actual no es la misma de otros tiempos; ellos ignoran que una vigilancia incómoda y severa acompaña tus pasos, sigue tus movimientos, indaga el secreto de tus acciones más ocultas, y no te permite la dulce satisfacción de entregarte á tus instintos generosos,

yendo como en otros días á visitar al pobre y al afligido:

A su regreso á España, contrajo don Carlos matrimonio con la princesa doña Maria Francisca de Braganza y de Berbon, hija del rey don Juan VI de Portugal. Esta ilustre princesa, más recomendable todavía por sus altas virtudes que por el esplendor de su cuna, llevó á la Córte de España esa dulce modestia tan escasa entre los soberanos; esa prudencia, esa dulzura, esa moderacion y tierna caridad que conciliaron todas las voluntades.

Los malos ejemplos son una especie de contagio que extendiéndose con rapidez se apodera de todos los corazones, pero el buen ejemplo penetra con lentitud, es menos rápido en sus progresos, porque los hombres están siempre poco dispuestos á creer el bien que observan en los otros, y todavía baja de punto esa disposicion cuando se trata de practicarle; pero sin embargo, es tal la fuerza del buen ejemplo, que penetrando paulatinamente en los corazones, persuade, agrada, y se atrae un sin fin de imitadores. Tal efecto produjo el po-

deroso atractivo de las virtudes de la princesa: todos se hicieron un honor de imitarla, de seguir á paso firme por el camino que había trazado. El cielo derramó sus bendiciones sobre el nuevo matrimonio, del cual nacieron tres hijos, don Carlos Luis, don Juan y don Fernando. Don Carlos Luis, el primogénito, fué educado por su madre, que cual otra Blanca de Castilla creyó que el primer deber de una reina es instruir á sus hijos en las doctrinas de la Religión y formar su corazón para la virtud.

Mientras tanto don Carlos dedicaba sus cuidados al gobierno del Estado: cargo importante que su hermano le confiara considerándole como el alma de sus Consejos, como el apoyo más firme de su trono. Don Carlos presidía ordinariamente en ausencia del Rey los Consejos de Guerra y Estado: era al mismo tiempo coronel de ese célebre cuerpo de caballería de preferencia, conocido bajo el nombre de CARABINEROS REALES. Presentósele muy luego la ocasión de acreditar cuán profundamente imbuido se hallaba de los sabios principios que deben formar la principal base de todo go-

bierno monárquico, porque sabía que cuando los espíritus inquietos y turbulentos llegan á emanciparse de cualquier modo de la obediencia debida al soberano, se ve éste impulsado á marchar de concesion en concesion, y acabando por perder toda su autoridad, cae en desgracia de sus pueblos y no pocas veces en una cruel y vergonzosa esclavitud, cuando la muerte no llega á ser el premio de su culpable debilidad. Recordaba don Carlos la suerte desgraciada de Carlos I, Rey de Inglaterra, y el ejemplo todavía más reciente del virtuoso, aunque demasiado débil, Luis XVI, Rey de Francia. En vista de estas experiencias, cuando en 1820 las tropas que debían marchar á América se amotinaron pidiendo la Constitucion democrática de 1812, don Carlos se opuso con todas sus fuerzas y declaró que era preciso emplear todos los medios, aun los más rigurosos, para destruir las tramas de los rebeldes. Su opinion no prevaleció en el Consejo (1), publicóse la Constitucion y hasta llegó á

(1) Es de advertir que se hallaba el Consejo minado por la francmasonería.

Consúltese á D. Vicente de Lafuente, *Historia de las soci-*

pretenderse que el voto de don Carlos fuese borrado de las actas. El Rey, que temía agraviar á su hermano, á quien era deudor de relevantes servicios, y de cuyos buenos consejos tenía necesidad extrema en las difíciles circunstancias que se presentaban, no permitió que se le irrogase tal injuria.

Eran demasiado conocidas de los liberales las ideas religiosas de don Carlos para que pudiese dejar de ser el blanco de sus persecuciones; sabían además que en tanto que el príncipe estuviese al frente de los negocios del gobierno no cedería sino á la fuerza y sería preciso disputar el terreno á palmos. No podían los rebeldes, para quienes la lentitud es el más terrible de los obstáculos, en cuanto recelan que las masas sublevadas quieren volver al camino del orden; no podían, repetimos, sufrir la presencia de un príncipe que se oponía constantemente á sus designios, que descubría

dades secretas antiguas y modernas en España. Tomo 1.º, § 31, página 146. Obra escrita con criterio liberal, debe leerse con prevención, aunque en este punto sus datos concuerdan con los de respetables escritores.

todas sus intrigas y anonadaba todos sus proyectos. Por esto hicieron al príncipe objeto de sus ultrajes é insultos y de las más crueles vejaciones.

Don Carlos había previsto que otorgándose á los constitucionales una concesion, sería imposible despues resistir al torrente impetuoso de las exigencias. Y en efecto, el Monarca se vió de tal modo estrechado por sus propios súbditos que hubo de implorar el socorro del Rey de Francia. Apenas se extendió por Madrid la noticia de que Luis XVIII enviaba á España al Duque de Angulema con un ejército de cien mil hombres, el gobierno revolucionario expulsó la familia real, haciéndola conducir á Sevilla en medio de los insultos más groseros y de las más humillantes injurias, que le fueron prodigadas durante el viaje. En derredor de la familia real sonaba sin cesar el grito de muerte, y el pueblo en sus furores amagaba una catástrofe.

Al llegar á Sevilla, los ilustres cautivos fueron privados de todos sus derechos, puestos fuera de la ley y acusados de haber hecho traicion al Es-

tado, llamando al extranjero para combatir á los pueblos; y en seguida se les condujo á Cádiz, donde fueron colocados en oscura prision esperando á que el Gobierno decidiese de su suerte. Entretanto el ejército francés, situándose frente los muros de Cádiz, sitió la plaza y la guarnicion capituló; los principales artículos de la capitulacion consistian en que los franceses ocuparian la plaza y que la familia real sería puesta en libertad. De esta suerte los progresos rápidos de nuestros ejércitos restituyeron la paz en España y repusieron en el trono á la familia real (1), que tan graves riesgos había corrido, y que hubiera perecido infaliblemente, si el socorro de la Francia hubiese tardado algunos dias en llegar (2).

(1) El autor, como francés, echa á buena parte la conducta de sus compatriotas, que, influidos por las sectas masónicas, procuraban la impunidad de los revolucionarios, protegiendo descaradamente la francmasonería *de orden*. Así lo reconoce tambien el liberal don Modesto Lafuente, en su *Historia de España*.

(2) Sin dejar de reconocer el servicio más que al Altar y al Trono, prestado á la persona de Fernando VII y su familia, es lo cierto que la reaccion católico-monárquica ó realista era tan imponente, que con el leal auxilio

Don Carlos ocupó de nuevo su plaza en el Consejo de Estado y tuvo á su cargo otros negocios especiales, pero su principal ocupacion en todos los momentos posibles, fué la educacion de sus hijos. Quiso llenar por sí mismo este deber sagrado, y lo hizo con toda la dulzura de un padre cariñoso, con toda la solicitud y esmero de un preceptor ilustrado. Su celo obtuvo el más feliz éxito, porque sus hijos, reconocidos á los buenos cuidados de su tierno padre, aprovecharon el tiempo y los conocimientos de una manera prodigiosa.

Tambien empleaba este Principe una parte de su tiempo en satisfacer su natural inclinacion á las obras de caridad. Visitaba al militar desvalido, á la vinda y al huérfano, aliviando su indigencia, consolando su infortunio. Despues de atender á los gastos más indispensables empleaba todo lo sobrante de sus rentas en socorrer las necesida-

de la Francia, sin necesidad de intervencion militar, hubiera arrollado las hordas liberales. Pero los politicos franceses, para intervenir en España, dividian á los realistas españoles so color de protegerlos.

des de las casas de educacion y aliviar toda clase de desgracias. Él mismo las habia sufrido, y por esto simpatizaba con todos los desgraciados, que consideraba como hermanos. ¿No se le vió acaso en Orihuela reunir á las virgenes, que el furor de la guerra civil habia dispersado, en una sola comunidad, dotándolas con esplendidez de sus propias rentas, y asegurándolas tranquilo porvenir? Para ellas mandó construir un monasterio y una iglesia bajo la invocacion de Nuestra Señora de la Visitacion.

Mientras tanto, el foco de la revolucion no estaba de todo punto extinguido: destacábanse de vez en cuando de sus cenizas ardientes, algunas chispas precursoras del nuevo incendio que amenazaba estallar; don Carlos, que era para los revolucionarios el más terrible obstáculo de sus proyectos, fué tambien el objeto privilegiado de sus ataques.

Cuantos medios encontraron posibles para deshacerse de este Príncipe, ó ya que esto no pudieran alcanzar, para separarle de la Córte, fueron empleados con sin igual constancia. Sabían ellos

que en tanto que conservase su influencia, les era vedado proponer vías de reforma, sin exponerse inútilmente á grave riesgo. Agotados en vano todos los recursos de la intriga, puestos en juego todos los resortes de la perfidia, echaron mano de las armas de la calumnia; pero esto era demasiada osadía; acusar á don Carlos de conspiracion contra su hermano, era la exageracion del absurdo. Avergonzáronse ellos mismos de su propia infamia, y cuando vieron que se habían engañado torpemente, achacaron la falta á los consejeros. Su indignacion recayó principalmente contra el arzobispo de Cuba, el Ilmo. Elizalde, confidente de don Carlos, á quien obligaron á salir de Madrid.

Burladas las maquinaciones de los discolos, y habiendo fracasado la sublevacion de Cataluña, en 1827 (1), España mantúvose en paz hasta 1829,

(1) El autor, como extranjero, está poco enterado del verdadero carácter del alzamiento de 1827, que no fué sólo de Cataluña sino tambien de otras provincias. El alzamiento de 1827 era una protesta, imprudente acaso, del espíritu español, harto justificada por la creciente influencia de la masonería en el Gobierno. Véase el apéndice.

época en que el Rey don Fernando contrajo su cuarto matrimonio con la princesa doña María Cristina, hija del Rey de Nápoles. Creíase por un presentimiento general, que las consecuencias de este casamiento serían funestas para España (1), y no tardaron los resultados en probar que no sin razón se habían concebido tan justos temores. Explotaron los elementos liberales, que habían ido adquiriendo importancia en los Consejos del Rey Fernando, la existencia de un proyecto de Pragmática-sancion derogando (2) la ley de Felipe V, que en tiempo de Carlos IV, viviendo ya el infante don Carlos María Isidro, habían aprobado las Córtes de 1789 y que el Rey no sancionó; reservándose hacerlo una vez *oidos los dictámenes que juzgare convenientes*, sin que

(1) Sobradamente se explicaban tales temores, sabiendo que el matrimonio de don Fernando con doña María Cristina lo procuraban con todas sus fuerzas los infantes don Francisco y doña Carlota, gran maestre el primero de la masonería española.

(2) No *declarando nula* la ley de Felipe V, como dice con insigne mala fe el autor de cierto folleto titulado: *¿Don Alfonso o don Carlos?*

conste que tales dictámenes se tomasen, antes al contrario, por Real Cédula de 15 de Julio de 1805, dada por Carlos IV, se publicó la edicion oficial de la *Novísima recopilacion de leyes de España*, y en ella, sin hablar para nada de la proyectada pragmática de 1789, se insertó como vigente la ley de Felipe V, en la que, á petición de las Córtes del reino, se ordenó sucediesen en el trono de España los hijos varones del Rey y sus descendientes varones, con exclusion de las hembras aunque fuesen de mejor grado, entrando, empero, éstas en falta de varones, pero debiendo sucederles tambien su descendencia varonil en la forma dicha (1).

Un concienzudo autor, hablando de la ley de sucesion al trono dada por Felipe V, dice que: «la España entera celebró la promulgacion de una ley que fijaba la sucesion á la corona en los varones con preferencia á los derechos de las hembras, disipando así el temor de que la nacion llegara á estar sometida á la dominacion de un

(1) Ley 5.ª, título 1.º, libro 3.º de la *Novis. Recop.*

»príncipe extranjero.» Y el marqués de San Felipe, historiador poco afecto á Felipe V, en sus *Comentarios*, libro 14, confiesa que: «Los más sabios y políticos aprobaban el dictámen (ó ley de sucesion), por no exponer los pueblos á admitir rey extranjero habiendo príncipes de la sangre real en España, que directamente descendiesen de Felipe V.»

Mientras tanto los hombres sensatos preveían ya con la más profunda afliccion, la lluvia de males que iba á caer sobre su patria, y tan sólo los revolucionarios é intrigantes se complacían anticipadamente, con algunos miserables adula- dores, en la promulgacion de la *non nata* Pragmática de 1789, que Fernando VII fué bastante débil para ordenar; ponderáronle al efecto, los liberales, cuán duro era se viesen sus hijos apartados del trono si fuesen de sexo femenino, engañó- sele además asegurándole que la Pragmática-san- cion de 1789, derogando la ley de Felipe V y re- novando la ley de Partidas (1), segun la cual, no

(1) Es la ley 2.^a del título 15 de la Partida 2.^a

teniendo el Rey hijo varon, la hija mayor debía sucederle, había sido sancionada por Carlos IV, lo que hemos visto ser falso, y diciéndole que faltaba sólo publicarla para que obtuviese fuerza legal, no ya desde la fecha de su publicacion, ó por lo menos desde 1789, sino de antes, de suerte que comprendiese al mismo infante don Carlos, nacido ya en 1788, cuando ni aún se sospechaba intentase Carlos IV variar el orden de sucesion á la Corona. Imposible parece que tan grosera supercheria haya podido hallar hombres de ley que la defienda, pero quisose hacer gala de cinismo y no faltó quien presentara á Fernando VII las actas de las Córtes de 1789, actas de tal autenticidad, que el ex-ministro don Pedro Cevallos dijo las habia hallado en la tienda de un librero de viejo, y, no obstante, de estas actas resultaba no haber Carlos IV sancionado la referida Pragmática; que sin dictámen de corporacion alguna, ni asistencia del Reino en Córtes, de lo cual no se habian creido dispensados los Reyes absolutos Felipe V ni Carlos IV, don Fernando promulgó una llamada Ley en 29 de Marzo de 1830, publicando la pretendida

Pragmática de 1789; en ella sus consejeros, siguiendo la consigna de la secta liberal, procuraron se rebajase la dignidad del Monarca, consiguendo bajo su firma la falsedad notoria de haber Carlos IV sancionado la referida Pragmática; falsedad que, sin darse cuenta de ello, reveló á la Nacion doña María Cristina, en vida de Fernando VII, publicando por Real decreto en 1833 las antescitadas actas de las Córtes de 1789 de las que, aun suponiéndolas auténticas, resulta no haber sido sancionada la referida Pragmática ni tener por tanto tal carácter de Ley, y por consiguiente, ser su publicacion por Fernando VII un acto nulo y contrario á la veracidad y á la dignidad Real.

Con el desatentado decreto de 29 Marzo de 1830 vió la masonería logrado el intento, ya de largo tiempo acariciado, como lo prueba la Constitucion de 1812, de tergiversar la ley fundamental de sucesion á la Corona, á fin de que fuese dable, gracias á tal confusion, cubrir con una sombra de derecho la intrusion de una dinastía que debiéndolo todo al liberalismo, se resignase á ser su cómplice.



El mismo Rey de Nápoles que acompañó á doña Cristina hasta Madrid foé el primero en protestar contra esta determinacion que consideraba contraria á las leyes de España y á los intereses de las familias. Luis Felipe, entonces duque de Orleans y el Rey de Francia, eran de la misma opinion: debía formularse una protesta pública, pero empeñada la Francia en una guerra importante contra Argel, no tuvo tiempo para ocuparse de los negocios de España. Más adelante tendremos la ocasion de probar la legitimidad de Carlos V, tarea que al escribir esta historia no nos hemos impuesto; debiendo apoyar la parte contenciosa sobre las leyes fundamentales del Reino, nos empeñamos en justificar de una manera invencible y á despecho de toda sugestion contraria y de todos los sofismas inventados por los hombres adictos á María Cristina, ó más bien á la causa de la revolucion, que Carlos V, es el solo y único Rey de España, aquel á quien pertenece el trono de san Fernando, de Felipe V, y de Carlos IV su augusto padre (1). El Príncipe, empero, guardó respecto

(1) El autor publicó á este fin un extenso folleto que

al decreto de 29 Marzo de 1830 una actitud digna y reservada, absteniéndose de toda protesta interin no se tratase de aplicar aquél en mengua de sus derechos.

Fernando VII tuvo de su esposa María Cristina dos hijas, la mayor doña María Isabel, nacida en 10 de Octubre de 1830, y la segunda doña María Luisa Fernanda, nacida en 30 de Enero de 1832. Pocos meses antes del nacimiento de Isabel, la revolucion de Julio habia cambiado la faz de la Francia destronando á Carlos X, y por una consecuencia necesaria su política debió tambien cambiar. Los efectos de la revolucion francesa se hicieron sentir á largas distancias.

La Polonia intentó sublevarse y vióse sumida en el abismo, los revolucionarios agitáronse tambien en las naciones italianas, por fortuna para ellas sin fruto, y España, sobre la cual vigilaba sin cesar el prudente celo de don Carlos, no faé

no se reproduce, por quanto sus alegaciones son sustancialmente idénticas á las consignadas por don Antonio Aparisi y Guijarro en su precioso epúsculo: *La cuestion dinástica*. Por lo demás; hoy día nadie defiende en serio la legitimidad de doña Isabel de Borbon.

atacada sino en sus fronteras por las tentativas de los liberales refugiados en Francia. Los partidarios de la revolución de Julio los sostenían, apoyaban y provocaban. Enarbolóse el estandarte revolucionario en la cresta de los Pirineos y en algunos puertos del Mediterráneo; pero los poderosos esfuerzos de don Carlos sofocaron todas las tentativas de rebelión; los insurrectos fueron rechazados y el orden cobró su antiguo vigor. Restablecida la calma continuó España gozando de la paz y reposo, que en vano puede esperarse sino de un gobierno legítimo apoyado en la Religión y las patrias tradiciones; mas este estado de prosperidad duró bien poco.

Combatido el principio de la legitimidad, la voz general de la nación fué sofocada y conculcados los fueros de la justicia.

En Setiembre de 1832 una enfermedad muy peligrosa condujo al Rey Fernando hasta el borde del sepulcro: conociendo entonces lo crítico de su situación, y atormentado por el remordimiento, sintió toda la gravedad de la falta que había cometido, intentando abolir la ley de Cortes sancio-

nada por su augusto abuelo Felipe V. Al aspecto de la muerte que lo llamaba, y queriendo tranquilizar su conciencia, retractó solemnemente en codicilo de 18 de Setiembre de 1832 la ridícula Pragmática de 1830 y restableció en toda su fuerza y vigor la ley de sucesion de su abuelo el Rey Felipe V.

Hallábase Fernando en la Granja, cuando para tranquilizar su propia conciencia, anuló lo efectuado en mengua de la justicia; Cristina misma aunque con sinceridad harto dudosa reconoció que la Corona no pertenecía de derecho legítimo á sus hijas, en razon de su sexo, sino á su tío y hermano político el Infante don Carlos: ella aseguró entonces que para evitar toda responsabilidad, el Rey su esposo debía declararlo así en su última voluntad.

Los revolucionarios, empero, que veían en la variacion de la voluntad del Rey su más segura derrota, protestaron altamente contra ella, circunvalaron á la reina María Cristina, imponiéndole el desempeño de un papel conveniente á sus intenciones culpables, haciéndola ciego instrumen-

to de todos sus atentados contra la legitimidad y del sin número de males que en su nombre hicieron sentir á la Nacion; y por último, despues de haberla constituido en artífice de su propia ignominia debían más tarde obligarla á abandonar vergonzosamente á esa misma España, que le habían hecho explotar en su propio provecho.

Sin embargo, si don Carlos durante la vida de su hermano se hubiese dejado arrastrar por la ambicion del Trono, si atentar hubiese querido á los legítimos derechos de su Soberano, habría sido invitado por una voz comun y general á apoderarse de las riendas del Gobierno y le habría ya proclamado Rey. ¿Pero no, nada era capaz de hacerle olvidar el juramento de fidelidad que á su hermano prestara; la muerte, sólo la muerte, podrá relevarle de él, y por esto tuvo siempre á muchísimo honor ser el primero y más fiel vasallo del Rey mientras vivió su hermano, y dió el más brillante ejemplo de obediencia y abnegacion evitando hasta la más remota sospecha de infidelidad.

Durante la enfermedad del Rey el gobierno es-

tuvo en manos de María Cristina, y entonces fué cuando cediendo esta señora á las pérfidas sugerencias de los intrigantes, colocó los primeros cimientos de esa revolucion que un dia le habia de arrebatár la Regencia. Graves faltas acompañaron á los primeros actos de su gobierno; el virtuoso Obispo de Leon fué desterrado, los ministros de Fernando destituidos: los capitanes generales, los jefes del ejército, gobernadores militares, intendentes, corregidores y empleados en todos los ramos fueron separados de sus destinos; no les valió la circunstancia de ser muchos de ellos jansenistas, afrancesados ó liberales, era preciso además fuesen serviles, hechuras de doña Cristina; los apostólicos ó católicos realistas eran sobre todo el blanco de su furor, separó de la administracion y del mando, á todos los hombres adictos, á todos los súbditos leales que siempre habian defendido á la autoridad real siendo los más firmes apoyos del Trono; estos hombres fueron reemplazados por los fautores de la revolucion, por aquellos mismos que en 1823 habian luchado contra los fieles realistas y puesto en cautividad á toda la real familia. Sus

crímenes quedaban borrados á favor de una amnistía general, con la que se les estimulaba á nuevos crímenes, cual se vió en 1834, y un nuevo decreto les prodigaba todos los empleos y honores, haciéndoles dueños absolutos de los destinos de España. Lo que á fuerza de cábalas é intrigas no habían podido conseguir, consiguieronlo satisfechos, y lo que es más todavía, admirados de la debilidad y ceguera de la reina. Por este medio los mismos hombres que algunos años antes habían lanzado el grito de muerte contra la familia real, que retenían en dura cautividad, despues de haber declarado inhábil para el gobierno al Rey Fernando VII; aquellos mismos hombres que por una traicion sin ejemplar habían perdido las colonias de América y arrastrado á la nacion hasta el borde del más horroroso precipicio, fueron llamados al poder y considerados desde entonces como los más firmes apoyos del nuevo órden de cosas. Tal era el principio de gobierno que María Cristina adoptara ya suplantando decretos de amnistía, ya interpretando violentamente los no supuestos, como veremos en el curso de esta historia.

Había otorgado el Rey su codicilo de 1832, como hemos dicho, declarando en él los derechos legítimos al Trono que á su hermano don Carlos asistían: éste es un hecho de todos sabido, y la misma Reina convino en ello. Todo se hizo en su presencia, orilláronse algunas dificultades que se presentaban con motivo de la herencia de los bienes particulares del monarca, y el mismo ministro que con más fuerte empeño había promovido la Pragmática de 1830, hubo de redactar de orden del Rey el nuevo decreto. Convocados todos los ministros el día 18 de Setiembre de 1832 á las seis de la tarde, la misma Reina presentó al Rey la pluma y le invitó á firmar. En prueba de que Fernando estaba entonces en el lleno de sus facultades intelectuales, bastará recordar que habiendo únicamente rubricado como generalmente sucedía cuando se trataba de simples decretos, preguntó al ministro de Gracia y Justicia si debía poner su firma entera, y así lo hizo despues de haberle aquél contestado afirmativamente. Hé aquí la verdad de los hechos tales cuales pasaron ante testigos los más

distinguidos y dignos de fe que han publicado estos detalles.

Hay en este asunto una coincidencia muy digna de atención, y es que en aquella misma fecha el embajador de Francia comunicaba á su Corte en un despacho telegráfico que la salud del Rey era mejor *en aquel día*, el 18 de Setiembre, el mismo de la fecha del decreto de que estamos hablando.

El testamento ha podido ser sustraído (1), pero no se ha podido impedir jamás á los muchos y calificados testigos que asistieron á su redacción y firma que publicasen altamente su existencia y autenticidad, y dejaran copias debidamente certificadas y legalizadas. El presidente del Consejo, Puig, pudo no haberlo querido publicar en el Consejo, que no por esto Calomarde dejó de publicarlo en la junta de ministros.

Sin embargo, la enfermedad del Rey, que se había agravado, dió treguas de que se aprovecharon ciertos espíritus turbulentos para inducir al Rey á

(1) Lo quemó la Infanta doña Carlota.

que tomara algunas providencias contrarias á las precedentes; doña María Cristina, alegó con des- preocupacion notoria, que el codicilo de 1832 era nulo por haberse abusado del estado de salud del Rey y por la presion que en ella ejercieron los partidarios de don Carlos, para que moviese la voluntad de su esposo, logró que don Fernando diese oidos á tan groseras imputaciones y á su vez el francmason don Francisco y su consorte la Infanta doña Carlota (1), á quien la Reina llamó más tarde el *ángel malo* de la real familia, acudieron desde Cádiz, donde se hallaban, á tomar su puesto de honor entre los corifeos de la perversa intriga liberal. De poca monta era á la verdad bajo el punto de vista legal la revocacion de un codicilo que anulaba una disposicion tan informal y nula como la de 29 Marzo de 1830, pero convenia quedase en pié este pretexto para apoyar en él la usurpacion en ódio al Catolicismo y á la legiti-

(1) Es verdad histórica innegable que don Francisco, y su esposa estaban afiliados á la masoneria. Vease Lafuente. *Historia de las sociedades secretas en España*. Tomo 1.º, capítulo 5.º, párrafo 83.

dad, y don Fernando que no había conocido nunca la noble energía del deber cedió una vez y publicó el deplorable decreto de 31 Diciembre de 1832 en que se revocaba, alegando supuestos de falsedad notoria, el codicilo de 18 de Setiembre (1).

A pesar de todo el plan concebido por la Reina, chocaba con fuertes obstáculos; la virtuosa Princesa de la Beira, doña María Teresa de Braganza y de Borbon, era uno de los más firmes sostenes de la legitimidad, y todos los buenos españoles que abrigaban en su pecho un resto de amor patrio, la consideraban como el punto de apoyo en que vendrían á reunirse, si alguna circunstancia crítica ponía á la nacion en riesgo. Su estancia en la Corte se hacía enojosa; las circunstancias convertíanla en temible y se echó mano de cualquier pre-

(1) Llamo en gran manera la atención el que un acto tan legal y exigido por el decoro del monarca como la revocacion de la informal ley, Pragmática, ó lo que fuere, de 29 de Marzo de 1830, se procurase presentar como una gracia ó sacrificio que don Fernando hacía en obsequio *á la tranquilidad de la nacion*; ¿serían tales nebulosidades obra de algun oculto enemigo de la legitimidad que se reservase en su día explotarlas contra Carlos V?

texto para alejarla de Madrid. Recibió orden para salir de España pasando á Portugal: su hermana y su cuñado don Carlos, quisieron acompañarla hasta la frontera, pero lejos de acceder á la demanda, hubo una fuerte oposicion á su marcha. Sin embargo, los revolucionarios considerando favorable á sus miras este viaje y despreciando la prohibicion de la Córte, comunicaron á don Carlos la orden de pasar á Portugal con toda su familia, y asi se verificó el 16 de Marzo de 1833.

Envanecidos los revolucionarios por haber supeditado la voluntad del Rey, haciendo prevalecer sus disposiciones, no perdieron momento en preparar los medios de conseguir su plan de un cambio general en España. Mientras tanto la enfermedad del Rey cedia en sus síntomas de gravedad hasta tal punto, que llegó á creerse que recobraría su salud; don Fernando volvió á encargarse del gobierno procurando halagar á los realistas en provecho de la usurpacion de que no le retraía ya el temor saludable de la muerte, y convocó Córtes para prestar juramento de fidelidad á su hija primogénita para el caso de morir sin hijos varones.

Es imposible describir todos los engaños é intrigas para hacer recaer la eleccion en hombres de opiniones diametralmente opuestas á los verdaderos intereses de la nacion: reuniéronse las Córtes en 21 de Julio de 1833 negándose á presidirlas el Cardenal Arzobispo de Toledo; mientras, y á pesar de los leales consejos de don Carlos, siempre fiel á su hermano, segun confiesan los mismos liberales (1), algunos españoles justamente indignados ante tan inicua trama levantábanse en armas, reinaba en todos los ángulos de la península un silencio fúnebre, una profunda tristeza que presagiaba las grandes desdichas que iban á pesar sobre la nacion. Porque en verdad ¿eran Córtes aquellas que deseasen sinceramente el bienestar de los pueblos? No era difícil conocer que la revolucion triunfaba; no habiendo producido efecto alguno su primitivo sistema que habia extendido á todas las clases del Estado, fué preciso adoptar

(1) Véase el parcialísimo historiador don Modesto Lafuente en su titulada *Historia de España*, parte 3.^a, libro 11, capítulo 25.

etro como principal y más poderoso resorte de una hábil invencion. Las sediciones militares no habian dado los frutos que de ellas se esperaban; el pueblo no pudo ser seducido y se recurrió á más hábil estratagema, extinguiendo en España la verdadera representacion de la legitimidad. Cambióse al efecto la ley fundamental de sucesion, promulgóse una llamada Pragmática que anulaba la ley sálica, y para asegurar el éxito se le apoyó en la que ya se había intentado promulgar en 1789. ¿Por qué no se echó mano de ella cuando se introdujo en la Constitucion de Cádiz el art. 175 que está en contradiccion con la pretendida Pragmática? ¿Por qué no se trató de conmovier las particulares afecciones del Rey en la época del nacimiento de cada una de las infantas que tuvo de su segundo matrimonio con la difunta Reina doña María Isabel de Braganza, ni en los tiempos en que pudo esperar tener hijos de su tercera esposa María Amalia? Era preciso cubrirse con las apariencias de la legalidad: la muerte de la reina María Amalia sin haber dejado sucesion era un obstáculo: entonces por la muerte de Fernando la

corona correspondia al Infante don Carlos y no habia medio de disputarle la pacifica posesion del trono. Solamente una jóven que se adhiriese á las ideas revolucionarias, por opinion ó por docilidad, podia ayudar y cubrir aquellas apariencias; Cristina demasiado dócil se dejó engañar: estaba destinada á hundirse ella misma con el rey legítimo y su posteridad en el abismo de las revoluciones. En vano quiso sustraerse á los desagradables acontecimientos cuyas deplorables consecuencias dejaban ya vislumbrarse; ella los habia provocado y no pudo evitarlos: el torrente se habia salido de madre y era imposible detener su corriente. Los soberanos de la otra parte del Rhin, atentos espectadores de esta primera catástrofe, creyeron, y no sin razon, que un gobierno destructor de las leyes fundamentales del Reino no podia tener subsistencia: vieron que sus tendencias eran á la anarquía, que en alianza con las potencias revolucionarias trataba de equilibrar por la fuerza de su imperio las fuerzas poderosas é indestructibles de la legitimidad, no menos que el *status quo* que aquellas mismas potencias soste-

nían con empeño. ¿Como podían reconocer á la supuesta representante de una monarquía republicana?

Las potencias se vieron engañadas en 1833 cuando tuvieron conocimiento de la manera fraudulenta con que se engalanó, con el nombre de Córtes, á la reunion que se celebró en la iglesia de San Jerónimo de Madrid, para jurar á la infanta Isabel como princesa de Astúrias, título que se dá al príncipe heredero, en la cual no se entró en discusion sobre la validez ó nulidad de este acto; y por única respuesta á los que se oponían á tal injusticia se les dió el destierro, la expatriacion ó la repulsa de las protestas más solemnes, aun las de aquellos mismos que asistieron á la reunion. Creció el error de las potencias cuando vieron reproducirse un gérmen fecundo de la opinion general de España, desde el momento en que cada provincia tuvo conocimiento de la muerte del Rey. No han reconocido á Isabel porque es ilegítima su elevacion al trono; tampoco han reconocido la legitimidad de Carlos V, es cierto, pero es porque creerían comprometer sus particulares in-

tereses (1). La cuestion está en pié y los hechos les han de inducir á una determinacion si no quieren sucumbir á la revolucion y ser víctimas de ella como lo fué Cárlos, como lo es María Cristina y como lo será muy luego María Isabel (2). Esta verdad surgirá de una manera evidente de las signientes observaciones que nos suministran hechos contrarios á aquellos que algunos partidarios oscuros de la revolucion se complacen en suponer.

Los tortuosos medios de que los revolucionarios se han valido para obtener ese triunfo, que hace más urgente el remedio de los males que á la España afligen, dan á conocer aquella verdad, y reclaman la atencion de todas las potencias para obviar las consecuencias desastrosas á que la revolucion de España pudiera conducir las. A las Córtes que se reunieron en la iglesia de San Jerónimo se les exigió que prestasen juramento de

(1) Más tarde fueron reconociendo á doña Isabel y esta á su vez lo imitó en 1865 reconociendo el latrocinio de Italia. ¡Viva quien vence!

(2) Cumplíase tal profecía en 1868.

fidelidad; los más de sus miembros se sometieron á la exigencia, pero un número no insignificante, no viendo ni utilidad ni justicia en tal juramento, no quisieron prestarlo sino bajo condicion de que no fuese contrario á los derechos del tercero, y hasta los hubo que se negaron absolutamente á jurar; entre éstos puede hacerse mencion honorífica del ilustre arzobispo de Toledo, el célebre cardenal Inguanzo, el cual con este motivo se constituyó en blanco de las más encarnizadas persecuciones del nuevo gobierno. Otros diputados, en fin, reconociendo el engaño de que habían sido víctimas retractaron, declarando formalmente que no querían ser instrumentos de tamaña injusticia; el primero entre ellos fué el Infante don Sebastian.

Don Carlos, que á la sazón residia en Portugal, protestó solemnemente contra aquellos actos cuya arbitrariedad é ilegalidad son harto conocidas, remitiendo al efecto la siguiente carta y Declaracion adjunta.

MI MUY QUERIDO HERMANO Y SEÑOR:

Esta mañana á las diez, poco más ó menos, vino mi secretario Plazaola, á darme cuenta de un oficio que habia recibido de tu ministro en esta Corte, Córdoba, pidiéndome hora para comunicarme una Real Orden que habia recibido; le cité á las doce, y habiendo venido á la una menos minutos, le hice entrar inmediatamente; me entregó el oficio para que yo mismo me enterase de él; le lei y le dije que yo directamente respondería, porque así convenia á mi dignidad y carácter y porque siendo tú mi rey y señor, eres al mismo tiempo mi hermano, y tan querido de toda la vida, habiendo tenido el gusto de haberte acompañado en todas tus desgracias.

Lo que deseas saber es si tengo ó no tengo intencion de jurar á tu hija por Princesa de Asturias. ¡Cuánto desearía poderlo hacer! Debes creerme, pues me conoces y hablo con el corazon, que el mayor gusto que hubiera podido tener sería el de jurar el primero, y no darte este disgusto y los demás que de él resulten; pero mi conciencia

y mi honor no me lo permiten: tengo unos derechos tan legítimos á la Corona, siempre que te sobreviva y no dejes varon, que no puedo prescindir de ellos; derechos que Dios me ha dado cuando fué su voluntad que yo naciese; y sólo Dios me los puede quitar concediéndote un hijo varon, que tanto deseo yo, puede ser, que aún más que tú: además en ello defiende la justicia del derecho que tienen los llamados despues que yo; y así me veo en la precision de enviarte la adjunta declaracion, que hago con toda formalidad á tí y á todos los soberanos, á quienes espero se la harás comunicar.—Adios, mi querido hermano; no dudes será siempre tuyo, te querrá siempre, y te encomendará en sus oraciones, tu afectísimo,

Cárlos.

En el Palacio de Ramalhao, á 29 de Abril de 1833.

Declaracion.

Señor: Yo, Cárlos María Isidro de Borbon y Borbon, Infante de España. Hallándome bien convencido de los legítimos derechos que me asisten

á la Corona de España, siempre que V. M. no deje hijo varon, digo: que mi conciencia y mi honor no me permiten jurar ni reconocer otros derechos; y así lo declaro.—Señor: A. L. R. P. de V. M.—Su amantísimo hermano y fiel vasallo,

El Infante

Don Cárlos de Borbon y Borbon.

En el Palacio de Ramalhao, á 29 de Abril de 1833.

Casi toda España celebró la noble determinacion que habia tomado su futuro Rey legítimo, uniéndose á él para apoyar aquella protesta y adelantar sus felices resultados.

Mientras tanto la enfermedad del Rey Fernando se agravaba por momentos y de dia en dia presentaba síntomas más alarmantes: los partidarios de la Infanta María Isabel no dejaban de poner en movimiento medio alguno para preparar en favor suyo las consecuencias del suceso grande y doloroso que por momentos amenazaba; los súbditos más fieles eran ya objeto de las vejaciones mas inicuas; perseguíaseles atrozmente; la pri-

sion, el desprecio, las violencias de toda especie eran su único patrimonio. Por el contrario, los más encarnizados enemigos del Rey Fernando gozaban de una proteccion declarada; las lisonjas, el mimo, los cargos y dignidades eran propiedad exclusiva de los revolucionarios; y así se les hacia conocer cuánto se contaba con ellos, siempre turbulentos y emprendedores para asegurar el éxito del proyecto culpable que se había concebido.

Tanta era la estúpida ceguera de la Reina Cristina cuando creia afianzar el trono de su hija con el auxilio de hombres infieles que ya en distintas ocasiones habían hecho traicion á la causa sagrada de la patria: habían hecho descender del trono su legítimo Rey y lo hubieran sin duda decapitado si el socorro de la Francia no hubiese llegado á tiempo para arrancarle de sus manos crueles. Y bien: esos mismos hombres en quienes Cristina colocára toda su confianza; esos mismos hombres que ella miraba como su más firme apoyo, habían de volcarla del trono, obligarla á dejar la España como á proscrita é ir errante de reino en reino.

implorando el socorro de la hospitalidad, y á dividir, en fin, con su propia víctima las dolorosas penalidades del destierro.

Los negocios públicos que habían estado como en suspenso tomaron un aspecto mucho más aflictivo en la época fatal de la muerte del Rey Fernando, que aconteció en 29 de Setiembre de 1833. Esta muerte fué verdaderamente horrosa por las circunstancias que la acompañaron: á ninguno de los amigos del Rey era permitida la entrada en palacio: todas las personas, cuya prudencia, virtud y celo por el bien de la nación eran públicamente reconocidos, fueron separadas de la real mansión: los eclesiásticos más distinguidos por su dignidad ó por sus virtudes, ni aun el mismo confesor del Rey pudieron acercarse á su sagrada persona: este príncipe desgraciado se halló reducido á la triste y horrorosa necesidad de exhalar el último suspiro sin haberse preparado para morir, sin haber recibido los últimos consuelos del cristiano moribundo, sin haber conseguido los auxilios de la Iglesia, y lo que es peor todavía, cuando con pleno conocimiento veía lle-

gar la hora postrera en que iba á comparecer ante el Supremo Juez (1). Hé aquí el fruto de las intrigas empleadas en el momento de la muerte de aquel príncipe para impedir que la verdad penetrase hasta él, que reconociese sus errores y quisiese repararlos; y para que no pudiese contener los raudales de sangre que principiaban entonces á correr por España para más adelante inundarla; porque había muy poderosas razones para creer que Fernando hubiera evitado todos estos males por medio de disposiciones prudentes, sometiéndose á la opinion de personas sabias é ilustradas que le hubieran aconsejado una retraccion más solemne todavía que la primera que había hecho. Tras el rumor de la muerte del Rey Fernando esparcióse la noticia de haber sido entregados al fuego, por los que se habían apoderado de su papelera particular, numerosos escritos á que el difunto rey daba gran importancia y que con especial cuidado conservaba en una gaveta.

(1) Terrible espacion de sus culpas y en especial de su iniciacion masónica en la logia de Valençay. Véase á Don Vicente de Lafuente. Obra citada.

En cuanto llegó á las provincias la noticia de la muerte del Rey Fernando, las Provincias Vascongadas, Navarra, Castilla y Aragon y muchos otros pueblos se levantaron en masa para proclamar á don Carlos V de Borbon; y si en aquella época los partidarios de Cristina no hubiesen empleado las amenazas y violencias, Carlos hubiera visto en un momento á toda España sometida á su dominio. Mas á pesar de todas las precauciones de los revolucionarios, España manifestó su opinion en favor de don Carlos, y si los pueblos no hubiesen tenido la conviccion íntima de que los soberanos legítimos habían de apoyarle con toda su influencia y colocarle en el s6lio de San Fernando, se hubieran levantado en masa para hacerlo ellos mismos. La nacion tenia tanta más confianza en que los soberanos vendrian en ayuda de su Rey legítimo, cuanto sabia los poderosos motivos que tenían para conocer el espíritu nacional que en España dominaba. La guerra contra Napoleon en 1813, el descontento que provocaron las innovaciones hechas por Maria Cristina durante la enfermedad de su esposo, y tan-

tas otras circunstancias culminantes, eran más que suficientes para hacer creer que los soberanos debían apresurarse en terminar á favor de don Carlos un negocio tan importante, apoyando con todo su poder las explícitas manifestaciones de todas las provincias.

En los tratados de Utrecht y de Viena todos los gabinetes europeos reconocieron el derecho de sucesion á la Corona de España en la línea masculina de la Casa Real de Borbon, sin que ninguna hembra pudiese adquirir este derecho sino en el caso de varon agnado, la cual le poseería por representacion. Este reconocimiento ha sido confesado y su observancia reclamada por los mismos gabinetes en los tratados convencionales de 1812 y 1822: en Laybach y en Verona no sólo fueron respetados estos tratados sino que los mismos gabinetes prepararon una intervencion para sostener al Rey legitimo de España y á su gobierno monárquico en el *status quo* acordado en 1814. No puede decirse que pudiese ni que debiese sostenerse el gobierno monárquico prescindiendo de su verdadero y legitimo representante, porque sería

una deformidad imposible defender la vida y existencia de un cuerpo permanente sin cabeza, al paso que permitiendo la dislocacion de un gran pueblo se consentiria más ó menos explícitamente en su propia disolucion. No de otra suerte un bajeel sin gobernalle, flotando entre el torbellino de las aguas agitadas de un mar borrascoso, se hunde en sus profundidades; asimismo una nacion sumida en la anarquía furiosa que la revolucion se empeña tenazmente en consolidar, es arrastrada á su ruina, lo mismo que todos los paises que gozan de las bienhechoras influencias del gobierno monárquico, cuando no tienen á su frente la legítima persona que es el alma y vida de esta clase de gobierno.

Las grandes potencias que no tienen otro deseo que la conservacion del órden y de la legitimidad, no han podido tomar una parte activa en la conservacion de la de España, porque han visto sus intereses combatidos en Oriente por la cuádruple alianza de 1834, que amenazaba turbar la paz de Europa; y bien penetradas del derecho legitimo del Rey don Carlos V, el apoyo que tenían

sus defensores en la opinion general y en el héroe valor y firme carácter de los católicos españoles, creyeron que eran muy suficientes las medidas que habían adoptado para conservar el equilibrio europeo; con todo, no es ahora fácil conocer sus verdaderas intenciones, ni tampoco oportuno, y mucho menos político, hacer la menor observacion sobre los motivos que puedan haberlas impulsado para encerrarse dentro el círculo de apática indiferencia en que se han mantenido á la vista de los progresos de la revolucion y sus tendencias; ni sobre la contradiccion del noble carácter con que han sostenido su decision atacando las revoluciones, con la indiferencia en permitir que la revolucion se entronizase en España, y que el Rey, que ellas mismas reconocieron legitimo, fuese su víctima, abandonándole á los oprobios é indecorosos tratamientos que ha sufrido y sufre todavía.

Sin embargo, no se realizaron las esperanzas que habían concebido los españoles de que las potencias extranjeras prestarían decidido apoyo á los derechos de don Carlos V, y esto á pesar de

que aquella esperanza secundaba la necesidad que tienen los soberanos legítimos de ayudarse mutuamente, para que los mismos desórdenes no vayan á turbar la paz y tranquilidad de sus Estados. Erguidos entonces sin temor los partidarios de Cristina, principiaron á ejercer contra los de don Carlos toda suerte de crueldades: diseminados por las provincias españolas trataron de sublevarlas en favor de Cristina, castigando cruelmente la menor resistencia ó negativa á sus exigencias. Vejados y oprimidos los pueblos, vacilaron en moverse; no obstante, alzóse en 2 de Octubre 1833 la bandera de la legitimidad por don Manuel María Gonzalez en Talavera de la Reina, y el heroico Marqués de Valdespina, levantábase él dia 5 en Bilbao, secundándose el movimiento en Vitoria y Oñate, y en Cataluña antes de hacerse pública la muerte de Fernando VII, levantábase en Prats de Llussanés el leal don Gerónimo Galceran, siendo el bravo Principado acaso el primero en proclamar la legitimidad, siguióle al poco tiempo el baron de Plandolit y en distintos puntos aparecían entusiasmadas guerrillas, núcleo de aquel ejército que más

tarde debía hacerse tan respetable á las inmediatas órdenes de su legitimo Rey. El ilustre y valiente don Santos Ladron acompañado de algunos leales realistas sublevó la Rioja, en 6 de dicho mes, y se presentó en las Provincias Vascongadas y Navarra, delante de las plazas que con motivo de sus privilegios ó fueros no tenían guarnicion ó la tenían muy corta, á excepcion de las fortalezas. Allí el grito de legitimidad halló ecos repetidos, y en unánime concierto proclamaron todas las voces á don Carlos y se acudió á las armas para defender su justa causa. No dejaron los partidarios de Cristina de enviar órdenes para reprimir el primer movimiento; reunieron fuerzas numerosas que hicieron caer con ímpetu sobre los fieles defensores de don Carlos, y el encarnizamiento con que lucharon decidió bien pronto la victoria en su favor. Don Santos Ladron cayó prisionero y fué fusilado, como tambien los alzados en Talavera; igual suerte cupo á otros jefes; y á los que tuvieron la fortuna de quedar con vida maltratóseles indignamente. Nadie podrá admirarse de semejante victoria al considerar que don Santos Ladron

no tenía consigo más que un corto número de partidarios reunidos al acaso, con poca organización y mal armados, y que se batían con un ejército mucho más numeroso y bien disciplinado.

Sin embargo, este primer descalabro lejos de infundir el desaliento en los carlistas, inflamó su ardor: al tener noticia de la muerte cruel de su caudillo conocieron lo que de sus enemigos podrían esperar; juraron vengar su afrenta y reuniéndose bajo las órdenes del inmortal Zumalacárregui formaron el indomable ejército vasconavarro, y poco tiempo despues eran ya objeto de la admiracion de toda la Europa. Para comprender la generosa resolucion, el noble entusiasmo con que los jóvenes de aquellas provincias corrieron á alistarse bajo las banderas de la legitimidad para formar los batallones de Zumalacárregui, es preciso haber sido testigos de aquel grandioso movimiento. ¡Con qué celo, con qué transportes de alegría abrazaban los padres á sus hijos queridos, separándolos de su lado, para enviarlos á defender la causa santa de la Religion y de la legitimidad! ¡Con qué entusiasmo entraban todos en



competencia para contribuir al éxito feliz de tan noble empresa!

El país estaba ocupado por los enemigos, que habían tomado todas las precauciones necesarias para sujetarlo, reprimirlo y quitarle todos los medios de sublevación: viveres, armas y municiones todo estaba en su poder: ejerciendo la más activa vigilancia castigaban con penas gravísimas la menor tentativa contraria á sus intereses, y á pesar de esto viérase en pocos días organizar un ejército bien provisto y equipado y capaz de rivalizar con los numerosos batallones revolucionarios, porque hombres, mujeres, y niños, todos habían trabajado en su formación y en suministrarle los socorros necesarios.

Aunque los enemigos fuesen infinitamente superiores en número, jamás pudieron someter por la fuerza de las armas á los valientes defensores de Carlos V. La vergüenza de verse derrotados en varias ocasiones por un corto número de valientes guerreros inflamó su cólera; ciegos de coraje echaron mano de la más cobarde crueldad, y arrojándose sobre las habitaciones de los invencibles volun-

tarios, que les habían cubierto de oprobio, desahogaron su furor contra débiles mujeres y niños inocentes, sacrificaron sin piedad á cuantos se les pusieron por delante, sin perdonar á los mismos ministros del santuario, y más tarde con la connivencia del Gobierno eran los religiosos villanamente asesinados en Madrid y otras poblaciones, incendiando los conventos con horribles saqueos y profanaciones en Julio de 1834; aún las casas particulares y edificios públicos fueron presa de las llamas: renováronse entonces escenas de horror y desolacion, cual no se vieron en los siglos bárbaros; viérase al hijo degollado en el seno de la madre y á la madre caer exánime sobre el inerte cadáver de su hijo; al sacerdote cubierto de su propia sangre exhalar el postrer aliento sobre las gradas del santuario, y las llamas consumiendo los restos de tantas víctimas infelices dejar marcado indeleblemente el rastro de tamañas atrocidades, cometidas con preferencia contra los parientes y amigos de los bravos que militaban á las órdenes de Zumalacárregui.

Tal era la infame conducta de aquellos hombres

feroces que osaban apellidarse defensores de la nacionalidad; pero su furor subía de punto cuando sufrían algún revés en los combates; cobardes para luchar, sobrábales vileza para el asesinato; acusaban á los alcaldes, ancianos y sacerdotes de haber dado noticia á Zumalacárregui de sus movimientos, y haber causado con ello la derrota; saciaban en ellos su furor, valiéndose de aquel pretexto vano para que las personas adictas á Carlos V no fuesen testigos del oprobio de que se habían cubierto huyendo ante los decididos defensores de la legitimidad. Con tanta frecuencia se reproducían estas escenas de barbarie, que en cuanto los vecinos de una población inmediata al sitio del combate tenían noticia de la derrota de aquellos monstruos, en vez de esperarlos se entregaban á la fuga, abandonando sus casas para sustraerse á tan bárbara venganza: y más furiosos los enemigos al no encontrar víctimas en que saciar sus furores se vengaban abrasando y saqueando cuanto al encuentro les venía.

Hé aquí los principios de esta guerra desastrosa

que los partidarios de Cristina se vanagloriaban de terminar en menos de tres meses: no sabían entonces que los defensores de don Carlos llegarían á ser invencibles, porque armados con el escudo de la justicia combatían por una causa legítima y nacional.

El gobierno no era más indulgente con sus propios generales que con el enemigo: el primero que tan mala cuenta podía dar de su mando, después de graves cargos, fué deshonrosamente destituido sin respeto á su alta graduación: el segundo don Jerónimo Valdés, creyó que para evitar la desgracia de su antecesor, y para salir airoso de una empresa cuyas dificultades no conocía, era preciso adoptar medidas del vigor más excesivo. Con tales medios creyeron comprimir y sofocar lo que él llamaba una conspiración mal dirigida y peor organizada; pero disipáronse sus proyectos á la luz del desengaño, porque sus rigores, vejaciones y crueldades no produjeron otro efecto que inflamar más y más el celo de los fieles carlistas, que vencíéndole en varios encuentros le causaron pérdidas considerables, en cuya conse-

cuencia el gobierno se vió forzado á retirar su confianza á este general, tratándole de la misma manera que al primero.

En su reemplazo fué nombrado el general Quesada, que obteniendo toda la confianza de su partido, fué destinado para disputar la victoria á Zumalacárregui: célebre ya este general por las crueldades ejercidas en Castilla la Vieja contra los partidarios de don Carlos, á quienes habia encontrado indefensos y sin armas, tenía un título más que suficiente á la gratitud de Cristina que le confió aquel mando importante. Quesada debió inspirar tanta mayor confianza, cuanto habiendo mandado en jefe en Navarra durante la campaña de 1823, debía tener perfecto conocimiento del país y del ejército mismo que iba á combatir; tenía además relaciones con una parte de sus oficiales que podía atraer á su partido, y le acompañaba uno de los hermanos de Zumalacárregui, con lo que se lisonjeaba alterar el firme propósito de este valiente caudillo.

Pero el gobierno, Quesada, el hermano de Zumalacárregui y los revolucionarios todos tocaron

muy luego el desengaño; ni uno solo de los oficiales, ni un individuo siquiera del ejército desertó de las banderas en que se había afiliado, todos permanecieron tan insensibles al ardid de pérfidas insinuaciones como habían sido invencibles á la fuerza de las armas. El general del ejército carlista, que conocía demasiado bien las intenciones de su hermano y las del gobierno, no se dejó sorprender por sus razonamientos capciosos; principió de nuevo la guerra con el mismo encarnizamiento, los carlistas pelearon con el mismo entusiasmo, en tanto que las tropas de Quesada experimentaban derrotas más terribles que las precedentes, y se abandonaban al desaliento y á la desesperación.

Para vengar su oprobio siguió Quesada la horrible conducta de sus predecesores, la misma que él había observado poco tiempo antes en Castilla la Vieja: extendiendo en todas partes el terror, inventó suplicios é hizo sufrir los más terribles tormentos á los infelices habitantes que se resistían á someterse y á abrazar su partido; pero no logró con estas crueldades otra cosa que hacerse más

odioso, y los fieles defensores de don Carlos se manifestaron más adictos todavía á su legítima causa. De esta suerte Quesada, vencido por las armas de los carlistas, vió de nuevo su barbarie estrellarse ante el sufrimiento y resignacion á toda prueba de los fieles navarros.

Mientras tanto el cabecilla cristino que no podía soportar sin vergüenza la idea de verse vencido por aquel puñado de hombres á quienes se lisonjeara de derrotar, ó cuando menos dispersar con su sola presencia, quiso probar todavía la suerte de los combates: reunió todas sus fuerzas, dictó órdenes vigorosas y no perdonó medio que pudiera asegurarle la victoria. Marcha sobre el enemigo, le encuentra en el valle de Alsásua en 22 Abril 1834, combátese por una y otra parte con igual valor; pero las tropas de Zumalacárrégui, poseidas del entusiasmo y confianza que inspira una buena causa, arrollan el ejército de Quesada, que en vano se esfuerza por rehacer á los suyos, y despues de una horrible carnicería se ve obligado á abandonar el campo de batalla refugiándose en Vitoria para escapar á una muerte

segura y ocultar la vergüenza de su derrota, habiendo perdido la tercera parte de sus fuerzas, y al poco tiempo era destituido (1).

En tanto la indomable Cataluña no permanecía sorda á la voz de la Fé y de la Patria; mandaba en ella como Capitan general del gobierno de doña Cristina, el francmason don Manuel Llauder, cómplice del degüello de los religiosos, á quienes prometió proteccion, ausentándose de la Ciudad pocos dias antes del señalado, para perpetrar el crimen (2), dicho jefe mostró gran actividad y crueldad sanguinaria contra los leales defensores de don Carlos, pero éstos á pesar de carecer de organizacion por el forzado abandono á que les reducía la distancia á que se hallaban de la residencia real, levantaron numerosas guerrillas figurando entre sus jefes el Baron de Plandolit, quien lanzado á Francia volvió á repasar la frontera, la heroica y noble familia de Tristany, cuyo jefe don

(1) Mas tarde expió sus crímenes muriendo á manos de los liberales avanzados.

(2) Léase al liberal y mason don Victor Balaguer en su *Historia de Cataluña*, tomo 5.º, pág. 543, nota.

Benito (1) habíase distinguido en la guerra de la Independencia y en las luchas por el Altar y el Trono en 1823 y 1827; fogueados en esta última guerra eran también Vilella, Saperes y el intrépido don Antonio Borges, que presto aumentó el glorioso catálogo de los mártires de la Religión y la Monarquía dejando dignos herederos de su nombre y virtudes en sus hijos don José y don Miguel y Ros de Eroles, lo Llarch de Copons, Paré, que con cuatro compañeros fué fusilado, y otros que hicieron prodigios de valor, y sin dinero, sin armas, ni organización tuvieron en jaque á las fuerzas liberales; á su vez Carnicer, Vallés, Llagostera, Forcadell, Cabrera y otros batíanse en el Maestrazgo y la sublevación de Cataluña iba á tomar

(1) Sensible es que se le haya escapado á don Víctor Gebhardt en su excelente *Historia general de España*, tomo 7.º, cap. XIX, pág. 23, una injusta apreciación respecto á las cualidades del Rdo. don Benito Tristany, canónigo de Gerona, el cual en defensa de Dios y el Rey sacrificó su vida, fortuna y reposo, mostrando gran pericia militar no ya en su comarca, donde podrían atribuirse sus triunfos á conocimiento del terreno, sino en las mismas cercanías de Barcelona, siendo en todas partes terror de las tropas liberales.

imponente vuelo, cuando sobrevino la luctuosa derrota de Cabrera en Mayals, que desconcertó todos los planes sin que empero cesasen los catalanes en su titánica lucha.

Gemia el Portugal bajo la usurpacion de don Pedro y doña María de la Gloria, su legítimo Rey don Miguel sostenía empero su bandera con valor y fortuna dominando casi todo el país, llegando á sitiar la capital de su Reino; á su lado se fueron á refugiarse los ilustres proscritos de España y allí recibió don Carlos, en 4 de Octubre, la noticia del fallecimiento de su hermano Fernando VII y con ella la orden de salir inmediatamente para Italia, dada por Cristina.

Esta Princesa protegió descaradamente la francmasoneria, valiéndose de séres los más abyectos, depuesto ya todo miramiento (1), túvose oculta

(1) Entre sus agentes figuraba un charlatan italiano llamado Ronchi, mason aventurero que pasó de dentista en Tánger á Cónsul honorario de España, nombrado por su hermano el Sr. Salmon, ministro de Fernando VII; la licenciosa modista llamada Teresita que al cabo se hizo insoportable por sus humillos y fué desterrada á Francia pagándosele una fuerte pension á costa del país; más tar-

la muerte del Rey, que los más graves autores afirman era ya cadáver antes del 29 de Setiembre y comprometióse por intimidacion y sorpresa en favor de doña Isabel á importantes personajes realistas residentes en Madrid mientras se engañaba al país con el cínico Manifiesto de 4 de Octubre y se dictaba la orden de expulsion del legítimo Rey. Este caballeroso y cristiano Príncipe lejos de imitar la criminal precipitacion de sus contrarios, habiase siempre negado á las repetidas instancias que se le dirigían de todos los puntos de España para que organizase las fuerzas realistas, en prevision de la próxima muerte de Fernando VII, pues parecíale ello contrario á la fide-

de hizo gran papel otro mason viajante llamado Enrique Misley. De otro género aunque no más limpio fueron las relaciones de dicha señora con el sargento Muñoz ya notorias despues de la muerte de Fernando VII. Tal era la *immortal Cristina*, como la llamaban los moderados. Véase: Un capítulo de la *historia de Carlos V*, por el baron de los Valles. Perpiñan, imprenta de Juan Bautista Alzine, 1837; *Suma filosófica del siglo XIX*, tomo 2.º, parte 3.ª, A. pág. 64 y la *Historia de las sociedades secretas en España*, por don Vicente de Lafuente, tomo 2.º, párrafo 61, del cual se desprende además tener doña Cristina conocimiento de asesinar á los religiosos.

lidad que á su augusto hermano debia guardar. Tal era el *ambicioso* Pretendiente como han osado llamarle infames liberalistas; la más delicada que política actitud del Rey hizo gran daño á la Nacion, que se encontró abocada á la terrible crisis sin estar preparada para conjurarla. El Rey rechazó con indignacion la órden de destierro á Italia pero no permitió que la pasion nublaste la majestad que un Monarca debe mostrar en sus actos, antes bien dió varios decretos en los que designaba para que gobernasen interinamente en su nombre los mismos ministros del difunto Rey y dirigía una atenta carta á doña Cristina ofreciéndola seria tratada con todas las consideraciones debidas á su rango, y más tarde en su decreto publicado en Villareal de Portugal en 24 de Enero de 1834 ordenaba en el primero de sus artículos: «Que en el caso de apoderarse sus leales servidores de la persona de Cristina, se la tratase con todas las consideraciones del más profundo respeto.» Durante las vicisitudes de la guerra, jamás dejó el Rey de hacer iguales prevenciones á sus generales.

Cuando el despotismo *ilustrado* de Zea Bermudez comunica á Rodil la órden de fusilar AL MAL ACONSEJADO PRÍNCIPE en cuanto pudiese ser habido; cuando más adelante despues de terminado el tratado de la cuádruple alianza por el metífluo Martínez de la Rosa, cómplice del sacrílego degüello de los religiosos, y mandadas suspender las órdenes sanguinarias y de exterminio, viérase todavía, en cumplimiento de las disposiciones de Calatrava y Mendizabal, á millares de víctimas morir en el destierro, en las prisiones, ó sobre el cadalso por haberse mantenido fieles á sus principios y creencias religioso-políticas; cuando podría calificarse exactamente la filantropía de sus mentidos regeneradores que se apropiaban el título de apóstoles de la libertad del pueblo; ¿cuál era entonces la conducta, cuáles los actos y palabras de Carlos V? En tanto que en Enero de 1836 los prisioneros de guerra eran asesinados en las cárceles de Barcelona y de Valencia, sin que las autoridades de Cristina tuviesen valor ni voluntad para contener tamañas atrocidades; cuando la noticia de esta nueva violacion del derecho de gen-

tes llegó al cuartel de don Carlos, el rey en una proclama dirigida á sus tropas se expresaba en estos términos: «Esas son acciones dignas de los revolucionarios; ejemplos que jamás deben imitarse, por lo mismo que siempre con justicia se condenan.» A estas palabras dignas de un Rey cristiano, los que liberales se apellidan, contestaban asesinando al bravo don Juan O'Donnell en su calabozo y paseando su cabeza clavada en la punta de una pica por las calles de Barcelona, y fusilando en Jaca al brigadier Torres y á sus desgraciados compañeros, con manifiesta violacion del tratado de lord Elliot. Hechos son estos que nadie ignora y que los partidarios de Cristina no podrán encubrir ni borrar de la memoria por más que en ello se empeñen. No será por cierto Mr. Thiers con su apologia de Marat y Robespierre, quien pueda cambiar la idea que de estos hombres sanguinarios tienen formada todos los pueblos. Don Carlos de Borbon, lo mismo en Portugal que en Lóndres, en Oñate como en Bourges, ha sido siempre invariable en sus principios, conservando tanta serenidad en los peligros y

tanta resignacion en el infortunio como cordura y moderacion en la prosperidad. Al hablar de la viuda é hijos de su augusto hermano siempre lo ha hecho con la dignidad y consideraciones de un monarca: no pocas veces ha dicho con la expresion de un sentimiento íntimo: COMPADEZCO Á CRISTINA, al paso que nunca dejó de prevenir á sus generales los miramientos que deberian guardar á las personas reales para el caso de que los azares de la guerra las constituyesen en la suerte de prisioneros.

Cuando en 1837 el general Zariategui llegó con su division hasta las puertas de Madrid, se expidió por el ministerio de la guerra desde el cuartel general de Exulbe, la Real órden que copiamos literalmente. El original de este noble documento se conserva todavia, y un fiel realista que lo custodia en su poder ha ofrecido ponerlo de manifiesto á las personas que quisiesen dudar de su autenticidad.

Hé aqui los mismos términos de la Real órden:

«Aunque S. M. no duda que V. S. sabrá guardar á todo evento la prudente conducta que ga-

»rانتizan su acreditado celo y distinguida edu-
»cacion, sin embargo me manda prevenirle, que
»si por una feliz casualidad llegase V. S. á apo-
»derarse de la persona de la Reina, no deje de
»guardarle las más delicadas atenciones y el res-
»peto debido á la vinda de su augusto hermano,
»á quien S. M. amará con el más tierno afecto.
»Iguales consideraciones guardará V. S. á las au-
»gustas hijas de su hermano y sobrinas de S. M.
»al Srmo. señor Infante don Francisco y á todos
»los demás miembros de la familia real. Para el
»caso de que estas augustas personas se presenta-
»sen reclamando la proteccion de las armas
»de S. M., les facilitará V. S. todo el auxilio y
»socorros compatibles con las circunstancias dán-
»doles la escolta necesaria al mando de un oficial
»general de la entera confianza de V. S., á quien
»hará responsable, *no sólo de la seguridad de*
»*las augustas personas, sino tambien del res-*
»*peto y consideracion con que deben ser tra-*
»*tadas*, entendiéndose esta disposicion para el
»caso de que V. S. no pudiese desempeñar perso-
»nalmente aquel encargo honorífico. Si alguno

»de los miembros de la real familia pretendiese pasar á punto distinto del que S. M. ocupa, se denegaré V. S. tan formal como respetuosamente, »interin S. M. se digne resolver lo de su agrado.» Estas instrucciones están firmadas por «D. Manuel María de Medina Vordas y Cabañes.» Conociendo la mayor parte de generales y jefes subalternos las rectas intenciones del monarca, el respeto con que recibían sus órdenes soberanas, era el más seguro garante de la exactitud de su cumplimiento. Y sin embargo, ese Príncipe generoso que protegía á sus enemigos y les perdonaba con longanimidad cuando puesto á la cabeza de su ejército contaba todas las probabilidades de la victoria, es hoy dia objeto de persecuciones y calumnias tal vez..... pero no nos anticipemos á los sucesos: anudemos el roto hilo volviendo á Portugal y á la época en que Carlos V acababa de expedir los sabios y justos decretos, cuya publicacion impulsó á un no escaso número de oficiales españoles á renunciar sus grados y retirarse de sus regimientos poniéndose á las órdenes del Rey y ofreciéndole sus servicios.

El gobierno de Madrid, informado de las intenciones del Rey y queriendo prevenir toda tentativa de invasion armada, envió al general Rodil al frente de cien mil hombres, con orden de *fusilar al mal aconsejado Príncipe*, si posible fuese apoderarse de su persona: igual suerte estaba reservada á la familia real, pero á pesar de toda la sagacidad y precauciones de Rodil y de sus agentes, aquella orden bárbara quedó en proyecto.

Frustradas las tentativas y maquinaciones de los revolucionarios, y amenazada la causa que éstos defendían de una total ruina, formaron alianza con Inglaterra, Francia y Portugal, donde la traicion había acabado con las esperanzas de don Miguel, alianza que estaba en directa oposicion con los intereses del Rey por cuanto desvanecía todos sus proyectos y le dejaba sin otro apoyo que el de sus leales servidores. A consecuencia de la misma alianza, don Miguel, el único amigo que le quedaba, fué expulsado de Portugal; y Carlos V, privado de todo socorro, hubo de refugiarse con su familia en un buque inglés para escapar á la pérfida crueldad de sus enemigos.

La capitulación de don Miguel y la derrota de su ejército habían dejado libre de todo riesgo la frontera de Portugal: por lo que las tropas que la cubrían fueron destinadas á Castilla para unir las á las de Quesada á fin de reanimar su valor, porque las sangrientas derrotas que habían experimentado las habían sumido en el más grave desaliento; y Quesada en premio de sus injusticias, crueldades y barbarie no había recogido más que la humillación y el desprecio.

Circunstancias las más críticas é imprevistas se aglomeraban en aquella época y concurrían al parecer á la pérdida de la causa del Rey. ¿Que esperanzas podía abrigar el pequeño ejército de Navarra desmembrado por tantos combates sangrientos, en que cada victoria no podía menos de costarle muchos hombres habida consideración á su corto número; perseguido de todas partes por triple número de fuerzas de las que hasta entonces había tenido que combatir, falto casi siempre de vestuarios, viveres y municiones, obligado á acampar en las cuevas de los montes para no ser envuelto por la muchedumbre de enemigos que

querían exterminarle? ¿Que podían hacer entonces los valientes de Zumalacárregui? ¿Huir? ¡Oh! no, jamás temblaron ellos á la vista del hierro homicida de los revolucionarios, fuertes en su fe y en la justicia de su causa, sostenían bizarramente la lucha formando un poderoso dique que tenía á raya la Revolucion á costa de heróicos y continuados sacrificios.

Mientras esto pasaba en España, el Rey, que sabía apreciar el valor de sus fieles súbditos, se aprestaba para irles á socorrer en persona pensando, y con razon, que su presencia al paso que duplicaría el valor en los suyos infundiría el desaliento en los contrarios. No habiendo tenido el éxito que era de esperar los primeros planes de S. M. pensó desde luego llevar á cabo una segunda tentativa mucho más difícil que la primera resolviendo ir á tomar el mando del ejército; érale preciso con este objeto atravesar la Inglaterra y la Francia, dos países tan enemigos de los derechos de S. M. como poco acordes entre sí: creía, que era para él más glorioso morir á la cabeza de sus soldados que sucumbir á las cobardes intri-

gas de su enemigo. Guiado por esta resolución generosa abandona la Inglaterra, atraviesa la Francia presentándose en persona á todas las prefecturas para refrendar su pasaporte, y acompañado tan sólo del baron de los Valles llega á Navarra, donde sorprende á la junta y á su valiente Zumalacárregui ocupado todavía en los medios de contrarestar al inmenso ejército de Rodil.

Era el mes de Julio de 1834 y nadie cobijaba la idea de tan imprevista llegada. El Rey antes de descubrirse á los suyos quiso por sí mismo enterarse de todo; pero en cuanto se dió á conocer, la noticia de su presencia derramó sobre el pueblo y el ejército la alegría y esperanza; no se pensó ya en el peligro ni se veía otra necesidad que la de salvar al Rey, asegurar su triunfo y colocarlo en el trono. La natural bondad del Monarca formaba un vivo contraste con el ardor entusiasta del ejército que le era adicto, y que esperaba con impaciencia la ocasion de acreditar su valor á la vista del Príncipe. Los ciudadanos de todas clases rivalizaban en celo y esfuerzos para atender á los gastos de la guerra. El laborioso artesa-

no deponía á los piés de S. M. los productos de su trabajo, el propietario el fruto de sus rentas, al propio tiempo que los capitalistas hacían donativos cuantiosos. Excitaban las madres á sus hijos para que fueran á engrosar las filas del ejército, y los jóvenes corrían con entusiasmo á confundirse entre los valientes defensores de su legítimo Soberano. Agrupábanse los habitantes al paso del Rey, vitoreándole con el más vivo entusiasmo, prosternábanse en su presencia, cubriánle de bendiciones y no pocas veces se veía el Rey precisado á refrenar su caballo para no atropellar á los leales vecinos de aquellos pueblos. Tantas muestras de amor y veneracion eran para Carlos V un feliz augurio. ¡Con qué celo se declaraba defensor de sus pueblos! ¡Con qué ardor los conducía al combate! ¿Qué resistencia podían hacer sus numerosos enemigos ante la fuerza invencible de un pueblo lleno de amor y celo por su Rey, y de su Rey lleno de celo y amor por su pueblo?

Zumalacárregui fué de los primeros en presentar sus homenajes al Rey, de quien recibió los

más lisonjeros testimonios de estimacion y gratitud; conferenció largo tiempo con S. M. sobre todos los sucesos pasados y el estado presente de los negocios, dándole circunstanciados detalles sobre su ejército y el de los enemigos, sobre sus proyectos y los que suponía en Rodil, segun los movimientos que le había visto ejecutar. Despues de haber recibido del Rey las más distinguidas pruebas de aprecio, dejó al Monarca para trasladarse al punto donde el deber le llamaba, y donde expresó á sus soldados los sentimientos de gratitud que le había manifestado el Príncipe preparando su ejército para nuevas empresas más dignas todavía de llamar la atencion de Europa, que tenía la vista fija en aquel corto número de defensores de la legitimidad.

Rodil en un principio no quiso dar crédito á los rumores que corrían acerca la llegada del Rey, pero no tardó á desengañarse y llegó al colmo su desesperacion cuando supo que á pesar de todas las medidas que había adoptado, el Príncipe había eludido todas sus emboscadas, había engañado sus espías, y en una palabra, burlado todas las pre-

cauciones de la prudencia humana. Sin pérdida de tiempo pone en movimiento sus numerosos batallones, marcha al encuentro del Rey para satisfacer á toda costa su ódio y su venganza, ardiendo en deseos de ejecutar las sangrientas órdenes que habia recibido y de teñir sus manos criminales con la sangre de la Real víctima; mas la divina Providencia frustró su criminal intento.

Quería Rodil distinguirse por un golpe ruidoso anonadando el partido de don Carlos, pero eran inútiles sus esfuerzos; era siempre derrotado y su exasperacion no tenía límites. Para vengarse convirtió su furor contra los habitantes derramando á manos llenas el terror y la desesperacion: ejecuciones sangrientas, extorsiones, rapiñas, incendios, cárceles y tormentos; hé aquí las acciones con que sus tropas se distinguian. Sería muy repugnante delinear las escenas de horror y de sangre que diariamente reproducían esos hombres feroces cuyo furor no conocía límites. Al poco tiempo no encontraban sino poblaciones desiertas; hombres, mujeres, niños y ancianos todos huían á su aproximacion, todos temían el contacto de

aquellos bárbaros, que no se hubieran avergonzado de mancharse con la sangre de sus ciudadanos, amigos, parientes, y hermanos; y son precisamente esos hombres infames que levantando el velo de la vergüenza y de ignominia que les cubre, osan apellidarse defensores de la libertad.

Entre tanto el prudente Zumalacárregui adoptaba medidas eficaces para llamar la atención de Rodil sobre el punto que ocupaba S. M., esperando aprovechar el entusiasmo de sus tropas para caer sobre la retaguardia enemiga y derrotarla completamente. No perdía ocasión de debilitar el ejército contrario y aumentar el suyo y, por medio de hábiles y no interrumpidas marchas y contramarchas, hostigaba de continuo al enemigo. Aprovechábase de todas las imprudencias de Rodil para arrebatarle compañías enteras sin que á él le costase un solo hombre: llevaba por objeto principal burlar todos los proyectos de su enemigo debilitándolo y fatigándolo para infundir en sus tropas el desaliento y desacreditar al general, contando que en cuanto dejase de inspirar confianza á sus soldados se negarían éstos á marchar bajo sus ór-

denes; de esta suerte Zumalacárregui ganaba tiempo, y el tiempo era para él tanto más precioso cuanto con su trascurso había de desengañarse aquella multitud que se dejaba arrastrar por el celo de una victoria imaginaria que sus mandarines eran incapaces de proporcionarle.

No es posible describir la variedad de planes, los ardidés y maquinaciones que para sorprender al Rey con sus numerosos ejércitos emplearon Rodil, Espartero, Jáuregui, Oráa y tantos otros jefes isabelinos cuyas tentativas se estrellaron contra la sagacidad y prudencia del valiente Zumalacárregui. ¿Fueron pocas acaso las estratagemas que emplearon? ¿No aseguraron mil veces que el Rey no saldría jamás de los interminables bosques donde hallaba asilo contra la persecucion más encarnizada? Pero no sabían aquellos hombres feroces, que jamás han conocido las afecciones suaves del corazon, de cuánto son capaces la fidelidad y el amor cuando van hermanados con la decision y la bravura. Los soldados de Carlos volaban á la victoria al través de mil peligros que sabían despreciar, guiados por los generosos sen-

timientos que inspiran la religion y el deber, y seguros de hallar proteccion y benevolencia en habitantes de todas clases y partidos; respetando el derecho de propiedad y guardando consideracion á los contrarios, se habían hecho invencibles y eran objeto de admiracion y asombro hasta para sus mismos enemigos. Por otra parte, aunque pocos en número, con su actividad y soltura hacian frente á todos los riesgos: era imposible descubrir el lugar donde moraban y sin embargo en todos los puntos hacian frente, y donde quiera que se intentase destruirlos y perderlos se les hallaba dispuestos á rechazar la agresion.

Hé aquí por qué cuatro ó cinco divisiones no pudieron jamás alcanzar al Rey que estaba custodiado por cien hombres adictos y decididos, y por más que no se perdió medio para sorprenderle eludió todos los lazos que se le habían tendido. Entre tanto habiendo sabido los enemigos que el Rey se había hallado á solas dos horas de su cuartel general, sintieron tanto no haber tenido la noticia á tiempo, que doblaron su actividad para apoderarse de su persona; pero el Rey, que estaba

informado de todos los movimientos, conoció el riesgo que corría, y para sustraerse á él burló los proyectos de sus enemigos con continuas marchas y contramarchas, tanto más penosas para S. M. cuanto las hubo que duraron doce, catorce y hasta quince horas.

En tan difíciles circunstancias pasó Carlos V á Guernica, antigua poblacion de Vizcaya, y confirmó los FUBROS Y PRIVILEGIOS de que siempre habian gozado los moradores aquellos bajo el gobierno de los Reyes. Despues de la traicion de Maroto en vano han reclamado los habitantes de aquellas provincias la confirmacion de sus privilegios, que ni el Gobierno de Cristina ni el de Espartero han querido reconocer (1).

Viendo Zumalacárregui al ejército enemigo desmembrado y abatido por tantas marchas y contramarchas, aprovechóse de esta favorable circunstancia para atacarlo; obtuvo sobre él favorables ventajas, y la victoria de Viana que alcanzó

(1) Su abolicion empero estaba reservada al continuador de la dominacion isabelina, impuesto al país por la fuerza brutal del pronunciamiento de Sagunto.

en Navarra contra la division Carondelet, de tal suerte desconceptuó á los enemigos, que no osaron en mucho tiempo acometer empresa alguna contra el Rey ni contra Zumalacárregi.

Entretanto el fallecimiento de la señora doña María Francisca de Braganza y de Borbon, acaecido en Worsport, en Inlaterra, afectó vivamente al Rey su esposo que la tributó los últimos honores, llorando sinceramente una pérdida que venía á aumentar las crueles penas que desgarraban su corazón. Habiendo los enemigos recibido nuevos refuerzos, principiaron una persecucion más terrible y atroz que las precedentes: las casas donde el Rey había estado alojado eran entregadas á las llamas y sus propietarios encarcelados: los alcaldes y curas de las aldeas por donde S. M. había pasado eran fusilados si no daban noticia al ejército revolucionario de los movimientos del Rey; ardían las poblaciones cuyos habitantes habían dado algunas muestras de alegría ó de respeto en el tránsito de S. M. El ódio y furor de los enemigos contra los partidarios de este Príncipe llegaron á tal extremo que hasta eran fusilados los



médicos, cirujanos y farmacéuticos que socorrian á los soldados de su ejército, sin que tuviesen mejor suerte los padres de los heridos si se les sorprendia administrándoles socorros. No hay términos con que expresar las heridas que en el corazón sensible del Rey causaban aquellas medidas violentas, aumentando su perplejidad, puesto que al paso que no queria usar de represalias, contra súbditos suyos estraviados, conocía el compromiso en que su presencia ponía á sus leales servidores. Para conciliar estos extremos, para aliviar tantos males se retiró á lugares casi inaccesibles, sujetándose á toda clase de privaciones hasta que tuvo organizado un cuerpo bastante respetable para hacer frente á sus enemigos y oponerse á sus atrocidades. Mientras tanto, sufría con admirable constancia el frio y el calor, la sed y el hambre, y lo que es más todavía que estos males físicos, el dolor de ver á sus fieles soldados morir en el tormento despues de haber expuesto mil veces su vida en defensa de su Real persona. ¡Con cuánto celo este buen Principe volaba al socorro de los heridos, consolándolos, curando sus

llagas y haciendo renacer en su corazón la dulce esperanza de un porvenir más dichoso! Los que tenían la desgracia de sucumbir bendecían todavía á su Rey antes de cerrar los ojos á la luz, y exhalaban el último suspiro balbuceando el nombre de un Monarca tan digno de su amor.

Habiendo S. M. conseguido organizar un cuerpo de tropas bastante numeroso para tomar la ofensiva, se separó de Zumalacárregui, y combinando con éste sus movimientos pudo atacar sucesivamente á todas las divisiones del ejército enemigo. Espartero mandaba entonces en Vizcaya; atacáronle en varios puntos las tropas realistas y siempre fué derrotado; pero jamás lo había sido tan completamente como en la acción de Plencia en 12 de Octubre de 1834. El Rey en persona mandaba la acción, y pudo complacerse al ver cuánto influía su presencia en el ánimo de los combatientes. Hallábase Espartero encerrado en Plencia, esperando el socorro de dos divisiones de Navarra y Guipúzcoa, pero en cuanto estas divisiones vieron al Rey, temiendo ser atacadas, se retiraron precipitadamente la una á Azpeitia y la

otra á Aramayona. La defaccion espontánea de las divisiones fué tanto más favorable al Rey, cuanto no tenía entonces á sus inmediatas órdenes más que doscientos hombres. A este feliz acontecimiento siguióse otro más feliz todavía; porque Zumalacárregui consiguió una victoria la más completa de cuantas había obtenido sobre tan numeroso ejército. Dos dias enteros duró el combate; eran el 27 y 28 de Octubre, y en ellos el reducido ejército carlista sostuvo con sólo su valor los esfuerzos de más de cien mil combatientes, que hubieron de tomar la fuga, despues de haber perdido sus principales jefes, algunos millares de hombres y una parte de sus bagajes. Corridos y avergonzados de haberse dejado vencer por un puñado de hombres, aquellos grandes restos del ejército revolucionario lograron rehacerse y presentaron de nuevo la batalla á Zumalacárregui en 4 de Noviembre. Querian vengar la afrenta de la derrota en un combate decisivo y aplastar aquel corto número de valientes que tan buena cuenta les había dado de su decision y bravura pocos dias antes; pero á pesar de sus bra-

vatas hubieron de experimentar con dolor que el general que mandaba los carlistas era invencible. En vano se obstinaron en combatir aquél y los siguientes; siempre fueron rechazados con una pérdida inmensa, lo mismo en Ormaiztegui, que en Arquijas y varios otros puntos. Estas derrotas habian esparcido el terror y la consternacion entre los enemigos, que echaban la culpa á sus jefes, acusándoles de traicion, mientras éstos lo atribuian á los soldados, á quienes maltrataban, de suerte que el campo de Rodil estaba dominado por la confusion y el desórden.

Zumalacárregui, que sabia aprovechar las circunstancias, se apresuró durante aquellos momentos de turbacion á levantar nuevos batallones armándolos con los despojos del enemigo, y al mismo tiempo admitía con satisfaccion á los muchos desertores, que viendo la bendicion de Dios sobre el ejército de don Carlos, y arrepentidos de haberse dejado seducir, deseaban sinceramente reparar sus yerros combatiendo en favor de la santa causa, que por una ciega irreflexion habian tenazmente perseguido.

En tanto que el ejército realista aumentaba y tomaba de día en día una actitud más imponente, el de los enemigos, por el contrario, estaba en decadencia y había perdido su confianza en el general Rodil, que era de todos aborrecido y hasta de los suyos detestado. El prestigio que había fascinado los ojos de la muchedumbre quedaba destruido, y era preciso restablecerlo por algún medio eficaz. ¿Pero de qué medios podía valerse aquel mónstruo de crueldad sino de los mismos que ya antes había empleado, á saber: persecuciones, vejámenes, asesinatos é incendios... armas por cierto muy dignas de un hombre tal como Rodil? Hé aquí una nueva época de persecuciones: principiósese por degollar á todos los heridos que se encontraban en los hospitales; obligóse á las tímidas esposas del Cordero sin mancha á salir de sus conventos maltratándolas, lo mismo que á los religiosos, á quienes habían declarado mortales enemigos; hacinábanse en oscuros calabozos á hombres pasivos é inermes, mujeres y sacerdotes, pereciendo los más de ellos por los horrores de cruel cautividad ó á mano de sus perseguidores.

Tales fueron las últimas y horribles victorias de aquel mónstruo de iniquidad, cuyo fatal recuerdo causará siempre horror en todos los sitios que manchó con sus crímenes. Los fieles súbditos de Carlos V, léjos de amedrentarse con las amenazas y las más horribles persecuciones, se hacían más constantes en la fe y más decididos para combatir en pro de la santa causa que habían abrazado; así les acompañaba siempre la victoria.

Por fin, cansado el Gobierno de Madrid de tantas pérdidas como se experimentaban bajo el mando de Rodil, le retiró su confianza y nombró para sustituirle al antiguo jefe de los revolucionarios, al formidable Mina, el enemigo jurado de la Monarquía, el rebelde contra quien el difunto Rey Fernando se vió obligado á pedir el auxilio de la Francia para escapar á una muerte segura. Pero el Gobierno de Madrid estaba corrido de haber sufrido tantas derrotas, no sabía ya qué medios emplear para lograr su objeto, y aunque conocía perfectamente las opiniones republicanas de Mina, no tuvo inconveniente en invitarle á que viniese de Lóndres, donde estaba refugiado, y confiarle

el mando del ejército. Este solo hecho, cuya variedad no admite dudas, ¿no es acaso bastante para demostrar claramente cuáles eran las intenciones del gabinete de Madrid? ¿No prueba con evidencia que no se combatía únicamente contra don Carlos, sino también contra la institución monárquica? Lo mismo se pensaba en sostener en el trono á Cristina que á don Carlos; pero era necesario un pretesto para no infundir recelos á las Cortes extranjeras; que despues no habia de ser difícil abusar de la debilidad de una pobre mujer. Demasiado han probado los sucesos la realidad de lo que acabamos de expresar y ¡plégue al cielo protector de España que otros sucesos más desagrables que los primeros no concurren á probarlo de una manera más dolorosa y decisiva (1)! ¡Cuánta ceguedad la de Cristina! Con tal de lograr el fin que se propone, poco le importan los medios. Mina es un revolucionario, Mina es un traidor, un regicida. ¡Y sin embargo, se le nombra general en jefe del ejército; pónense á su

(1) Háse visto en 1868 la exactitud del presagio del autor.

disposicion todos los recursos disponibles; á su arbitrio se abandona la eleccion de los medios, no tienen más guía que su voluntad; perezca don Carlos, arruinese su ejército: hé aquí lo único que de él se desea, lo único que se le pide!

Es fácil concebir la satisfaccion de Mina al verse, contra toda esperanza, colocado al frente de un ejército poderoso, en estado de hacer la guerra á la Monarquía que detestaba, y halagado por la esperanza de llevar á cabo sus bellos proyectos de república que en otro tiempo en vano intentara realizar. Apresuróse en corresponder á los deseos del gobierno que le llamaba, y para inspirarle más confianza, no dejó de hacer alarde de la facilidad con que sublevaría en su favor toda Navarra donde en otro tiempo tan grande influencia habia ejercido. Lisonjeábase de poseer todavía el amor y respeto de aquellos pueblos leales, y por consiguiente de dar cima á una empresa en la cual habian fracasado todos sus antecesores. El gobierno confió en estas promesas; pero no tardaron los hechos en darle el desengaño. Mina en efecto habia sido amado y respetado en Navarra; pero

era esto cuando combatía en favor de los Príncipes que entonces aspiraba á destruir (1). Así fué que en todas partes encontró el odio más declarado, porque los pueblos aman el orden, la paz, la justicia y á sus Reyes, así como detestan á los tiranos, á los revolucionarios y traidores, que no cesan de engañarles ofreciéndoles la libertad con el solo objeto de esclavizarlos.

El mismo Mina no tardó en perder sus ilusiones: ni uno siquiera de aquellos hombres que durante la guerra contra Napoleon le habían ensalzado hasta las nubes, se dignó saludarle en los otros tiempos en que iba á combatir contra su legítimo soberano. Vanas fueron sus protestas de amistad, vanas tambien sus promesas de libertad y ventura: ni un solo hombre encontró que quisiese abrazar su partido. Rabió al ver que no podía mandar más que sobre los restos del ejército de Rodil, y abrió su campaña con órdenes y decretos sangrientos. Amenazaba con la muerte, ó cuando menos con el destierro, á todo paisano que en

(1) Refiérese el autor á la guerra de independencia de 1808 en que Mina luchó contra los franceses.

cualquier sentido auxiliase á don Carlos ó á su ejército. Los sacerdotes y los padres de los carlistas no podían tener con éstos correspondencia, sino bajo los riesgos de la muerte con que se les había conminado; en una palabra, copió al pié de la letra los edictos que Napoleon había hecho publicar contra él, cuando hacía la guerra en favor de Fernando VII; pero á pesar de estas disposiciones sanguinarias, no fué más afortunado que sus predecesores: en distintas ocasiones fué derrotado en Liga, en Elizondo y en Lecároz (Marzo 1835). Despues de este último combate, dominado de despecho al verse cubierto de oprobio, fue cuando dió libre rienda á su furor contra el país y sus habitantes: mandó fusilar el cura y al alcalde, diezmó á los habitantes y mandó abrasar la mayor parte de las aldeas. Regresaba de esta sangrienta expedicion cuando fué atacado en Velate, donde hizo vanos esfuerzos para reparar su honor; fué de nuevo derrotado, y habiendo recibido una herida hubo de retirarse á Pamplona para atender á la curacion. Desperanzado al fin de terminar una guerra que se había vanagloriado de precipi-

tar con su actividad y acabarla felizmente, hizo dimision del mando.

Mientras tanto la bárbara conducta de los enemigos con los prisioneros y paisanos que suponian adictos al Rey, les enagenaba todos los corazones y engruesaba las filas de sus contendientes; la conducta de don Carlos le conquistaba diariamente nuevos partidarios. No perdía el Príncipe ocasion de manifestar su bondad, su clemencia y humanos sentimientos con los desdichados prisioneros. El furor de los enemigos subía de punto á cada batalla que perdían, y las ventajas de la victoria facilitaban al Rey nuevas ocasiones de mostrarse clemente y generoso. Nada tiene de sorprendente, que para sostener á tal Príncipe, los soldados hicieran prodigios de valor, ni que un ejército tan numeroso como el de los revolucionarios, mandado por jefes bárbaros, se dejase tantas veces derrotar por aquel puñado de hombres decididos.

Despues de cada batalla Zumalacárregui había insistido en el cange de prisioneros; pero nunca se había contestado á sus ofertas, sino con el más insultante desprecio, ó con bárbaras ejecuciones.

Cuando el Rey se puso á la cabeza del ejército, encargó á Zumalacárregui que propusiese de nuevo el cange de prisioneros; pero la contestacion fué la misma y las ejecuciones todavía más sangrientas. Entonces se halló el general carlista en la horrible necesidad de usar de represalias, y aunque lo hizo despues de haber agotado todos los medios de evitarlo, y las consideraciones de toda clase con las desgraciadas víctimas, no se dejó de aprovechar aquella terrible circunstancia para hacer caer sobre Carlos V y sus generales el horror de las más negras atrocidades. Ponderóse calumniosamente el número de las verdaderas ejecuciones, siendo cierto que el Rey se había visto en el duro trance de acordar aquellas medidas tan deplorables como justas, con el solo objeto de evitar en lo sucesivo mayor derramamiento de sangre de los suyos intimidando á sus crueles enemigos; medidas que tuvieron su cumplido efecto, porque habiendo perdido los enemigos un número de prisioneros mucho más considerable que el de los carlistas, elevaron sentidas representaciones á su Gobierno, manifestando cuán des-

agradable era perder tantos hombres que iban á ser fusilados en represalia, si se difería la restitucion de los prisioneros hechos al ejército del Rey, y llevaron su exigencia hasta el extremo de negarse á combatir si sus reclamaciones llegaban á ser desatendidas.

El gobierno que hasta entonces habia mandado matar sin piedad á todos los prisioneros, se halló envuelto en la mayor perplejidad, ruborizóse de su bárbaro proceder; pero no atreviéndose á aventurar una reclamacion á que tantas veces se habia denegado por el órgano de sus generales, solicitó la intervencion de Inglaterra para terminar este negocio. El gobierno inglés, comerciante por naturaleza y siempre dispuesto á mezclarse en los negocios de sus vecinos cuando espera reportar alguna ventaja, aceptó sin repugnancia la ocasion de inmiscuirse en los asuntos de España. Con la esperanza de que esta primera RELACION MERCANTIL sería prelude de otras RELACIONES más importantes, envió á lord Eliot con el encargo de estipular entre los dos ejércitos un tratado fundado sobre las bases de DARSE CUARTEL en el combate,

y cangear despues á los prisioneros (1). El Rey se mostró satisfecho y complacido de estas bases: se apresuró á dar principio á la ejecucion del tratado, entregando á los enemigos en presencia del mismo Eliot todos los prisioneros hechos acto continuo que aquel estuviese concluido.

La dimision de Mina habia esparcido el desaliento en su ejército: el gobierno de Madrid veía diariamente cómo se extinguía la influencia y disminuía su poder y érale imposible adoptar medidas enérgicas para reconquistar la opinion pública que iba perdiendo de más en más. El ministro de la Guerra, Valdés, tomó por sí mismo el man-

(1) La instruccion secreta era la de minar el campo carlista, echando en él los gérmenes de futuras excisiones, mediante la propuesta de un enlace entre doña Isabel y el primogénito del Rey; ese mismo proyecto renovó con más celo que sentido político el insigne Balmeš y aún en nuestros días hay deseos de unir en matrimonio al Principe don Jaime con la Infanta doña Mercedes, hija del proclamado en Sagunto; á nosotros se nos antoja que una de las causas del Diluvio fué la de haber casado los *hijos de Dios* con las *hijas de los hombres*. Por lo demás nada tan temible como la *caridad liberal*; los canges han sido siempre un medio de introducir la seduccion y la perfidia en el campo realista, lo cual significa tentan de negociar con prudente desconfianza.

do del ejército, obteniendo del gobierno una autoridad sin límites y usó de ella inmediatamente ocupándose en inmensos y extraordinarios preparativos para la campaña que iba á emprender: mandó fabricar un gran número de cohetes á la *congréte* y otros proyectiles para sembrar la muerte de una manera espantosa entre las filas carlistas. Formidable artillería, caballería numerosa, inmensas provisiones de guerra y boca y 20.000 infantes; hé aquí la division temible con que se lisonjeaba Valdés de aplastar al primer encuentro á Zumalacárregui con todo su ejército: mas, ¡cuán caprichosa es la fortuna! ó mejor diremos ¡cuán incomprensibles son los decretos de la Providencia! Avanza Valdés con majestad al frente de su ejército; sus tropas de refresco arden en deseos de acreditar su valor, y llevando en sus manos armas con que aterrar á sus enemigos no dudan de la seguridad de la victoria.

Zumalacárregui, ese fiel adalid de don Carlos, no tenía á sus órdenes más que cuatro batallones compuestos de hombres fatigados por las mismas victorias y sujetos á continuas privaciones: pero

lleno de confianza en la justicia de su causa, invoca al Dios de los ejércitos, y encontrándose con aquel ejército formidable, le ataca con intrepidez en Artaza (22 Abril), y en Eraul arroja sobre sus enemigos el susto y la desolacion, lleva á todas partes el terror, y con sus miradas fulminantes aterra á los que se atreven á resistir á sus golpes. En vano llega el general Valdés con su caballería toda de refresco; Zumalacárregui le había ganado por mano, y sus valientes, encendidos en cólera á la vista del nuevo ataque sacian sus furores, haciendo en el enemigo horrible carnicería, hasta que rotos y medio dispersos los escuadrones de caballería, piden cuartel. En el momento mismo el invencible general apacigua á los suyos, refrena su ardor, calma sus miras ó imitando la noble clemencia de su Rey, hermana, perdonando, los placeres de la victoria con las dulces emociones de la caridad.

Avergonzado Valdés de su derrota toma la fuga, dejando en poder del vencedor casi todo su bagaje y un sinnúmero de prisioneros, pero esta victoria no era más que el preludio de otras alcan-

zadas por Zumalacárregui en los tres meses siguientes; entre ellas podemos designar la de Guernica, en la cual la division de Triarte fué completamente derrotada; las de Andoain, Echar, Noain y Cinur cuyos detalles serian demasiado extensos: y últimamente la de Velate en la cual Jáuregui y Práa fueron puestos en derrota. Pero la principal y más importante de estas victorias fué sin contradiccion la de DESCARGA (2 de Junio) donde Espartero al frente de 18 batallones hubo de tomar la fuga, cuando se batía tan sólo con 1,500 carlistas, en cuyo poder dejó 1,200 prisioneros y gran multitud de armas y municiones. Los resultados de esta victoria fueron muy ventajosos á la causa del Rey, puesto que á consecuencia de ella las guarniciones de Villafranca, Vergara, Eibar, Durango, Ochandiano, Elizondo y de otras plazas se rindieron al vencedor despues de muy escasa resistencia.

Marchando así de victoria en victoria, Zumalacárregui mejoró la causa de su Soberano, y agotó los recursos de los enemigos, que perdieron en aquella campaña 10,000 hombres de sus mejores

tropas, 250 jefes y oficiales, 5,000 fusiles, 16 piezas de artillería, muchas municiones y un gran número de caballos. Navarra y las Provincias Vascongadas quedaron enteramente libres de enemigos, y todas estas ventajas casi increíbles cuando se atiende al corto número de hombres que llevaba á sus órdenes el general del ejército carlista, se alcanzaron en el término de tres meses.

Libre el Rey y en posesion de varias provincias principiaba á hacer gustar á sus pueblos desgraciados, las dulzuras de su benigna influencia; su dominacion se extendía diariamente y se disponía á penetrar hasta la capital para restablecer el orden y la paz de que por tanto tiempo estaba privada; mas empezó á anublarse la brillante estrella de sus esperanzas; dos objetivos se presentaban en efecto ante las victoriosas armas de los defensores de Carlos V, Vitoria y Bilbao, en consejo de generales optóse por atacar esta última plaza, Zumalacárregui opinaba debía tomarse á Vitoria, golpe más seguro, aunque menos brillante; cedió empero y fué á formalizar el sitio sin éxito amenazado. Zumalacárregui di-

rigió con fortuna las operaciones del sitio, mas en 15 de Junio, en ocasion en que examinando los avances de las tropas leales y movimientos de los sitiados, estabase en un balcon de una casa inmediata al santuario de Begoña, en el momento en que sus leales ayudantes le exponían la conveniencia de que se retirase de aquel lugar, donde podia con facilidad ser visto de los enemigos, una bala penetró en su rodilla; no era mortal la herida, pero la impericia del barbero Gelos, gran amigo de Zumalacárregui, que quiso operarla, hizo el resto, y el héroe murió cristianamente en 24 de dicho mes mientras la bala, torpemente extraida, corria de mano en mano entre los soldados de la legitimidad haciendo concebir lisonjeras esperanzas. Eraso y el tristemente célebre Maroto, quedaron al frente de las operaciones del sitio, mas ocurrida la muerte del héroe, que el Rey lloró amargamente, debió pensarse en el nombramiento de general en jefe; nunca como entonces pudo verse hasta qué punto el espíritu cristiano era el alma de la causa de don Carlos V; á dominar los jefes militares sus respecti-

vos celos en pro de la Religion y la Patria, por la que combatían, Bilbao hubiera caído y la muerte de Zumalacárregui quedara reducida á una gloriosa desgracia; no fué así empero; á pesar de su inferior graduacion, Eraso y Zaratiegui, secretario este último de Zumalacárregui, aspiraron á sucederle; Maroto llegado hacía poco tiempo del extranjero, donde residía desde que el Rey salió de Portugal, no quería empero obedecerles y protestaba ya para el caso de que alguno de ellos fuera nombrado, alegando como motivo, su mayor graduacion; Villemour, general antiguo y ministro de la guerra, se creía en el caso de aspirar á la jefatura por espíritu de clase, bien que se mostró siempre sumiso al Rey, y este bondadoso Príncipe, para no herir susceptibilidades, buscó un hombre nuevo y creyó hallarlo en el antiguo general don Vicente Moreno, recién llegado al Cuartel Real, nombramiento justo atendida la graduacion del agraciado y que parece debía acallar toda rivalidad, mas no fué así por desgracia; Moreno vió frustrados por la mala voluntad de sus émulos los movimientos para dete-

ner al jefe cristino, Córdova, que iba al socorro de Bilbao, y reforzada y abastecida esta plaza, las fuerzas de don Carlos debieron retirarse. Así terminó el segundo sitio de Bilbao, pero con él no terminaron los resentimientos de los *postergados* Eraso, Zaratiegui y Maroto; el primero presencié impasible en Obanos la batalla de Mendigorria, ocurrida el 16 de Julio, entre Moreno y Córdova, y cuando su intervencion podía convertir en brillante victoria el sensible descalabro de las fuerzas carlistas, prefirió sacrificar á su ruin despecho los intereses de la Religion y de su Rey, permaneciendo en culpable inaccion con los cuatro mejores batallones de Navarra. Mas si los fuertes, segun el mundo, si las eminencias militares comprometían con sus disensiones la causa de Carlos V, los pobres, los humildes olvidaban sus peligros, sus sufrimientos y sacrificios para no ver en aquél sino al ungido del Señor, al sostenedor de la fe y de la Patria española, y el vencido en Mendigorria fué recibido como triunfador en Estella, en este gloriosísimo baluarte de la piedad, de la fidelidad y del heroismo: en Estella

hizo acto de sumision al Rey, el General Conde de Casa Eguía.

En Cataluña desde la derrota de Mayals, que desbarató el alzamiento del Campo de Tarragona, sostuviéronse los jefes carlistas supliendo en lo posible con el heroismo la falta de unidad en el mando, defecto que ha esterilizado en nuestra comarca poderosos esfuerzos; registráronse durante el periodo que estudiamos, dos gloriosas páginas, el ataque de Oliana por los Borges y la entrada en Montblanch; en contra, Romagosa, nombrado por don Carlos general en jefe de las fuerzas catalanas, fué fusilado por los liberales, borrando con su sangre en 1835 la memoria de sus veleidades de 1827.

En tanto en Navarra y Vascongadas concentrábanse todas las principales fuerzas del gobierno liberal para acabar con la causa realista, don Carlos creyó prudente distraer la atencion de sus contrarios organizando expediciones, siendo Guergué el general nombrado, para lo que se le envió á Cataluña, yendo con él don Blas Maria Royo, á fin de organizar el ejército Real de aquel Principado.

A su aproximacion todos los catalanes le salieron al encuentro, saludándole como á un libertador y levantándose en masa formaron un cuerpo de 16,000 hombres que el general dividió en cuatro divisiones destinadas á la custodia y conservacion de la provincia. De tal manera desalentó esta novedad á los enemigos, que lejos de emprender operacion alguna creyeron que no había para ellos salvacion si el gobierno no les enviaba prontos socorros.

En tan críticas circunstancias apeló Cristina á sus aliados. La Francia le envió la legion extranjera de Argel: Inglaterra una nueva legion de 12,000 hombres, y Portugal otra legion más numerosa; pero á pesar de esto los partidarios de don Carlos no vacilaron en declararse abiertamente: en otro tiempo lo hubieran hecho sin otro resultado que exponerse á crueles persecuciones; pero entonces por el contrario, ponían, y con razon, su confianza en aquel ejército victorioso que diariamente hacía nuevos progresos, obtenia nuevas ventajas y prometía hallarse cuanto antes en las mismas puertas de Madrid.

Entonces la rabia de los enemigos, que se inflamaba más y más por el convencimiento de su debilidad y el oprobio de tantos reveses, gravitó sobre los infelices habitantes de las poblaciones que conservaban en su poder. Quisiéramos poder cubrir con un velo las escenas de desolacion de que fueron víctimas Barcelona, Madrid y otras tantas ciudades, cuyo único crimen era haberse mostrado adictas á su Rey legítimo: deseáramos pasar en silencio hechos públicos á cuya relacion tiembla la pluma y se extremece el más empedernido corazon: aquellas horribles escenas de carnicería prueban con evidencia, que los revolucionarios hacen la guerra á la Religion y al trono con el solo objeto de saciar su sed de sangre, su desatentada soberbia que no se contenta con menos que con derrocar en Europa y en el mundo toda autoridad religiosa ó política.

¿Qué significan los asesinatos cometidos en Barcelona, Zaragoza y otros puntos de España, en el mismo Madrid, á la vista del Gobierno que se titulaba legítimo y en presencia de los diputados de la nacion, en las personas de muchos sacerdo-

tes virtuosos sacrificados en 1834? ¿Qué significa la expulsión de los religiosos de sus claustros, la persecución de que han sido víctimas y la mendicidad á que se hallan reducidos? ¿Qué significa la ocupación de todos los bienes de la Iglesia, incluso los de las religiosas, y la obligación impuesta á estas esposas de Jesucristo de abandonar sus claustros, ó perecer de miseria en la más aflictiva tribulación? ¿Qué significa el incendio y la total ruina de los conventos, y el pretexto de la necesidad de estas medidas, prefiriendo el embellecimiento de las calles y plazas de las ciudades y aldeas á la existencia de casas religiosas, y hasta á su mismo recuerdo? ¿Se consumarían estos hechos para consolidar el gobierno de la que ellos proclamaban por Reina?

Las sospechas de abrigar distinta opinión han sido suficientes motivos para encarcelar, desterrar y condenar á muerte á un gran número de eclesiásticos de ambos cleros y á muchos fieles católicos que defendían la justa y legítima causa. Los padres, las madres, las esposas, los hijos, todos los parientes en fin de los defensores de la legitimidad

han sufrido la pena capital, el confinamiento y el secuestro; hasta los que fiados en llamamientos, indultos ó capitulaciones se han presentado á las autoridades revolucionarias ó permanecieron entre ellas, han sido víctimas de su ferocidad; pero estos sacerdotes, estos religiosos y pacíficos españoles que han sido asesinados; estos establecimientos de piedad, estas religiosas en sus claustros ¿qué parte tomaron en la guerra de la legitimidad? ninguna por cierto. Es palpable pues la causa de tan atroces crímenes; no ha sido otra que los deseos de enarbolar el pendon de la impiedad y de la anarquía: todavía han tenido lugar hechos más abominables. ¡Quién creyera que en España se hayan presenciado los sucesos que han ocurrido! Las cataratas del cielo se abren y se inunda el mundo de un diluvio de horrores. Ya en 1821 se había visto en Cadiz á un apóstata publicando disertaciones contra los principales dogmas de nuestra santa Religion, las cuales fueron sabiamente refutadas por S. E. I. M. Cienfuegos, obispo de aquella diócesis; se había autorizado la circulacion de las perniciosas doctrinas de algunos

sectarios; se permitió á un jefe militar que predicase contra la virginidad de Nuestra Señora, que mandase quitar de las calles y plazas las cruces ó imágenes que atestiguaban que la verdadera Religión católica era la única profesada en España; se llenaron de horror los ánimos al presenciarse los más abominables sacrilegios cometidos por los impíos, cuya extravagancia llegó hasta el extremo de llevar en procesion el libro de la Constitución en tiempos de sequía, y pedir de rodillas ante la lápida el auxilio que les hacía falta. Felizmente no se progagó el contagio; y Dios ha dado muestras de su poderío para hacer que se estremeciesen los impíos y cesasen de glorificarse en el mal y en sus iniquidades. En el interin, el príncipe de las tinieblas extiende su influjo, arroja la máscara que encubría su perfidia, y se cometen los más horribles excesos. Oh cielos ¡extremeceos! Las imágenes de Jesucristo, de la Virgen y los santos son fusiladas en los templos y en las plazas; aquí los arrastraran por las calles con gritos de regocijo: allí se les nombra de GUARDIA y se les pone de centinela; y despues de haberles hecho servir de

objeto de burla y de sarcasmo, se les arroja á las llamas; destinanse los vasos sagrados, no ya á usos profanos, sino hasta á inmundos servicios; se entra con estrépito en los templos donde se complace el Dios del cielo en rodearse de místicos velos para subvenir á todas las humanas necesidades: los emisarios del gobierno que se apellida legítimo roban la custodia, y lo que es más aún, me extremezco al relatar tales crímenes, las mismas sagradas formas bajo las cuales se oculta nuestro adorable Salvador y Redentor, el Rey del cielo y de la tierra; estas hostias santas son pisoteadas, insultadas con infames discursos, vendidas públicamente, fritas con huevos y escupidas después de gustadas en señal del más profundo desprecio hacia la suprema Majestad. La España entera ha sido testigo de este horrible espectáculo, y de no haberse impuesto castigo alguno á los culpables. ¡Pues que! ¿acaso porque se cometiesen en momentos realmente aciagos debian quedar impunes estos sacrilegios espantosos?

Los revolucionarios conocían demasiado el carácter religioso del Rey legítimo don Carlos V, y

estaban bien convencidos de que bajo su régimen monárquico no tardaría en darse desagravio á Dios y á todo el universo católico; les era preciso pues echar mano de todas los ardidés que podía inventar la probada malignidad para impedir el triunfo de la causa legítima de España, ó hacer al menos que desapareciese su verdadero representante. Mientras tenían lugar horribles crueldades en la parte de España sometida aún al poder de los revolucionarios, lograron los carlistas la victoria de Arrigarraga contra Espartero, cuyo ejército fué destrozado: más de 2,000 hombres perdió en esta batalla; recibió dos heridas y poco faltó para que cayera su persona en poder de los vencedores. Inmediatamente despues de esta victoria emprendió Gomez su célebre y desdichada espedicion: llegó hasta las puertas de Madrid, y á pesar de que sólo tenía un puñado de hombres adictos, consiguió frecuentes ventajas sobre los enemigos, desbarató todos sus proyectos, cobró enormes contribuciones, y se hubiera infaliblemente apoderado de la capital si hubiese podido ser secundado en su vasta y temeraria em-

presa; pero acosado de todas partes por sus numerosos enemigos sufrió las más terribles persecuciones. Los innumerables asesinatos cometidos en aquel entonces por los revolucionarios, son demasiado conocidos para que nos detengamos en detallar sus horribles circunstancias. Conmovidó el Rey por los infortunios de este general, despues de haber oido el parecer de todos los jefes del ejército reunidos á este fin en Durango, resolvió que se atacase vigorosamente á Bilbao, esperando que de este modo ó se rendiría la poblacion ó cesarían las persecuciones de que Gomez era objeto. La rendicion de Bilbao era considerada por ambos partidos como lo más importante, puesto que abría á los carlistas libre paso hácia lo interior de España; y hé aquí por qué se combatió allí por ambas partes con tanto valor y encarnizamiento: si fué vivo el primer ataque, viva fué tambien la resistencia de los sitiados, mas á pesar de todo, Villareal estaba á punto de ordenar el asalto y la rendicion de la Plaza era segura, cuando Simon Latorre acusó á Villareal de imprudente, y logró que este cediendo á



sus pérfidos consejos aplazase el asalto para asegurar su éxito, pero si se reforzaron los carlistas no estuvieron en calma los sitiados, y cuando de nuevo se intentó el asalto, aparecieron tapadas las brechas y fuertemente artilladas y guarnecidas, y desde este instante rechazados los sitiadores, el sitio se continuó con mucha lentitud. No dejaron los enemigos de aprovechar esta circunstancia para proveer la plaza y hacer entrar en ella considerables refuerzos; de esta manera salvaron esta ciudad que apenas podía ya resistir á los sitiadores, y que hubiera tenido que rendirse infaliblemente si se hubiese obrado con mayor actividad y entusiasmo (1). Los numerosos auxilios que acababan de introducirse en Bilbao hicieron perder á los carlistas toda esperanza de apoderarse de ella, y el sitio fué levantado despues de madura deliberacion. Muy fatales al ejército carlista, fueron las consecuencias de esta retirada; paisanos y militares se llenaron de consternacion, al presenciar estos dos sucesos, que por desgracia

(1) Cosa muy parecida pasó tambien en la pasada campaña de 1872.

dieron lugar á tan diferentes explicaciones. En vano la prudencia y el tino de don Carlos, se dedicaron desde un principio á sofocar este gérmen de todos los males que afligieron bien pronto á los buenos realistas; era difícil destruirlo: el humano espíritu propenso naturalmente á la desconfianza, se asió fuertemente de esta ocasion oportuna para ver engaños en todas partes: y tasada ya su opinion, aunque sea sobre cosas inverosímiles y desprovistas de fundamento, es casi imposible hacerle entrar en razon. Esta deplorable desconfianza recíproca á que se entregaron desde entonces los principales jefes del ejército carlista, unida á los celos tan propios del carácter español, fué fatal ya siempre más á las tropas de Carlos V, y paralizó, por decirlo así, todos los esfuerzos y su propicia suerte.

En el interin el Rey tomó medidas sumamente sabias, y que fueron universalmente aprobadas, para conciliar todos los mezquinos intereses para calmar todas las susceptibilidades: nombró al Infante don Sebastian general en jefe del ejército; y este jóven Príncipe correspondió completamente

á lo que de él se esperaba: restableció la disciplina entre sus tropas, dió nuevos reglamentos, tomó nuevas disposiciones, y obtuvo el raro mérito de inspirar la mayor confianza á sus soldados: bajo su mando renacieron más que nunca el regocijo y el entusiasmo.

Los enemigos, por su parte, orgullosos con la ventaja obtenida en Bilbao, y empapados en el recuerdo del desgraciado éxito de la expedición de Gomez, se echaron sobre el país ocupado por el Rey. Su plan de ataque había sido detenidamente meditado y trazado de acuerdo con los principales jefes y con el gobierno. Ewans, general en jefe de la legion británica, atacó las líneas de don Sebastian con 22,000 hombres; el general Sarisfield á la cabeza de 12,000 hombres se dirigió por el lado de Pamplona á atacar las tropas navarras, y finalmente Espartero se adelantó hacia Durango y Elorrio con 20,000 combatientes. El Infante don Sebastian recibió á pié firme el ataque de Sarisfield, esperando que sus tropas rompiesen el primer fuego; y extinguido el primitivo ardor hizo una maniobra tan hábilmente

combinada y ejecutada que puso en derrota aquella division, al paso que con un movimiento de conversion perfectamente dirigido, cayó sobre Ewans y despedazó su ejército en las cercanías de Oriamendi. Desde allí se dirigió sobre Durango, donde Espartero no juzgó conveniente aguardarle, corriendo por el contrario á refugiarse á toda prisa dentro los muros de Bilbao. Esta esplendente victoria compensó plenamente los pequeños descalabros que el ejército Real había experimentado ante Bilbao. La desgraciada expedicion de Gomez había colocado al general Cabrera en una terrible situacion; se había visto obligado á abandonar el fuerte de Cantavieja para evitar que le aniquilasen las masas revolucionarias que habían ya destruido el debil ejército aragonés. Habia recogido los restos de este puñado de valientes y formado el generoso proyecto de ir á presentarse al Rey; pero en la travesía fué atacado por una division fuerte de 12,000 hombres, y no pudiendo resistir al número, su derrota fué completa; recibiendo él mismo dos heridas durante la refriega. Cabrera abandonó entonces la ribera del Ebro donde ha-

bía sufrido este lamentable descalabro, y tan luego como hubo recobrado la salud, se apresuró á irse al Aragon para desplegar todos los resortes de su inmenso talento á fin de recobrar lo perdido y ponerse en estado de volver á tomar la ofensiva. Logró juntar un nuevo ejército al cual supo inspirar su celo é infundir su valor: acompañado de estos nuevos reclutas, se apoderó de Cantavieja, que se había visto obligado á abandonar algun tiempo antes: esta conquista le valió un gran número de partidarios, en términos que sus fuerzas aumentaron considerablemente: y cuando se veía al frente de un ejército capaz de oponerse al enemigo, concibió vastos proyectos que no tardó en poner en ejecucion. Empezó á establecer sabios reglamentos y á restablecer en su vigor la disciplina; y desde el principio de la primavera del año siguiente, se distinguió por muchas señaladas victorias que hicieron temible su nombre para el enemigo, y le pusieron en el caso de contrabalancear por sí solo en lo sucesivo las fuerzas reunidas de todo el Reino.

A pesar de victorias tan importantes y que de-

bían dar al enemigo una idea de lo que puede el entusiasmo cuando le sostiene la justicia, el ejército Real no se atrevía á exponerse de nuevo formalizando sitios de pueblos fortificados. Los dos fatales experimentos que se habian hecho bajo los muros de Bilbao, probaban claramente que fuera temerario emprender por tercera vez un sitio que podía hacerse interminable, agotando con esta pérdida de tiempo las fuerzas y el valor del ejército y exponiéndose á sufrir una nueva desgracia, cuyas funestas consecuencias podrían ser extremadamente fatales á la causa del Rey. Parecía prudente esperar á que estallase el general descontento que reinaba en lo interior de esas ciudades, pues que personas bien informadas, anunciaban que el estado violento en que se hallaban los habitantes les hacia odioso el yugo de hierro que sobre ellos pesaba; pero participaban tambien que el enemigo nada descuidaba para conservar estas plazas que sólo la fuerza podia retener en su poder. Por consiguiente el Rey no juzgó conveniente ir á destruir sus fuerzas bajo los muros de una plaza, y partió él mismo á la cabeza de un ejérci-

to entusiasmado y victorioso para una diversion enteramente acertada. Salió de Estella el 15 de Mayo, acompañado de su sobrino don Sebastian y de la flor de sus generales y oficiales de Estado Mayor que conducian 16 batallones y 1,000 caballos. La más pura alegría brillaba en todos los semblantes: estas tropas invencibles sentian toda la superioridad de su fuerza, porque iban á combatir á la vista de su Rey: cualquiera hubiera dicho que marchaban hacia el triunfo. Y en efecto, este triunfo era seguro y hubiera sido completo, si el funesto espíritu de discordia y desconfianza que se había manifestado despues del levantamiento del sitio de Bilbao, no hubiese vuelto á aparecer para venir á turbar operaciones sabiamente combinadas y para disipar la esperanza de una victoria completa y decisiva. Pero tales son los funestos efectos de la discordia, que apenas ha prendido en el corazon de los hombres, produce ya todas las deplorables consecuencias que de ordinario la siguen, y es imposible desarraigarla.

El 24 de Mayo, despues de nueve dias de marcha, llegó á Huesca la gloriosa expedicion; los

enemigos, atentos siempre á los movimientos del Rey, le siguieron de cerca, y cuando le vieron llegado allí, creyeron que cayendo sobre Huesca con un golpe atrevido, introducirían infaliblemente la turbacion y el tumulto en el ejército, que lo harían prisionero y se apoderarían de don Carlos. Con este objeto á la una de la tarde se precipitaron sobre la ciudad, que creían poder tomar por sorpresa, porque suponían que todos los soldados se habrían retirado á sus alojamientos; pero por una feliz casualidad los cuatro batallones navarros bajo las órdenes de Sanz y la legion extranjera, habían permanecido en la plaza formando pabellones, por no haber podido hallar donde alojarse, y tan luego como notaron los primeros síntomas de ataque empuñaron las armas con precipitacion, contestaron á los que daban el asalto, y sostuvieron más de tres cuartos de hora la espantosa arremetida de aquellos furiosos, dando tiempo con su tenaz resistencia para que el ejército de don Carlos se ordenase y venciese á su vez á los enemigos á quienes puso pronto en derrota. Hizo en ellos grande carnicería: los dos

generales enemigos Iribaren y Diego fueron heridos, muriendo el primero en el campo de batalla, y el segundo al dia siguiente.

Despues de haber obtenido esta victoria, levantó el campo el ejército y se dirigió hácia Barbastro, donde ganó otra célebre batalla contra 22,000 infantes, 2,000 caballos y 18 cañones. El general Conrad que mandaba la legion extranjera, fué herido en este combate y murió al otro dia. Obtenido este nuevo triunfo, los bravos carlistas prosiguieron su marcha á Cataluña: pero la travesía fué cruel y desastrosa: á los ardientes calores de la estacion y del clima se añadieron los penosos sufrimientos de la fatiga y horrores del hambre. La desesperacion se hubiera apoderado de cualquier otro ejército que no hubiese sido el de don Carlos, pero los soldados que veían al mismo Rey participar de sus fatigas y padecimientos, se hubieran avergonzado de proferir alguna queja. En efecto, se vió á este buen Monarca en medio de la desolacion general animar por sí mismo á los soldados con sus palabras y su ejemplo: entre otras, una ocasion en que S. M. había caminado

todo el día sin tomar absolutamente nada, no quiso aceptar los manjares que se le ofrecían, hasta que el ejército hubiese recibido su ración bien escasa: entonces y cerca la noche el Rey se contentó como el último soldado con un poco de pan negro y algunos vasos de agua. Durante esta penosa travesía fué cuando los enemigos vinieron á presentar de nuevo el combate al ejército Real, agobiado por sufrimientos y privacionés de toda especie: libróse la batalla en las llanuras de Guisona: los carlistas á pesar de su extrema debilidad, pelearon como héroes, pero no pudieron obtener victoria á causa de la postracion de sus fuerzas y de lo mucho que duró el combate. Con todo, engañando la vigilancia y la esperanza de sus enemigos lograron pasar el Ebro el 29 de Junio y realzar su union con el ejército de Cabrera. Este general, auxiliado únicamente de un batallon y un escuadron navarro, había vencido al general Borso di Carminati que se hallaba apoderado del paso del Ebro, y esperó á pié firme la llegada del Rey de la otra parte del rio. Esta admirable victoria puso libre el paso, y don Cárlos pudo volver á

Cataluña sin otro obstáculo. Desde su llegada puso su conato en arreglar muchos negocios importantes concernientes á esta provincia, y su arreglo produjo resultados muy ventajosos.

El ejército Real que se creía con perfecta seguridad en Cataluña, sufrió por demasiada confianza un pequeño revés en Chiva, donde descansaba aguardando municiones: y el Rey para prevenir en adelante estos golpes de mano que en lo interior de la Península podían ser sumamente funestos á sus tropas, las hizo reconcentrarse en los alrededores de Cantavieja, para esperar que se hubiesen fabricado y recibido los cañones y las municiones.

La nueva del paso del Ebro por don Carlos y su ejército había inspirado tanto temor al gobierno de Madrid que se apresuró á enviar á Espartero con encargo de perseguir al Rey á todo trance: pero al mismo tiempo el general carlista Uranga nombrado general en jefe de las tropas de Navarra y de las Provincias Vascongadas, señaló su valor con victorias, tras las cuales mandó al interior otra nueva expedición á las órdenes de los gene-

rales Zaratiegui y Elio: pasó ésta el Ebro, encontróse con la division portuguesa, la despedazó, apoderóse de Segovia, atravesó toda la Castilla y sentó sus reales bajo los muros de Madrid. Espantado y atónito á la vez con tamaño arrojó, el gobierno intruso volvió á llamar bien pronto al general Espartero que se hallaba ya cerca de Cantavieja: y el Rey aprovechándose de esta feliz circunstancia descendió de las cumbres de Cantavieja, halló la division del general Buerensen Villar de los Navarros, atacó, la venció, la destrozó; siendo el fruto de esta victoria 3,000 prisioneros y una inmensa cantidad de municiones. Espartero, á la noticia de esta derrota partió de Madrid para ir al encuentro del Rey, que continuó su victoriosa marcha por el Aragon y Castilla, viniendo á acampar á cuatro leguas de Madrid despues de haberse reunido con Cabrera que mandaba entonces un cuerpo de 7,000 hombres. El ejército Real se hallaba acampado en Arganda: Espartero llegaba á marchas forzadas para proteger la capital. Don Carlos mientras llegaban los enemigos celebró un consejo de generales, y resolvió situarse cerca

de Madrid en un sitio muy ventajoso. Tan luego como las tropas hubieron ocupado sus posiciones, concedió el Rey algunos días de descanso para rehacerse de las fatigas de las anteriores jornadas y empleó el tiempo en organizar por sí mismo nuevos batallones con los voluntarios y desertores que llegaban de todas partes: y por este medio se aumentó el ejército considerablemente.

Cuando estuvo todo dispuesto para la grande empresa que había proyectado, don Carlos hizo un movimiento estratégico, con ánimos de situarse hácia la parte de Castilla la Vieja, donde sería apoyado por el ejército de Zaratiegui, que era asimismo mucho más numeroso que en un principio: pero el mismo día en que el ejército Real debía atravesar la ciudad de Alcalá, la encontró ocupada por Espartero, que á la cabeza de 28 batallones se apresuró á salir al encuentro del Rey y le impidió reunir sus fuerzas á las de Zaratiegui: aquí empiezan los triunfos de Espartero y los terribles reveses que sufrió el ejército Real. Frustrado el atrevido plan que había concebido S. M., fué preciso abandonar los alrededores de

Madrid, y esta funesta retirada fué como el preludio de todas las desgracias que iban á sobrevenir. El entusiasmo y el valor de la tropa decayeron: aumentáronse los recelos, despertáronse las sospechas y la desconfianza, estallaron los ódios recíprocos, y de esta especie de desorganizacion sacó el enemigo ventajas que nunca hubiera osado esperar.

La retirada continuó hasta Aranda del Duero, donde el ejército de Zaratiegui fué á juntarse con el Rey; pero era ya demasiado tarde: por otra Zaratiegui gustaba obrar por su cuenta y el brillante aspecto de su tropa hacía más vivo el contraste con la rota y decaida expedicion Real, el país además no bastaba para alimentar tan considerable número de hombres y el hambre unido á las fatigas de una marcha forzada y la actitud de Zaratiegui y sus soldados que ansiaban volver á su país, como si temieran se les pegase la miseria del cuerpo de ejército de don Carlos y sembraban el descontento, atribuyendo á los jefes el descalabro de la expedicion, desmoralizó el ejército el descontento y las desconfianzas se manifestaron

en alta voz y se abandonaron todos sin reserva á dichos injuriosos y manifestaciones de ódio y envidia: había llegado á tal punto la insubordinacion, que para evitar mayores males fué preciso decretar general retirada: porque las disensiones nacidas en las tropas las hacían incapaces de resistir al enemigo, y más aún de emprender cualquiera arremetida. Tal fué el deplorable resultado de esta brillante campaña tan heroicamente ejecutada: y sin embargo; ¿no estaban á favor de don Carlos todas las probabilidades de un buen éxito? ¿No se vió algunos dias antes á sus intrépidos defensores ir de conquista en conquista ante los ojos de un ejército mucho más fuerte y de la Milicia nacional de la España entera? Doscientos soldados habían bastado á apoderarse de la cindadela de Segovia, defendida por una guarnicion de 600 hombres y por respetable artillería: nada era capaz de detener á estos bravos sostenedores de la legitimidad: sólo la traicion infame y la division de sus jefes vino á paralizar el feliz éxito, á hacer inútiles sus esfuerzos y á abatir su valor.

* La vuelta de la expedición Real á las provincias vasco-navarras marca un período crítico en la historia de la gloriosa *guerra de los siete años* y no creeríamos cumplir nuestro cometido si no diésemos una ojeada retrospectiva á los hechos que la precedieron y pueden orientarnos en la comprensión de tan terrible descalabro, que fué el escollo en que vino á encallar la nave de la legitimidad y sin la valerosa protesta de Arciniega el prestigio moral de don Carlos V. Ni extrañe el lector tomemos de muy lejos el hilo de los hechos, pues para comprender el estado de la Córte y ejército de Carlos V es preciso hacerse cargo de los elementos dominantes en la política española desde que el liberalismo tomó de nuevo en 1820 posesión del Trono de España avasallando á Fernando VII; al fin la *guerra de los siete años* no es más que un episodio de esta larga lucha que, desde 1808, viene trabándose con heroica perseverancia por la España católica contra la Revolución.

* Los párrafos comprendidos entre asteriscos son adicionados.

Entronizado el sistema liberal, el pueblo español no tardó en levantarse contra tan impío y anti-nacional régimen, mas por desgracia á contar desde el Rey contaminado por el masonismo, las clases dominantes en el país estaban inficionadas, y las honradas masas, como se ha dicho en moderna y anti-cristiana frase, fueron las que dieron como en 1808 su principal contingente á la causa de la Religion y de la Monarquía; Isabel de Braganza, esposa de Fernando VII, pasaba por afecta á los liberales no menos que su confesor Fray Cirilo de Alameda, que tan poco envidiable recuerdo ha legado á la Historia. Así es que triunfante la Revolucion no tardó en surgir en su seno una corriente moderada que se infiltró en el campo realista pugnando por dividirlo y corromperle; á ello contribuía la soberbia de los poderosos y de los *sabios* que no se resignaban á confundirse entre las heróicas turbas que ricas en fe y lealtad morían á los gritos de ¡viva la Religion! ¡viva el Rey! Finalmente la monstruosa Monarquía francesa, repugnante ingerto de las lises de Borbon en la masónica acacia mediante la carta

de 1814, monarco-aristocrática con libertad de cultos, ejercía una influencia deletérea en la España realista.

Convenían los más en que el orden y la monarquía eran incompatibles con la Constitución de 1812, pero creían muchos ser error de detalle lo que era perversidad esencial del sistema, y por ello juzgaban aceptable una Constitución liberal calcada sobre la citada Carta francesa de 1814; formóse con esta bandera la dañina secta de los *anilleros*, subdivisión de la francmasonería, á cuyo frente se pusieron Toreno, Martínez de la Rosa, Moseoso de Altamira, Garelly y Calatrava que ocupaba alto grado en la secta masónica, el Conde de Montijo, gran Oriente de la masonería española y el Conde del Abisbal los cuales comunicaban con el campo realista por medio del Duque de Fernan Nuñez, el general Grimarest, don Víctor Damian Saez, dignidad eclesiástica que fué más tarde ministro de Fernando VII y el Padre Martínez de las Escuelas Pías; los primeros pugnaban por *moderar* la Revolución y estos comprometíanse á *moderar*

la Monarquía, á fin de acercarlas y efectuar su union; *moderando* todos el Catolicismo para suavizar las asperezas que las conciencias cristianas oponian á tan nefando enlace; programa sustancialmente idéntico al de los *anilleros* de nuestros días constituidos en pudorosa cofradía bajo el nombre de «Union católica.»

Mientras el pueblo español se levantaba en armas al grito de Inquisicion y Rey, mientras en la valerosa Cataluña constituíase la Regencia de Urgel con el más puro criterio, á pesar de algunas veleidades del Baron de Eroles, que con el señor Arzobispo de Tarragona y el Marqués de Mataflorida la constituían, bajo la presidencia de este último; habíase formado una agrupacion hábil en distraer fondos cuantiosos, conspirar contra la Regencia y no hacer nada, prometiendo mucho, en que figuraban los militares don Francisco Eguía, presidente de la Junta realista de Bayona, Grimarest, don Vicente de Quesada, el Conde de España y otros; y además Ugarte, don Cecilio Corpas, don Juan Bautista Erro, don José Urbistondo, don Pedro Gomez Labrador, don José

Morejon y Alvarez, de Toledo, habiéndose llegado al extremo de atentar don Pedro Podio, instigado por algunos de éstos, contra la existencia del Marqués de Mataflorida; el gobierno francés y en especial los ministros Villele y Corbier y Chateaubriand, los primeros por temor á la Inglaterra y de acuerdo con Wellington, protegían á los realistas liberales contra la Regencia de Urgel, mas ésta al fin, gracias al buen sentido del pueblo español y á la bizarría de los realistas catalanes, vió reconocida su autoridad, y entonces, para impulsar la reaccion y *moderarla* á la vez se acordó la intervencion francesa.

Vióse de nuevo restablecido Fernando VII en su trono, pero con él no se restablecieron las tradiciones de España por las que se batían los heroicos guerrilleros, la masonería continuó únicamente albergada en el Palacio Real, un despotismo ciego pretendió suplir los fueros de la justicia, y mientras se exigían ilusorias *purificaciones* continuaba extinguido el Santo Tribunal de la Inquisicion, y el sagrado derecho de castigar que á la Iglesia asiste, veíase coartado por una perse-

cucion rastrera contra las Juntas de Fe creadas por los Prelados en sustitucion del extinguido Tribunal. Al estallar en 1833 la guerra civil, la España católica abrazó la causa de Carlos V, pero con ella la abrazaron tambien ciertos realistas á quienes movia sólo el afan de defender los intereses creados á la sombra del antiguo régimen, el orgullo de clase ó el instinto de conservacion excitado por las tendencias revolucionarias del gobierno de Cristina, hasta si se quiere la adhesion ciega á la autoridad; todo, menos el espíritu de abnegacion y sacrificio por la gloria de Dios, por la Soberanía social de Cristo en España y por la Monarquía legítima, como paladin de esta representacion á la vez de las tradiciones y leyes del País; estos dos tan distintos elementos que podían á pesar de su heterogeneidad yuxtaponerse pero no asimilarse, constituyeron y aún constituían durante la pasada guerra el «partido carlista» y su aparente union le daba fuerza numérica al paso que su natural é indestructible disparidad haciale intrínsecamente débil; á los primeros llamábanles los liberales los *apostólicos*, hoy

íntegros; los segundos eran apellidados los realistas templados y se les dispensaban por los revolucionarios los epítetos de *ilustrados*, *tolerantes* y aún *liberales*; los realistas templados llamaban á los apostólicos *los brutos*, que siempre los *templados* se han distinguido por su cultura (1). Ni incurriremos en la puerilidad de sostener que todos los *apostólicos* fueron leales y los *realistas templados* traidores, lo cual fuera manifiesta calumnia; pero sí decimos que objetivamente sólo los primeros podían llamarse católico-monárquicos y personificar genuinamente la Contra-revolucion y por ellos les estaba y estará unida de un modo indisoluble la causa de la legitimidad; sostenían los primeros la Soberanía social de Jesucristo y como atributo esencial de la misma el deber en el Estado de poner su espada al servicio

(1) En prueba de ello ahí está el periódico *La Fe*, a quien debió condenar por injurioso la autoridad judicial; y hay aún pretendidos carlistas que lo leen *¡ah terquea cuaterquea beatill!* ¿Cuándo se acabará la raza de los tontos que siguen á los Marotos y Cabrerías hasta la víspera de la traición.

de la Iglesia para castigo de la herética pravedad, realizando así el derecho de castigar que á la primera asiste, lo cual efectuábase por medio del Santo Tribunal de la Inquisicion y en nuestros tiempos debe venir un gobierno católico á cumplirlo en la forma que la Iglesia en su alta prudencia tenga á bien prescribir; los otros por el contrario desconfiando de la Providencia tendían á allanar el camino á todos para que acudiesen á engrosar las filas del ejército monárquico, siquier para ello se debiese arrojar como inútil carga los derechos y prerogativas sociales de la Iglesia en la medida que les parecía lícito, dadas las circunstancias; de ahí la carencia del ódio al bando no liberal, necesario para suscitar y mantener viriles reacciones, la sensiblería masónica por el derramamiento de sangre culpable, el cansancio por la duracion de una guerra que se reducía á los estrechos límites de una cuestion dinástica, el tanteo de transacciones, los canjes otorgados con prodigalidad facilitando así al enemigo relaciones y connivencias, la seduccion de jefes liberales por demás cándida y contraproducente, la relaja-

cion de la Ordenanza harto dura para quienes se consideraba batíanse no en cumplimiento de un deber sagrado, sino por generoso impulso *voluntario* (1) y en consecuencia la inmoralidad y aún la crueldad, no al servicio de la justicia sino del instinto brutal de conservación ó de venganza, la extremada confianza después de la victoria y el desaliento en la adversidad; por fortuna aún entre los realistas más templados un resto de fe cristiana y de honor militar ponía un freno á las naturales consecuencias de sus vacilantes principios.

Como lazo de union entre tan diversos elementos el Rey imponíase por la majestad de su derecho y el prestigio de sus virtudes y su piedad profunda enfervorizaba á todos, mientras les daba altos ejemplos de sufrimiento y de valor prodigando su persona en los sitios de mayor peligro,

(1) En Cataluña sobre todo, la palabra *voluntario* se empleó en oposicion á soldado, para indicar la exencion de la disciplina militar; hasta algunos jefes reputábanse *voluntarios* y por lo tanto campeaban por sus respetos sin sujecion á los superiores, esterilizando con la falta de unidad de accion sus heroicos esfuerzos.

sujetándose á penosísimas marchas, durmiendo en campo raso como el último de sus soldados y sufriendo voluntariamente para alentar á las fatigadas tropas los rigores del hambre y la sed, en especial en la expedicion á Cataluña, donde, hallándose en Alós, no quiso comer el pan que le sirvieron, por consideracion á la escasez que experimentaban sus soldados, mandándolo distribuir entre los que estaban de guardia.

Sin ambicion alguna pero con clara conciencia de su mision, don Carlos mostró suma energia y perseverancia en la defensa de sus derechos, y en su mente y corazon iban siempre unidos la Fe católica y la afirmacion de su legitimidad; puntual en sus operaciones militares tenía tiempo para implorar el auxilio del Señor, y durante la larga lucha de los siete años sólo un dia dejó de oír la Santa Misa en su retirada á las Provincias despues de la expedicion Real, siendo uno de sus primeros actos poner el Ejército católico bajo el patrocinio de la Santísima Virgen de los Dolores, á la que proclamó Generalísima en 1.º de Agosto de 1835, confiando su bandera al bravo escuadron

de Lanceros de Navarra, el cual al parecer acuchillado en Huerta del Rey, supo salvarla como peregrino testimonio de su heroísmo. Dos defectos con todo pudieron señalársele y fuéronle funestos: la irresolución en el obrar fruto á veces de su delicada conciencia, como se vió en los días que precedieron á la muerte de Fernando VII, y su benignidad gracias á la cual Maroto y otros miserables pudieron salvar una vida que en justo castigo de su conducta militar debiera al primero habersele arrancado, en especial cuando abandonó villanamente las fuerzas de Cataluña que se le confiaron, en Octubre de 1836. Esta benignidad que le llevaba á juzgar harto benévola de los que le rodeaban y aún á dispensar las faltas de sus soldados á pesar de su recto y justiciero espíritu, fuéle funesta, cual lo han sido á su Augusto sucesor, las contemplaciones tenidas con Dorregaray, Saballs y otros. Inútil es que los viles escritores marotistas, Arizaga y Lassala citados como autoridades por Pirala, acusen al Rey de que todo lo esperaba del Cielo (1), teniendo en

(1) Esta insidiosa acusacion suele prodigarse por los

menos los esfuerzos de sus soldados y le califiquen de sanguinario (!!); el interés que Carlos V se tomaba por el ejército y la tolerancia excesiva á veces con que lo trataba, no menos que su humanidad con los contrarios, destruyen tales calumnias con el testimonio irrefutable de los hechos. Por su parte don Carlos V pudo experimentar cuán gratas eran á Dios sus oraciones, tanto durante la persecucion de Sanjuanena y Rodil en Portugal, como en la primera época de su campaña en las Provincias Vasco-Navarras, en Mendigorria y en

realistas *templados* y los aventureros, quienes la copian de los liberales que tienen empeño en ridiculizar la piedad cristiana en el soldado, como si el ideal del militar fuese el bruto carnicero, tanto por espíritu de secta, como porque comprenden ser la piedad cristiana el nervio de la causa carlista y la mejor guardia de la moralidad y disciplina de su ejército. En Cataluña, en la pasada guerra, mientras los liberales y sus cómplices ridiculizaban el rezo del Santo Rosario en las filas carlistas, logrando se perdiese tal costumbre, gracias en especial á los que se pasaban del campo contrario, las *piadosas* damas liberales asistentes á los Bufos y á las Conferencias de San Vicente de Paul ó á las Cuarenta Horas, desacreditaban á los carlistas en el concepto público acusándoles de impiedad por alguna blasfemia que á alguno de ellos hubiesen oido. Este doble juego de volterianismo y mogigatería hizo su efecto.

Orihuela del Tremedal. Por este último punto pasaba el Rey con el ejército expedicionario en su marcha á Madrid, cuando con algunos de sus generales y servidumbre separóse de las fuerzas para visitar á la Santísima Virgen, á la que hay erigida una ermita cerca de dicha poblacion; el enemigo se presenta á la vista con muy superiores fuerzas, como que eran las columnas unidas de Espartero, Oráa, Alaix, Nogueras y Borso que como contenidas por superior impulso acamparon frente al ejército Real sin atreverse á atacar; ni paró aquí la cosa, sino que llegada la noche púsose el Rey y su ejército en marcha con tan mala fortuna, por error de los guías, que se toparon con las avanzadas del campo enemigo, las cuales empero no se apercibieron de ello hasta que hubo pasado el grueso del ejército, bastando dos compañías de cazadores para contener el ataque del enemigo á la retaguardia y salvándose por tan impensados eventos, si no quiere llamárseles milagrosos, Cárlos V y sus leales fuerzas (1).

(1) Tomamos este episodio de un precioso manuscrito redactado por un fidelísimo coronel de la legitimidad que

Después de Dios reinaba en el corazón de Carlos V el amor á la Patria: por ella sufrió siete años de persecución y de lucha, por ella murió en el destierro; subordinando siempre sus intereses á los de la nación, empeñada la guerra civil negóse á reconocer la nacionalidad de Méjico, lo cual habríale valido cuantiosos recursos, y rechazó en 1838 la oferta que le hizo el gobierno de Holanda de entregar 24 millones de pesos fuertes á cambio de la autorización para conquistar en nombre del Rey las islas Filipinas y establecer allí una compañía colonial (holandesa); vencida la causa de don Carlos, España ha sido el juguete de Inglaterra con los progresistas, de Francia con los moderados y hoy el reyezuelo de Cerdeña convertido en dominador de Roma arranca á nuestros gobernantes vergonzosas palinodias.

¡Finis Hispaniae!

Durante la primera época de la guerra las penalidades y peligros aventaban á los tibios, el entusiasmo era vivo y el prestigio de Zumalacá-

figuró toda su vida en la servidumbre de la Real Familia hasta 1870; reciba el querido amigo y correligionario que nos lo mostró la expresión de nuestra más viva gratitud.

rregui imponíase á todos; en vano Pirala ha pretendido sin pruebas impugnar la lealtad del héroe; sean cuales fueren sus personales defectos que no han llegado á traslucirse en la Historia, lo cual abona su escasa gravedad, Zumalacárregui mostró la más viva adhesion, no sólo á su Rey, sino tambien á la Junta de Navarra, que inspirada en el más recto espíritu gobernaba en su nombre antes de que aquél entrase en España. Nada se innovó con la entrada de don Carlos V en Provincias, si bien la formacion de una Córte era muy á propósito para el fomento de la murmuracion y de la intriga.

En 19 de Abril de 1835 llegó al cuartel Real don Rafael Maroto con el Auditor Arizaga, de la Audiencia de Granada, obteniendo este último el cargo de Oidor general; Maroto pertenecía al número de aquellos oficiales á quienes se llamó *ayacuchos*, por haber formado parte del ejército español que en el Perú habíase dejado vencer ignominiosamente por el oro de la masonería americana en daño de la madre patria, provocando así la independendencia de las colonias



del Nuevo Mundo; estaban los más de tales militares inscritos en las lóginas y Maroto en especial hizo gala de ello, concluida la guerra civil, presentándose en 1840 á la reunion de carbonarios tenida en Madrid para preparar el alzamiento contra María Cristina y en favor de Espartero. Complicado en 1832 en una conspiracion realista encontró en las autoridades liberales sospechosa benevolencia, fuése á Portugal y entró como militar de salon en la Côte de don Carlos V, mientras el general don Vicente Gonzalez Moreno, que tambien había acudido al lado de su legítimo Rey, batíase al frente de los realistas españoles en defensa de don Miguel de Portugal contra los usurpadores don Pedro y su hija doña María de la Gloria; no era Maroto muy bien quisto de don Carlos y menos de doña María Francisca, desagradando al primero el lenguaje nada místico ni urbano del militar realista, Maroto empero, cual si secreta consigna le ligara á la Real Familia, mantúvose á su lado y aun le acompañó á Inglaterra cuando la traicion hubo hundido la causa de don Miguel y los egregios Principes debieron abandonar la

Península. Poco antes de este suceso Romagosa y el *ayacucho* Maroto propusieron á Carlos V se presentase al *ayacucho* Rodil, que con fuerzas españolas guardaba la frontera portuguesa para estar á la mira de los movimientos de don Carlos, prometíanse arrastrar al jefe liberal ó á parte de sus fuerzas, pero Rodil desoyó la voz de su *hermano*, el cual con este acto sólo consiguió comprometer la dignidad del Rey y su seguridad personal, pues aquel jefe viendo que parte de sus tropas vacilaban á presencia de su Soberano, dió orden de ataque y penetró la columna en Portugal escapando á duras penas de su persecucion Carlos V y sus mal aventurados consejeros. Tambien algun cortesano habíase propuesto conquistar al francmason don Pedro Sarsfield que pasaba por realista, y aún es fama que éste vaciló algunos dias, pero al fin como era *justo* optó por lo más seguro y continuó al servicio de Cristina; en caso de triunfar don Carlos quedábale el socorrido recurso de presentarse como adicto al Rey pero *mártir* de la fidelidad á su bandera (1).

(1) El juramento á la bandera es de tal fuerza que lle-

Algun tiempo despues de la salida de don Carlos V para España, marchó tambien de Inglaterra Maroto para agregarse al cuartel Real, junto con otros individuos de la servidumbre, habiéndose dado recíprocamente palabra de honor de no traer consigo documento alguno para escapar á las pesquisas de la policia francesa, pero; ¡cuál debió ser la sorpresa de los compañeros de Maroto, cuando registrados á su desembarco en Francia se halló atestado el equipaje de éste de títulos, diplomas y cuantos papeles eran convenientes para acreditar su grado en el ejército Real! De sus resultas fueron presos los expedicionarios, pero al poco tiempo debió hallar gracia Maroto y se le autorizó para marchar á Italia donde se dirigió, mientras sus compañeros continuaban presos hasta que logró uno de ellos volver á Inglaterra, á donde le llamó la sensible muerte de la Reina doña María Francisca.

ga á derogar los Mandamientos de la Ley de Dios y los derechos de la Iglesia. Tan estúpida idolatria es profesada hasta por militares que se creen católicos; no obstante son frecuentes los casos en que se juzgan dispensados cuando se trata de un partido triunfante.

Con la llegada de Maroto al cuartel Real recrudescieron las intrigas, y es lo curioso que el blanco predilecto de sus iras fuese el general Moreno tan odiado de los liberales, que le llamaban *el verdugo de Málaga* por haber fusilado en cumplimiento de su deber al revolucionario Torrijos y satélites que á mano armada invadieron el litoral de Andalucía en 1831; protegía á Maroto el conocido P. Cirilo de Alameda y Brea franciscano más adicto á la Córte que á la observancia de su Regla, públicamente reputado por liberal y al que más tarde se vió cambiar las amarguras de la emigracion por la mitra de Toledo en el reino de doña Isabel, á la que combatiera aunque no ciertamente con ensañamiento. Era el P. Cirilo consejero de don Carlos y por supuesto como *tolerante é ilustrado* no había podido resistir jamás las intransigencias y exclusivismos de los *apostólicos*.

Por esta época empezó á susurrarse cierto plan que como infalible panacea para engañar á los tontos y cohonestar las apostasias de los flacos se ha reproducido en distintas ocasiones; acordáron-

se en efecto de que doña Isabel era soltera (tenia á la sazón tres años de edad) y como si se tratase de una mezquina cuestión patrimonial, propusieron acabara en boda, como las comedias, la encarnizada lucha entre la Monarquía católica y el liberalismo; á este efecto se indicaba la abdicación de don Carlos V como necesaria y el enlace de su primogénito con la hija de doña María Cristina, por supuesto con Constitución. De promover tan pérfido proyecto encargóse con máscara de piedad el embajador inglés Lord Elliot, como ya hemos dicho, quien procuróse confidentes en el campo carlista y á ellos confió la venenosa semilla de la llamada fusión dinástica, que desde luego halló en don Rafael Maroto y sus adláteres terreno abonado; además los canges y la probabilidad de salvar el pellejo alentaron á multitud de cortesanos, de aventureros y de *ojalateros* á acudir al campo carlista, el cual en verdad creció como la espuma, con graves daños de las Provincias Vasco-Navarras que habían de sostener aquel numeroso enjambre de gentes, muchas de ellas inútiles y por ende dañosas á la causa; hizose el ejército carlista

plantel de oficiales que contaba á todo evento poder salvar sus grados, y la chusma liberal perdió el saludable terror que aquél la infundía á pesar de su relativa benignidad. El pase á las filas carlistas de jefes y soldados, que eran admitidos sin discernimiento maleaba el ejército realista y los jefes á quienes se reconocía igual ó superior graduacion á la que tenían en las tropas liberales, dejaban postergados en su carrera á los leales que habían consagrado su vida desde los primeros momentos de la lucha á la causa del Altar y del Trono, y les era muy difícil inspirar simpatía ni confianza á los soldados, que no se explicaban cómo sin noviciado alguno podía pasarse desde la desmoralizada y desmoralizadora hueste liberal á la estrecha órden, que tal debe ser, de la milicia cristiana. Estas causas de disolucion aún podían neutralizarse inculcando á los soldados con las prácticas religiosas sentimientos de abnegacion y de obediencia, pero los *templados*, grandes partidarios de los abusos que hemos enumerado, no querían espantar á los tibios con austeridades

piadosas, quejábanse de la influencia teocrática, ridiculizaban la fervorosa piedad del Monarca y aún insinuaban que el tiempo perdido en Misas comprometía el éxito de las operaciones militares, insidiosa falsedad que el exámen de los hechos destruye.

Vimos ya como frente á Bilbao y muerto Zumalacárregui el Rey tomó el mando del ejército designando á Moreno como jefe de Estado mayor, con preferencia al palaciego Maroto, á quien superaba en graduacion, y vimos tambien cómo los resentidos, Maroto y Eraso, destruian el plan de Moreno en Bilbao y en Mendigorria, á pesar de reconocer Pirala y otros autores que esta última batalla estaba acertadamente preparada por parte del general realista, quien preparó tambien la victoria de Arrigorriaga de que tanto se envaneció Maroto, nuevo ejecutor de las órdenes de Moreno. Este general, con todo, mostróse algo celoso de su preeminencia y no pudiendo fiar de muchos de los jefes, para hacerse suyo el ejército hizo promociones no siempre justificadas. Sucedióle en el mando á los tres meses de haberse presentado

en el cuartel Real, despues de haber luchado al frente de tropas liberales, el Conde de Casa-Eguía, habiendo sido destituido Maroto de la Comandancia de Vizcaya que desempeñaba, por sospechas de traicion, pero no habían trascurrido dos meses cuando Maroto quebrantando la órden que se le había dado abandonó su residencia de Tolosa presentándose al Rey, quien harto benévolo le despidió friamente sin imponerle castigo alguno. Al Conde de Casa-Eguía sucedió el general don Bruno Villareal, compañero de Zumalacárregui, eleccion acertada á no hallarse el bravo militar supeditado por un colega de la Guardia Real, el infame don Simon Latorre, vendido á las sectas secretas, al cual se debió el aplazamiento y consiguiente fracaso del asalto de Bilbao. Continuó Villareal dirigiendo el sitio, despues del frustrado asalto, pero nombrósele á Eguía para que le auxiliase con sus luces y entrando entre ambos peligrosa rivalidad esterilizaronse sus esfuerzos. Había Villareal confiado la defensa del puente de Luchana al experto oficial don Carlos Perez de las Vacas, quien hizo grandes trabajos de fortificacion, á Eguía le pa-

reció mejor confiar tan delicado punto á Novoa y separó á Perez; Novoa suspendió todo trabajo de fortificacion y portóse con marcada indolencia. En vano Elío escribió á Urbistondo, (uno de los traidores de Vergara) vigilase el puente de Luchana: ó no hizo nada Urbistondo ó Villareal no creyó deber escucharle, ello es que este último ante el temporal de lluvia y nieve que estalló en la segunda quincena de Diciembre de 1836 creyó que el enemigo no atacaría y mandó á las fuerzas sitiadoras se alojasen en los pueblos inmediatos, dejando sólo pequeños retenes en las posiciones de sitio para vigilancia de las mismas, y el puente de Luchana fué forzado por la marinería inglesa (1) y aún el fuerte de Banderas se entregó casi sin resistencia.

El tercer sitio de Bilbao acabó de quebrantar el prestigio de los generales de carta y compás, como les llamaban los *apostólicos*, que con mejor sentido que sus contrarios comprendían que aquella guerra más debía serlo de sorpresas y

(1) Espartero estaba en cama cuando le noticiaron la sorpresa de Luchana; así ganó el condado.

golpes de mano que de estudiadas estrategias y prolongadas operaciones, que daban por resultado cansar las fuerzas y matar la espontaneidad y arrojo de los guerrilleros y para las que por otra parte faltaba armamento é instruccion militar á las fuerzas; no de otra suerte luchó Zumalacárregui sin mengua de la subordinacion y de la disciplina de las tropas; los *sabios*, empero, contaban más con sus combinaciones y el número de las fuerzas que no en el auxilio de Dios y en la fe y arrojo de los leales defensores del Rey Católico, y muchos no parecen hallarse escarmentados, á pesar de que para confusion de los *prudentes* permitió el Señor que las dos más importantes plazas de guerra ocupadas por los carlistas en la lucha que historiamos y en la terminada en 1876, Morella y Seo de Urgel, fuesen tomadas por sorpresas llevadas á término por hombres decididos y por medios que hubieran considerado risibles los militares de escuela. Mas la soberbia profesional no permitía á estos dejarse postergar por un guerrillero de fortuna y además semejante lucha parecia harto azarosa y larga á la numerosa co-

horte de cortesanos que iban acudiendo á las Provincias, emigracion que la Revolucion fomentaba con satánico talento azuzando los partidos exaltados y cometiendo horrores como el asesinato de 120 presos carlistas en la Ciudadela de Barcelona y de otros muchos en las Atarazanas de la propia ciudad perpetrados en 5 de Enero de 1836 por instigacion del bandido Espoz y Mina, nombrado capitan general de Cataluña por la *Regenta* del Reino, y en 12 de Agosto del propio año, despues de repetidos motines y pronunciamientos, el sargento Garcia obligó en la Granja á doña Cristina á proclamar la Constitucion de 1812.

Contribuyó á aumentar la córte carlista la conducta del general Eguía, que, al revés de Moreno, apartaba al Rey de las operaciones militares, haciendo así más cómoda la vida de los palaciegos, lo que dió por resultado el que se fijará en Oñate la residencia habitual de Carlos V, convirtiendo esta medesta villa en foco de intrigas y cabildeos y asilo de parásitos y pretendientes, con gran disgusto de los esquilados pueblos, del Ejército y de los realistas leales que en alta voz

decían ser necesario «quitar bocas de Provincias» y extender la guerra á otras regiones. Para lo primero pugnaban los *apostólicos* por que se simplificase la organizacion burocrática que se había sobrecargado de ruedas, no siempre útiles, para dar cabida á tanta *capacidad* como acudía á los reducidos dominios de Cárlos V y la servidumbre Real que hubo de aumentarse con los Grandes, que aunque algo tarde, parecían haberse hecho cargo de sus deberes; en ella entraron además del marqués de Monasterio, carácter nobilísimo y leal (1), aunque entusiasta de Maroto cuya maldad no concebía, el ex-constitucional marqués de Villafranca, el conde de Orgaz, el conde de Cirat y otros; sólo el conde del Prado pasó al ejército y la formacion de batallones distinguidos no dió grandes resultados para aligerar el enjambre de cortesanos.

Otra de las necesidades sentida por cuantos lealmente estudiaban el curso de los sucesos, era

(1) Murió emigrado en París presa de mortal melancolía desde la infamia de Vergara, que le afectó hondamente.

la de extender á otras regiones de la Península la guerra, que tendía á concentrarse en la reducida comarca euskara, procurando aproximar á la capital del Reino el centro de operaciones; tal fué el plan de Zamalacárregui que, como hemos visto, quería apoderarse de Vitoria y romper la valla del Ebro invadiendo audazmente Castilla. Insistían los *apostólicos* en realizar este proyecto y sacar de Provincias aquellas numerosas tropas que esquilaban el país y desmoralizábanse por la prolongada actitud defensiva que se veían forzadas á guardar, daño gravísimo denunciado por Balmes y por otros graves autores que estudiaron aquella lucha (1); por el contrario á los palaciegos dolíales abandonar las relativas comodidades de Oñate, andando errantes y azorados por extrañas comarcas y los *templados* encontraban poco prudente y nada militar introducirse en el corazón del país sin haber asegurado antes la posesion de las Provincias, resistíanse en una palabra á quemar las naves, queriendo asegurar la re-

(1) Triste es decir que en idéntico error cayóse en 1872.

tirada. Del choque entre ambas tendencias surgió una solución media, que como acontece con frecuencia en tales casos, tenía los inconvenientes de las extremas que pretendía conciliar, pero que respondía á una urgente necesidad, tal fué la de enviar *expediciones*.

Prescindiendo de las expediciones enviadas á Cataluña, de que hablaremos, se logró que Eguía á su pesar y como por burla permitiese la expedición del Canónigo y brigadier don Vicente Batanero, que con 220 infantes y 50 caballos que espontáneamente se le ofrecieron, invadió Castilla la Nueva llegando á dos jornadas de Madrid donde se produjo una gran alarma, y derrotado en Trillo por fuerzas superiores regresó á Navarra con la mayor parte de su gente á los dos meses de su salida efectuada en 25 de Enero de 1836, mostrando la posibilidad de hacer algo de provecho operando en mayor escala. En 26 de Junio, mandando Villareal, salió de Amurrio al mando de don Miguel Gomez otra expedición de 2,700 infantes, 180 caballos y dos piezas de artillería, con orden de radicar la guerra en Asturias y

Galicia. Derrotó Gomez á Telló y Castañeda, entró en Oviedo y Santiago de Galicia, batió en todas partes á sus contrarios apoderándose de multitud de armamento, víveres y efectos que distribuyó entre los jefes que operaban en aquellos países, cuales aumentaron en número y fuerzas, y faltando Gomez á las órdenes recibidas extendió á Leon y Castilla sus correrías, entró en Leon, contuvo á Espartero en Tarna, retiróse á Cangas de Onís, penetró en Palencia y batió en Bujaraló á los batallones de la llamada Guardia Real y á los coraceros que formaban la columna Lopez, tomándoles la artillería y haciendo prisioneros entre ellos el propio Lopez, y burló la persecucion de Alaix, intentando reunirse con don Basilio Antonio García que había ya vuelto á las Provincias; en vista de esto pidió auxilio á Cabrera, acercándose á Cantavieja, con lo cual desorganizó las fuerzas carlistas del Maestrazgo, pues Cabrera le obedeció ganoso tambien de correr aventuras. Rechazados de Requena entraron en Albacete y dirigianse á Madrid cuando fueron sorprendidos y derrotados por Alaix en Villarrobledo; rehechos

los expedicionarios burlaron á Alaix y al Ministro de la Guerra Rodil, que habia tambien salido á perseguirles, y penetrando en Andalucía y descansando en Ubeda, Baeza y Andújar sorprendieron y entraron á Córdoba; abandonó Gomez á los numerosos carlistas cordobeses que se ofrecieron á resistir y escapó á Estremadura, entró en Almaden apoderándose de grandes riquezas y descansó en Cáceres que le abrió sus puertas, allí despidió bruscamente á Cabrera reteniendo sus fuerzas. Cabrera, solo, volvióse á Aragon sabiendo en el camino se habia perdido Cantavieja; algunas partidas de la Mancha se le unieron y con ellas entró en Tarancón alarmando á Madrid y regresó á su país con algunos dispersos, acuchilladas sus fuerzas por Iribarren en Rincon del Soto. En tanto volvía Gomez á Andalucía llegando hasta Gibraltar y derrotado en Majaceite y Alcaudete entró en Provincias por Orduña con un riquísimo convoy; así terminó esta empresa que hubiera sido gloriosa si la desobediencia de Gomez no la hubiese reducido á una estéril aunque heroica quijotada. La vuelta de Gomez, en Diciembre

de 1836, agravó la situación atrayendo á Navarra las fuerzas que le perseguían. Más modesta y fructuosa fué la expedición de don Basilio Antonio García que en 13 de Julio salió de Argoncillo con dos batallones y cien caballos, entró en Soria, arrolló una columna en Arauzo, puso en alarma á la Corte que estaba en San Ildefonso, batió á los cristinos en Maranchon, desarmó los milicianos de Borja, Tarazona, Agreda, y otros pueblos y volvió á Provincias con fuerzas duplicadas y gran cantidad de dinero, armas y efectos. No fué tan afortunada la expedición enviada á Astúrias en Octubre, fuerte de cuatro batallones á las órdenes de don Pablo Sanz, la cual pretendió por dos veces atacar á Oviedo siendo rechazada con pérdidas, y despues de insignificantes correrías por Astúrias y Galicia regresó á Navarra pretestando no poder sostenerse; en ella iba don Joaquín Elío, como jefe de Estado Mayor.

La mayor seguridad de que en los dominios carlistas se disfrutaba y la esperanza de triunfo á vista de la anarquía que iba devorando la España constitucional, habían decidido á mu-

chos que por tibieza ú otras causas hasta entonces se reservaran, y áun á algunos liberales, á hacer pública adhesion al Rey, corriendo á guarecerse los más al amparo de sus fuerzas y parte á alistarse en ellas; de sus resultados los *hombres de gobierno*, los *sensatos y templados* arrollaron á los *furibundos*, los *exaltados*, los *apostólicos*, y los que viéramos ha poco conspirar en 1822, contra la Monarquía tradicional y la Regencia de Urgell que la defendía, y perseguir á los realistas en 1827, fueron en 1836 altos empleados de la Côte de don Carlos V.

A fines de 1835 vino al cuartel Real el Infante don Sebastian, que creyó acertadamente deber retractar el juramento prestado en favor de doña Isabel, pero no así supo por desgracia desprenderse de ciertas preocupaciones liberales. No tardó asimismo en llegar un especulador llamado Merry y el corrompido cortesano de Fernando VII don Cecilio Corpas, quien quiso lucirse como diplomático reconciliando á Moreno y Maroto para derribar á Eguía y al nobilísimo Conde de Villemur, Ministro de la Guerra, y tras estas habilidades

emprendió la de seducir al jefe cristino Córdova á fin de que se pronunciase en favor de Carlos V, pero don Luis Fernandez de Córdova, bien que nunca fué modelo de consecuencia, aprovechó la ocasion para darse aires de leal y ordenancista poniendo en ridiculo al intrigante Corpas; en 14 de Marzo de 1836 se agregó á éste su compañero de conspiracion contra los realistas de 1822, don Juan Bautista Erro, que vino de Lóndres con gran fama de hacendista. Habíale ya precedido don José de Morejon y el mismo Calomarde, el servil adulator de Fernando, el liberal de 1820, el que Ministro más tarde en union con los masones Conde de Ofalia y Zea mostrábase tolerante con la masonería (1) mientras dejaba atrás al Conde de España en su sanguinaria persecucion contra los realistas catalanes de 1827, llegó á solicitar la honra de servir á don Carlos V. y lo que es más á hacer donativos en metálico para el sostenimiento de la causa. Los *templados* triunfaban en toda la línea y con ellos la corrupcion, la dilapidacion y la empleo-

(1) La Fuente, *Historia de las sociedades secretas en España*, Tomo 1.º, párrafo LVIII, pág. 351.

mania; formó Erro un Ministerio, un Consejo de Estado y una Junta Consultiva de guerra, y á este tenor aumentaron las plantillas de empleados, arrinconando como indigno del prestigio de la Monarquía el económico sistema de Zumalacárregui y Cruz Mayor, Ministro de Hacienda hasta el advenimiento de Erro. El lamentable fracaso del tercer sitio de Bilbao coronó dignamente la senda emprendida y Erro pródigo en promesas, pero no tanto en recursos reales y efectivos, cayó, mas por desgracia la venenosa semilla que sembrara en el campo carlista no se extirpó con él.

El Rey nombró acertadamente al señor Obispo de Leon, don Joaquin de Abarca, en reemplazo de Erro; en cuanto al ejército confióle al Infante don Sebastian, dándole por jefe de Estado Mayor al general Moreno y á don Joaquin Elio por secretario de campaña.

Desalentado el ejército y cansadas las Provincias, púsose en moda la diplomacia y con ella la idea de la *fusion dinástica* con una constitucion *monárquica y conservadora* estuvo en alza.

Por desgracia el Infante don Sebastian era el ménos indicado en tales trances para el mando del ejército, él no podía olvidar sus relaciones con doña Cristina, á cuya hija jurara por Reina, y su espíritu *tolerante* inclinábale á las soluciones medias, sin ver que son ellas el pudoroso velo con que se encubren las apostasias cuando se trata de extremos tan inconciliables como Catolicismo y Liberalismo. Cristina, que á raíz de los sucesos de la Granja temía por su Corona y la de su hija, entró con maquiavélica prudencia en un doble juego: por una parte afiliaba sus agentes en las mismas filas carlistas y por otra enviaba al cuartel Real al diplomático napolitano Marqués de Lagrua, llamado entre los carlistas el señor Amora, para que con su autorizacion negociara la susodicha idea de casar á doña Isabel con don Carlos, Príncipe de Asturias, idea que logró patrocinarse la Corte de Nápoles, poco experta siempre en conocer las intrigas revolucionarias y asesorada además por el ex-liberal Alvarez Toledo, representante de don Carlos. Cristina ganaba por la fusion en un caso, por la division

y la traicion en otro, pues tales cabildeos y conferencias por fuerza habían de sembrar desconfianzas y recelos, así como facilitar inteligencias entre los *templados* de uno y otro bando.

Notable militar mostróse don Sebastian destruyendo el plan combinado de Sarsfield, Espartero y Ewans que partiendo de Pamplona, Bilbao y San Sebastian contaban cercar y destruir el ejército carlista ocupando previamente la frontera; contúvose á Espartero, derrotóse á Ewans en Oriamendi (15 de Marzo de 1837) causándoles dos mil bajas y apoderándose de cañones y pertrechos y fracasó la empresa liberal; mas fuese negligencia ó que se quisiera suspender la lucha para ultimar las flamantes combinaciones diplomáticas de que hemos dado cuenta, ello es que pasó el mes de Abril sin operaciones de importancia, hasta 17 de Mayo, en que salió la expedición Real, no sin que se abandonasen al enemigo las plazas de Irun, Fuenterrabia y Hernani, cuyos defensores debieron ceder al número y empuje del ejército cristino.

No había aún salido de Navarra la expedición y ya el Ministro de Cristina, Pita Pizarro, recibía del oficial *carlista* García Orejon el plan detallado de aquélla; bien es verdad que no parecía necesario guardar sigilo, pues no faltaba en el mismo campo *carlista* quien sostuviese que la expedición era valor entendido con Cristina, cansada de ser Reina revolucionaria; así es que siguió al ejército y embarazóle no poco una numerosa impedimenta de cortesanos que iban a Madrid como quien va á una romería: tal fe ciega inspiraba á los *templados* el diplomático napolitano Marqués de Lagrua. Apenas salieron de Navarra hubo, por intriga de Corpas, una escision entre Moreno y don Joaquin Elió, que dió por resultado que éste se volviera á las Provincias separándosele de su cargo de Secretario del Infante don Sebastian; la enemiga contra Moreno fué uno de los escollos en que tropezó la expedición. Sin que fuese obstáculo la devota celebracion del Mes de María, que el Rey practicó en las poblaciones del tránsito mientras hubo posibilidad, la expedición llegó con celeridad á Huesca,

donde entró el 24 de Mayo habiéndose entregado las guarniciones de Caceda y Sangüesa. Derrotado Iribarren en Huesca empeñábase Moreno en perseguir las fuerzas liberales cayendo sobre Almodévar, dirigiéndose hácia el Ebro para unirse con el ejército del Bajo Aragon. Semejante cambio de plan, como inesperado, debía desconcertar al gobierno cristino pero los *ilustrados* opinaron de distinto modo y se decidió continuar la marcha por el Alto Aragon hácia Cataluña, por un país árido y apartándose del objetivo, que era la invasion de Castilla; García Orejon debió felicitarse al ver salvado el plan primitivo. Moreno sacrificó su amor propio y comprendiendo todo lo desatinado del acuerdo, conformóse en seguir al Rey por la via dolorosa que le trazaban sus generales.

Derrotado de nuevo el enemigo en Barbastro donde al lado del general Moreno distinguióse el jefe catalan, don José Borges, que se había unido á la expedicion, Moreno insistió en correrse al Bajo Aragon para reunirse con Cabrera, desestimóse su dictámen y el general dispuso entonces

el paso del Cinca, mas no se quiso atender á sus órdenes y el cuarto batallon de Castilla fué acometido por los liberales, respondiendo á la oferta de cuartel: «primero ahogarnos» frase más culta y no menos sublime que la de Cambronne en Waterlloo; sólo sesenta y siete héroes sobrevivieron á tan ruda sorpresa y á la vista del grueso del ejército que desembarcado ya en la orilla opuesta no podía socorrerles. Con tales auspicios dirigióse la expedicion Real á Tragó de Noguera, primer pueblo de Cataluña que puede gloriarse de haber albergado á Cárlos V, al sucesor de san Fernando y de Felipe II. Grandes fueron los sufrimientos del ejército al transitar por aquella árida comarca, falta de víveres y aún de agua y sin pan los más de los dias; la insubordinacion invadió sus filas alentada por el mal ejemplo de los generales y entre ellos Villareal, Latorre y el mismo don Sebastian; llegados en tal estado á las cercanías de Guisona arrostran el ataque del enemigo en Grá, contra las órdenes de Moreno que procuraba eludir todo encuentro, estimulados empero por el oficial de ingenieros Gordillo pro-

cedente de las filas liberales, y el Ejército Real fué dispersado por la indisciplina de los jefes; entonces se distinguió por su bravura y serenidad don José Borges, que en la retirada tuvo en respeto al enemigo. Continuó la expedición su avance á los pocos días, y el paso del Ebro, efectuado gracias al socorro que diera Moreno á Cabrera contra la columna de Borso di Carminati, pareció presagiar mejores tiempos. El quebranto de Chiva fué reparado con creces en Villar de los Navarros y don Carlos entró en Arganda en 12 de Setiembre; no faltaban empero dilaciones y desavenencias, entrando Cabrera con su carácter dominador y exclusivista en la conjura contra Moreno, lo cual llevóle á separarse de la expedición, uniéndose á ella otra vez en Castilla la Nueva, bien que yendo siempre con don Sebastian, con el que congeniaba al parecer admirablemente.

Durante esta época ocurrió en el campo liberal un suceso que cambió por completo la faz de la política, tal fué el pronunciamiento de Pozuelo de Aravaca de 17 de Agosto de 1837 contra el

Ministerio exaltado de Calatrava: el Trono de Cristina que conmoviera la brusca mano del sargento García recobró su asiento y no fué ya necesaria la peligrosa alianza con don Carlos para contener la Revolucion, el *bú* carlista había hecho su efecto entre los liberales, gracias á la *candidex* de los *realistas templados*; el *do ut des*, lema de ciertos rebeldes de nuestros dias (1), no era ya útil á Cristina, que pudo oponerle el *beati qui possident*. Esto explica en parte la expectativa de don Carlos frente á Madrid; así como la falta de cumplimiento de las órdenes recibidas por Zaratiegui para que se uniese á la expedicion Real, á cuyo fin había dispuesto Moreno se situara ésta hacia la parte de Castilla la Vieja, nos da la clave de la retirada de Arganda y de los movimientos de Mondejar y Alcalá de Henares; y tan vendida iba la expedicion, que la actitud de Espartero en Alcalá mediante la que desbarató el plan de Moreno, debióse á confianzas del campo carlista transmitidas á aquél por

(1) Su órgano en la prensa es el periódico *La Fe*.

dos desertores. Zaratiegui, Elío y Goiri, despues de recoger fáciles laureles, gracias á la atencion en que tenían á las tropas liberales el bravo general Uranga en Provincias y la expedicion Real, se unieron á ésta para desmoralizarla, jactándose de sus triunfos y acriminando á Moreno, hasta que junto con el Infante don Sebastian se separaron de las fuerzas de don Carlos internándose en las Provincias. Tras este desmembramiento don Carlos y sus leales debieron pensar en salvarse, frustrada ya la expedicion, y por las ásperas sierras de Castilla la Vieja, orientados por don Jerónimo Merino, cura de Villoviado y el canónigo Batanero, gracias á su valor y pericia y á los de Moreno, Balmaseda y Sopelana, logró el Rey verse de nuevo en territorio euskaro, pudiendo exclamar en Arciniega: «todo se ha perdido, menos el honor.»

En efecto; no parece que el objeto de la expedicion se hubiese logrado vendiendo á don Carlos para que perdiese frente á Madrid su Corona y su Ejército; era preciso además que fuesen hollados la conciencia y el honor del Rey: tal apareció ser el secreto plan de algunos fautores de aquélla.

Cárlas V en su dignidad de Monarca había rehusado siempre admitir las proposiciones de Cristina, reservándose resolver acerca de ellas en su Palacio Real de Madrid: era el lenguaje que convenía á un Príncipe que tenía conciencia de su derecho. Mas, llegado el Rey á las inmediaciones de la Capital de España, apostados Cabrera y don Sebastian en Vallecas, divulgóse con asombro de los fieles legitimistas una proclama de la Junta carlista de Madrid en la que se noticiaba la próxima entrada en la Córte del general Cabrera y se le atribuía el siguiente plan: «Todo está definitivamente arreglado por la mediacion de las potencias del Norte: *el Príncipe de Astúrias empuñará el cetro español que su augusto padre le cede, conservando el gobierno de la monarquía; la hija de Fernando VII será su esposa.. Los tiempos de la Inquisicion y del despotismo pasaron ya, y no han peleado por entronizar al uno ni lo otro los invictos Navarros y Vascongados, ni los heróicos Aragoneses y Catalanes. No, unos y otros combaten por las leyes, por la justicia, por su felicidad:*

*»una inmensa mayoría del partido cristino
»pelea por la misma causa; discordábamos
»en los medios, pero ya nos entendemos.»*

De esta suerte rebajábase á Carlos V al nivel de un mezquino pretendiente, pronto á vender por una Corona la fé de sus súbditos, que la Inquisición defendiera y la memoria de sus Antepasados, á quienes se calificaba de déspotas; así se insultaba á los fieles soldados de la Religión y la Monarquía equiparándolos á los séides de Cristina y presentando como idénticas la bandera de *Dios, Patria y Rey* y el inmundo harapo teñido en la sangre de los religiosos asesinados por la Revolución; de esta suerte pretendíase presentar como simple discrepancia en los medios lo que era y es cuestión radical de opuestos principios, y como sanginario holocausto á las ambiciones de don Carlos y de Cristina, lo que era cruento pero heroico sacrificio en aras de la Soberanía de Cristo y de las tradiciones y grandezas de la Patria. No así debieron comprenderlo Cabrera y don Sebastian, y su silencio forma una de las más negras páginas de su historia. Don Carlos, empero, con

noble altivez española protestó, sin mencionarlas, contra las indignas sugerencias de la Junta de Madrid, el leon herido tuvo fuerza en sus garras para rasgar el padron de ignominia que clavarán sus insidiosos enemigos, y la proclama de Arciniega de 29 de Octubre de 1837, mostró en don Carlos alientos de Rey: «Vencida y humillada la Revolución, decía en ella á su leal Ejército, y próxima á sucumbir á vuestro esfuerzo sobrehumano, ha puesto su última esperanza en armas dignas de su perfidia para prolongar algunos días más su funesta existencia; por fortuna están descubiertas sus tramas y sabré frustrarlas.» La destitucion de don Sebastian y del mismo Moreno, que no siempre supo dominar el despecho y encono contra sus rivales, el destierro de Villareal y Simon La Torre y la prision de Zaratigui, Elío, don Fernando Cabañas y el conde de Casa Eguía y otros, mostraron no ser vanos los propósitos del Príncipe. Por desgracia creyó don Carlos haber satisfecho ya la pública vindicta, y abriendo su noble corazon á la misericordia, si bien autorizó la formacion de procesos, éstos hi-



ciéronse eternos, sirviendo sólo para soliviantar las pasiones de amigos y adversarios de los jefes sumariados; la lenidad de don Carlos en Arciniega dió por fruto las insurrecciones de Estella contra los consejeros del Rey y por sangriento epílogo los asesinatos de los leales Guergué, Sanz, García y compañeros, ejecutados por Maroto. Un Monarca no puede olvidar nunca que si es divino atributo la clemencia ésto también y preeminente la justicia.

Mientras la expedición Real trabajada por la disparidad de criterios y de ambiciones que hemos descrito, ponía á punto de completa ruina la causa católica española, los bravos jefes carlistas que quedaron en las Provincias vasco-navarras á las órdenes del general don José de Uranga, auxiliado por Guergué, García, Andechaga y otros recobraban con su heroísmo buena parte del terreno que los *notables* habían dejado perder con sus vacilaciones y rencillas; no había allí *templados* que tantearan fusiones dinásticas ni transacciones híbridas, allí se pensaba sólo en batirse por Dios y el Rey. Inauguróse Uranga

tomando á Lerin, luchó con Espartero y salido ya éste en persecucion de los expedicionarios, atacó Uranga á Peñacerrada, distraiendo así la atencion de las fuerzas liberales y logrando su objeto, que era facilitar la salida de la expedicion Zaratiegui que atravesó el Ebro en 21 de Julio; á poco le siguió la de Goiri que se unió con aquella, compuestas ambas en junto de ocho batallones y tres escuadrones de caballería. Así desmembradas las fuerzas de Provincias no por ello flaquearon las operaciones. Rindióse Peñacerrada en un nuevo ataque que sufrió á últimos de Agosto; reconquistó Uranga y artilló las líneas de Hernani y Andoain, abandonadas por don Sebastian, derrotando á don Leopoldo O' Donnell; desarmó á los liberales de los valles de Aezcoa, Salazar y Roncal, se apoderó del fuerte de Peralta derrotando la columna que había acudido á su socorro en 30 de Setiembre; sitió, aunque sin éxito, á Lodosa, batiendo á Ulibarri y Zurbano en 4 de Octubre; en 19 tomó el fuerte del Perdon cerca de Pamplona y en 26 el de la Borda de Iñigo, lo que extendió la dominacion carlista por las montañas

del Alto Aragon, reconquistando la línea de Zubiri; por su parte Andechaga operaba en las Encartaciones avanzando hasta las cercanías de Santander, y otras fuerzas bloqueaban á Bilbao y batíanse casi diariamente con la guarnicion; sólo el fuerte de Peralta pudieron recobrar los liberales en 15 Octubre.

En medio de tan viva lucha no menciona la historia excesos sangrientos por parte de los carlistas á pesar de haber los liberales disparado sobre la guarnicion capitulada en Peralta. La campaña de estos heróicos jefes es uno de los más brillantes cuadros de la epopeya de Cárlos V. Él es la vindicacion más elocuente del calumniado tradicionalismo español, de ese *bando apostólico*, como le llamaban los liberales, de los *brutos*, como decían con atildada frase los *carlistas* moderados ó templados. Vióse todo lo desatinado que era sostener en las Provincias un ejército numeroso, inactivo en buena parte por lo reducido del campo de operaciones, vióse de qué suerte la fe y el entusiasmo suplían con gran ventaja las artificiosas combinaciones de la estrategia, y las negociaciones tortuosas de la diplomacia.

Tras el manifiesto de Arciniega quedó interinamente encargado del Ministerio de la guerra, Arias Teijeiro, lo cual dió pretexto á los discolos para quejarse de que un togado dirigiese el referido ramo para el que parecia más propio un militar; volvió Uranga al lado del Rey y se encargó del mando del ejército don Juan Antonio de Guergué (en Octubre de 1837).

Dificilísimo ha sido siempre en Cataluña organizar un cuerpo de ejército; aqui ha habido una triste tendencia á ser *soldats del seu sou* (1) y cada caudillo vagaba á sus anchas con escasa subordinacion; de los jefes de importancia que iniciaron la guerra sólo á unos pocos les vemos eclipsarse ante la militar disciplina como el leal don Jerónimo Galceran, que la inició en 1833.

Dependió esto del carácter eminentemente popular del alzamiento á causa de la dificultad de que pudiese el Rey desde Portugal atender á tan lejana comarca, además la desgraciada campaña de 1827 había ahondado las divisiones

(1) Soldados por su cuenta.

entre los realistas minando el prestigio del Clero y sembrando desconfianzas y recelos, ya desde un principio aparecieron en la Real Junta gubernativa del Principado de Cataluña, erigida en 1.º de Junio de 1834 las dos tendencias: la fracción *universitaria* (1) y la nobiliaria ó de los títulos; aunque una y otra fracción respondían en buena parte á mezquinas cuestiones personales y rivalidades, propendia la primera á representar y defender los elementos en mala hora vencidos en 1827, al paso que la nobiliaria tenía más afinidad con los realistas moderados ó templados.

De estos últimos partió la desdichada idea de llamar al Conde de España á quien hemos visto intrigando contra la realista Regencia de Urgel en 1822 y persiguiendo á los realistas catalanes en 1827. En vano se intentó operar la organización de las, por otra parte, heroicas fuerzas catalanas, enviando cuerpos expedicionarios que fuesen el núcleo á que se agregasen las distintas parti-

(1) Llamábase así por figurar en ella varios profesores de la Universidad de Cervera.

das para constituir el cuerpo de ejército del Principado; mandadas tales expediciones por jefes extraños al país, compuestas de voluntarios asimismo forasteros, con escasos fondos y poco conocedores de la topografía y costumbres del Principado, empezaban por luchar contra sus propios soldados que echaban á menos sus hogares, á cuya vista estaban habituados á combatir, y con la escasez de recursos que les obligaba á esquilmar el país y concluían por verse contrariados por el desconocimiento de éste, por el recelo de los naturales y por la envidia y rivalidades entre los jefes catalanes. A ser posible organizar en el Norte á los comienzos de la guerra uno ó más batallones catalanes agregando al cuartel Real alguno de los jefes de mayor graduacion, para enviarlos una vez adiestrados á hacerse cargo de las fuerzas del Principado, hubiéranse salvado en buena parte los mentados inconvenientes, partiendo siempre de la base de una enérgica y severa disciplina; todo ello respetando la existencia de algunos grupos de tropas irregulares que tantas ventajas ofrecen en guerras como la que

nos ocupa, y en un país tan á propósito para la lucha de guerrillas. Armonizar la subordinacion del soldado respetando su espontaneidad, es en nuestro pobre concepto el problema que debe resolverse; si la segunda proporciona inopinadas adquisiciones y triunfos en casos en que se hubiera estrellado la militar pericia, semejantes ventajas se esterilizan y aún se hacen dañosas sin la subordinacion y disciplina. Honra señalada es que sean voluntarios los defensores del Altar y del Trono, pero este título les constituye en más estrecha obligacion; que si el soldado forzoso cumple con atenerse á la obediencia, al que por su voluntad acepta tan sagrado compromiso, gran responsabilidad le cabe ante Dios y los hombres si no sobrepuja en celo y abnegacion, al forzado instrumento de una causa que acaso le es odiosa. Injusto fuera, con todo, acriminar severamente á los voluntarios catalanes, pues hacían olvidar sus defectos batiéndose uno y otro dia y uno y otro año sin paga, sin vestidos, sin armas y aún sin racion muchas veces, soportando los rigores del hambre y de la miseria, sin que flaqueasen su valor y su lealtad.

Envióse la primera expedición á Cataluña en 8 de Agosto de 1835 al mando de Guergué, fuerte de 2,500 infantes y 100 caballos; á su entrada en Cataluña alzáronse por don Carlos V tres mil voluntarios realistas al mando de don Jacinto de Orten, pero trabajada por la impaciencia é insubordinación de los navarros que echaban á menos su tierra se malogró, forzando á Guergué á regresar á Provincias á los tres meses escasos de su salida. Guergué al despedirse de las fuerzas catalanas confió su mando á don José Juan de Torres, encontrándose así el ejército catalán con dos jefes, pues también tenía tal nombramiento don Ignacio Brujó, en vista de lo que don Benito Tristany optó por no obedecer á nadie, lo que dió por resultado la pérdida del fuerte de Nuestra Señora del Hort, en Enero de 1836, que no bastó á compensar la derrota de los liberales en Mas de la Coma, por la división de Lérida al mando de Torres y la toma de Berga y Prats de Llusanés, donde empero no pudieron sostenerse. Fracasada por abandono de su jefe la expedición Maroto, quedó al frente del ejército don Blas María Royo

que lo organizó en cuatro divisiones, las que operaban por su cuenta salvo en casos especiales en que las reunía como jefe superior para llevar á cabo alguna empresa de importancia, organizacion que fué muy bien recibida. Reinaba empero en el ejército suma escasez, llegándose al extremo de que la brigada de don Juan Castell tuviese que retirarse en cierta ocasion batiéndose á pedradas por falta de municiones; en tan critica coyuntura llegó á Cataluña la expedicion Real para acabar de consumir los escasos recursos con que se contaba. Al entrar la expedicion Real los carlistas al mando de don Benito Tristany habianse apoderado por sorpresa de Solsona, que el baron de Meer, al que un libelista de nuestros dias ha querido crear reputacion de héroe, debió abandonar despues de haber visto derrotado y muerto el jefe Niubó que á sus órdenes se dirigia á socorrer á dicha poblacion (2 de Junio de 1837).

Nombrado don Antonio Urbistondo jefe del ejército Real de Cataluña, por destitucion de Rojo, ocurrió la entrada en Berga de don

Juan Castell (12 de Julio) la toma de Gironella y la de Prats de Llusanés, que tambien debió abandonar el baron de Meer, el cual llegó á Ripoll en ocasion en que esta plaza había tambien capitulado (28 de Julio); por desgracia Urbistondo quiso lucirse en batalla campal y la derrota de los carlistas en Capsacosta consoló algo al baron de sus repetidos fracasos; la soberbia de Urbistondo no pudo habituarse á la idea de que hubiese podido equivocarse en sus planes estratégicos y entregóse ciegamente á persecuciones y dicterios contra los jefes catalanes, haciéndose odioso á todos, y puesto en grave disidencia con la Junta del Principado, despues de haber comprometido las tropas carlistas en una desdichadísima campaña en el campo de Tarragona y haber desbaratado su organizacion militar, á pesar de lo cual, ocuparon las fuerzas reales á Piera y batieron á las órdenes del Ros de Eroles al coronel Vidart en Rialp, abandonó Urbistondo el mando á principios de 1838.

Si en algun caso pudo perdonarse á los consejeros de don Carlos haber postergado á un aven-

turero jefes dignos que habían hecho notorios sacrificios por su causa, fué en el Bajo Aragon, en cuya comarca don Ramon Cabrera por su actividad y génio militar pudo realmente parecer un hombre providencial; no era empero católico práctico, si bien el ódio á los asesinos de su madre hizo en él veces de lealtad y de entusiasmo, aunque eclipsó en parte sus cualidades, su carácter díscolo y soberbio. Cabrera se impuso á los demás jefes de Aragon y Valencia en 11 de Noviembre de 1835 y organizó un ejército que dominaba desde el Ebro hasta Murcia, teniendo á Cantavieja convertida en plaza fuerte por base de operaciones. Derrotados los liberales en Torrecilla á principios de 1836, entróse en Mayo en Liria y en Rubielos; sorprendióse á Caspe, derrotando Quilez á don Francisco Valdés en Bañon; rindiéronse á las tropas realistas los fuertes de Alcalá de Chisver y Torreblanca y Quilez recorrió el reino de Valencia entrando en San Felipe de Játiva y Almansa. Perdida Cantavieja durante la expedicion de Gomez y Cabrera, terminó el año 1836 y en 17 Febrero del siguiente la colum-

na liberal de Crehuet fué vencida en Siete Aguas, y mientras Forcadell entraba en Orihuela y pasaba victorioso por Elche y Villena, el ejército liberal sufría una espantosa derrota en Plá del Pou cerca de Valencia. Entregado el mando de las fuerzas cristinas al sanguinario don Marcelino Oráa (a) Lobo blanco (1), le obsequiaban los realistas recobrando á Cantavieja y tomando el fuerte de San Mateo á últimos de Abril y el de Torrevelilla en Octubre, al regreso de la expedición Real y sin que amedrentase á los carlistas la barbárie del liberal caudillo que asesinaba heridos y prisioneros, y áun gentes pacíficas de sentimientos realistas, y rechazaba los canges propuestos por Cabrera, tomó este á Benicarló y el bravo catalán, Pedro Alió, se apoderaba por sorpresa de Morella en 25 Enero 1838 *.

Tales eran estos heroicos hombres á quienes se ha calumniado, presentándolos al universo como bárbaros incapaces de subordinación, que desco-

(1) Así llamaban al rebelde caudillo los soldados de Cabrera.

nocian á menudo la voz de sus jefes; como ávidos de sangre, y derramándose cual torrente devastador por las campiñas para cubrirlas de luto y desolacion. No hay duda que asolaron á la sazón la España hordas de bandoleros; pero estas cuadrillas destructoras salían á menudo de los ejércitos liberales, que faltos de todo y en especial de abnegacion y moralidad, carecian á un tiempo de pan y vestidos y exasperados mataban ó abandonaban á sus jefes y se retiraban á las montañas, de donde bajaban en seguida para destruir las poblaciones. Citaremos un solo ejemplo inserto en el *Moniteur* de 2 de Setiembre de 1837.

«El furor del partido revolucionario desconoce
»ya limites y parece desarrollarse segun un plan
»trazado desde larga fecha: es evidente que todos
»los asesinos que deshonran al ejército español,
»llevan la mira de aterrar á los pueblos y abun-
»yentar para las próximas elecciones la parte
»sana de sus moradores. Es muy de notar en
»estas insurrecciones militares que se suceden en
»España de dos meses á esta parte, un conjunto
»propio únicamente de un sistema de desorgani-

»zacion ideado por los clubs revolucionarios, á
»los gritos de FALTA DE SUELDO, MUERAN LOS
»TRAIDORES, es constantemente que se cometen
»los más infames asesinatos por los desgraciados
»instrumentos de secretas instigaciones.»

»Con este carácter, á principios del mes finido
»han estallado sublevaciones en Hernani, Bilbao,
»Castro Urdiales y otros muchos puntos de Espa-
»ña; con el mismo se ha verificado en Miranda
»de Ebro, el 15 de este mes, el asesinato del
»general Ceballos Escalera, dos dias despues,
»escenas de horror semejantes ocurrieron en
»Vitoria: el gobernador iba á refugiarse en casa
»de Martin Zurbano, iniciado en el complot,
»cuando fué asesinado al igual que su jefe de
»estado mayor, un miembro de la diputacion pro-
»vincial, el redactor del *Boletin* de Álava, y
»otras personas hasta el número de trece. En se-
»guida de esta insurreccion, en la cual represen-
»taron el principal papel dos compañías de Al-
»mansa, los sublevados, dueños de la ciudad,
»han convocado una junta que ha nombrado go-
»bernador de Vitoria á un llamado Echaluze.»

«A más de este terrible acontecimiento, que se
»anunciaba ya algunos días, tenemos que parti-
»cipar á nuestros lectores un hecho análogo que
»tuvo lugar el último sábado en Pamplona, cuyo
»relato nos ha enviado un testigo ocular:

«Pamplona 26 de Agosto (á las 5 tarde).—Esta
»mañana entre nueve y diez los batallones de
»tiradores de Isabel II, primero y segundo, y un
»escuadron componiendo la fuerza de unos siete
»ú ochocientos hombres, han salido de sus acan-
»tonamientos de Zizur mayor y de Zizur menor,
»á las órdenes del coronel don Leon Iriarte; y
»presentándose en el mayor orden á las puertas
»de Pamplona, han forzado y hecho prisionera la
»guardia, y se han establecido militarmente en
»lo interior de la poblacion despues de haberse
»posesionado de todos los puestos. Las autorida-
»des se han reunido al momento en las Casas
»Consistoriales y han mandado llamar al coronel
»Iriarte, á los oficiales superiores de tiradores,
»y á los jefes de los cuerpos que componen la
»guarnicion, para pedirles explicaciones sobre lo
»que acababa de ocurrir. El coronel Iriarte y los

»jefes de tiradores han contestado que no eran
»responsables en ninguna manera de lo aconte-
»cido. Esta mañana, dijeron, al tomar las armas
»los sargentos, nos han indicado lo mismo que á
»los demás oficiales que nos hallábamnos arres-
»tados; pero que nos devolverían el mando á
»condicion de que les conduciríamos á Pamplona
»para hacerles pagar sus atrasos. En este estado,
»y para evitar mayores desórdenes (1), hemos
»vuelto á incorporarnos del mando y hemos con-
»ducido los batallones á Pamplona: si se desean
»ulteriores explicaciones preciso será dirigirse á
»los sargentos para obtenerlas más detalladas.

»Así se hizo, y se presentaron en masa los
»sargentos ante las autoridades con una arro-
»gancia inconcebible. Preguntados, contestaron
»unánimemente que este movimiento era debido
»á su angustioso estado y que si de los tres meses
»de sueldo que se les debía, les pagasen uno,

(1) Según lo poseidos que estaban de la teoría del *mal menor* esos jefes y oficiales debían ser *mestizos*, pues el honor militar y la ordenanza rechazan tales componendas; pero ¿qué tienen que ver el honor y la ordenanza con los sicarios liberales?

»se comprometían á conservar la tranquilidad:
»adhiriéronse las autoridades á esta proposicion;
»pero no quedando logrado el objeto de los
»amotinados, volvieron á entrar al cabo de poco
»rato todos los sargentos y dijeron que no te-
»niendo confianza en las autoridades de Pamplo-
»na, querían que hiciesen dimision para nombrar
»otras: á este fin dieron sus plenos poderes al
»coronel de artillería Laviña. Durante estas
»entrevistas que tenían lugar en las Casas Consis-
»toriales, varios piquetes de tiradores fueron á
»prender en sus casas á muchas notabilidades de
»la ciudad, entre otras el general Sarsfield; en-
»cargóse poco despues de hablar á los sublevados
»el nuevo gobernador, obtuvo que se pusieran en
»libertad los detenidos: y al volverse á su domi-
»cilio fueron muchos de ellos asesinados, cabien-
»do esta suerte al general Sarsfield en medio de
»la plaza del castillo, y al coronel Mendivil en
»su propia casa.

»Durante esta horrible escena otra comision de
»sargentos de tiradores volvió á presentarse á
»las autoridades que habian permanecido en las

»Casas Consistoriales, les comunicaron que exi-
»gían otras condiciones á más del pago de sus
»atrasos, y que se les había confiado el cargo de
»redactar las bases de un nuevo sistema de go-
»bierno; pero habiéndose generalizado el desór-
»den, huyeron gran parte de las autoridades por
»temor de experimentar la misma suerte que las
»maltratadas víctimas de los revolucionarios, y
»dejaron el campo libre á los sublevados.

»Hé aquí el estado de las cosas en este instan-
»te; la ciudad está en poder de los sargentos, doce
»personas han sido asesinadas, y la poblacion es
»presa de los tiradores de Isabel II.»

»Despues de leído este relato recuérdense los
»auxilios de los emisarios de los clubs de Madrid,
»que se han repetido varias veces durante el mes
»último: téngase presente el viaje de Aviraneta
»á la costa cantábrica, su ida por Francia á Ca-
»taluña y su vuelta á Madrid, donde procuró por
»mera fórmula disculparse de su participacion
»indirecta en la insurreccion de Hernani. Poste-
»riormente ha corrido la voz de que este persona-
»je tenía el encargo de dar instrucciones á los

»directores de las tropas sobre la conducta que
»debían observar, para asegurar el triunfo en las
»elecciones al partido exaltado.

»Tan horrosos medios como se han puesto en
»juego son en verdad dignos de los miserables
»que habían hecho asesinar á los generales Can-
»terac, Bassa, Quesada y otros tantos infelices
»que tuvieron la desgracia de disgustarles que-
»riendo hacerles entrar en su deber (1).

»En este instante la desercion produce grandes
»claros en la guarnición de Pamplona y en los
»cuerpos acantonados al rededor de esta plaza:
»los soldados que abandonan sus banderas se
»dirigen hacia el Carrascal, país montañoso situa-
»do al sudoeste de Pamplona, antiguo teatro de
»las hazañas del célebre Mina durante la guerra
»de la Independencia: allí se organizan en
»partidas independientes que no reconocen ni la
»autoridad de la Reina, ni la de don Carlos, y
»que roban indistintamente á cuantos caen en
»sus manos.»

(1) Sin perjuicio de hollar ellos el derecho de la Reli-
gion y del Rey; ¡justicia de Dios!

Hé aquí la verdadera causa de todos los robos, asesinatos y saqueos cometidos durante esta guerra fatal: desde que tuvo principio hubo desertores que se aprovecharon de la desorganización de la España para cometer impunemente toda especie de crímenes; pero los enemigos del Rey, nunca han cesado de imputar estas atrocidades á los carlistas, y cada vez que los generales de Cristina se encontraban con una horda de quince ó veinte salteadores de quienes mataban uno ó dos, al momento escribían un parte detallado y campanudo, en el que osaban vanagloriarse de haber atacado á uno de los generales de Carlos V, de que le habían matado un número considerable de hombres y que habíanle herido muchos más; de ahí tantas jactancias, tantas pomposas heroicidades que han dado lugar á fábulas y han hecho reir á los hombres graves. El noble lord Mahon, despues de haber protestado altamente contra la intervencion de Inglaterra en los negocios de la Península, exclama: «Esta España por la cual se nos imponen tantos sacrificios, no estuvo en ninguna otra época de su

»historia sumida en situacion más deplorable.
»Oid! preciso es, ya que no se ha querido contes-
»tarme, reitere una pregunta, que en otro tiem-
»po hice á lord Palmerston, pero desearía una
»contestacion categórica, ¿estamos en guerra con
»la España? ¿Sí ó no? ¿Seré más dichoso esta vez?
»Quisiera lisonjearme de ello; pero el sistema
»político seguido por lord Palmerston (1) ha colo-
»cado el país en una posicion tan funesta que es
»difícil determinar si estamos en paz ó en guerra
»con la España; ó más bien nos hallamos con la
»paz sin reposo y la guerra sin honor. No hay
»duda que debían ser honrosamente ejecutados
»los tratados suscritos en nombre del país, pero
»la Inglaterra no tenia de ningun modo el dere-
»cho de intervenir hasta el extremo que lo ha
»hecho.

»En el actual estado de degradacion del pueblo
»español, la cuestion de la sucesion á la corona
»no es de ninguna importancia para el equilibrio

(1) Palmerston era uno de los jefes de la francmasonería, uno de sus instrumentos era el citado Misley.

»de las potencias europeas: hubiera valido cien
»veces más dejar que la nacion española se deci-
»diese por sí misma esta cuestion puramente in-
»terior, y abstenerse de proveerla de hombres y
»dinero. Mas lord Palmerston dista mucho de
»pensar así; no satisfecho de la cuádruple alianza,
»ha hecho continuar en este documento artículos
»adicionales, y ha intervenido del modo menos
»excusable en los asuntos de España. La anula-
»cion debida á él del acta sobre alistamiento en
»tropas extranjeras, ha sido la señal del enjambre
»de 10,000 ingleses bajo las banderas de la Reina
»de España; desdichados reclutas que despues de
»su alistamiento han sido presa de las más horro-
»rosas privaciones, esperando sin duda el dia pró-
»ximo de su completa destruccion (1)! Es neces-

(1) No tardó en verificarse esta prediccion de lord Mahon. Los ingleses, que habían obligado á los carlistas á levantar el sitio de Bilbao, y que eran llamados por ello sus libertadores, pudieron convencerse bien pronto de cuán pernicioso es abrazar la causa de un partido cualquiera en las guerras civiles: aprendieron á sus costas cuán poderoso es el espíritu nacional, cuando sale á la defensa de sus legítimos derechos y los de su Soberano. Tuvo lugar un reñido combate en las alturas de

»rio hacer notar á la cámara cuánto difería la an-
»terior conducta política seguida por Inglaterra,
»de este sistema tan fecundo en resultados desas-
»trosos? Sirvió jamás á una causa extranjera ven-
»diendo municiones para una guerra que no le
»valiese ni gratitud ni dinero? Sin embargo, el
»noble lord no ha vacilado en pasar esta línea de
»conducta, arrostrando la condicion, tácita es ver-
»dad, pero realizable, de tener que arrostrar una
»guerra general. Estos pasos desacertados han
»costado ya á la Inglaterra más de medio millon

Oriamendi; y hé aquí sus detalles. La legion auxiliar á las órdenes del general Ewans, despues de haber alcanzado algunas ventajas el 15 de Marzo creyó posible probar de apoderarse de Hernani; y á la madrugada del 16, se hallaba el ejército anglo-cristino dispuesto de esta manera: el centro, compuesto en gran parte de regimientos ingleses, estaba apostado en las alturas de Oriamendi; la izquierda se apoyaba en Astigarraga, y la derecha habia tomado posesion á la otra parte de Hernani; principiaron los carlistas el ataque, arrojándose impetuosamente sobre las dos alas á cosa del mediodía; y desde el primer momento, obtuvieron ventaja contra el ala izquierda compuesta de dos regimientos ingleses y otros dos españoles. El general Ewans, al ver que estaban perdidos estos regimientos, se habia apresurado á destacar del centro los chapelgorris, el regimiento de la Prince-

»de libras esterlinas, y el solo equivalente que de
»estos gastos ha cobrado, ha sido la satisfaccion
»de leer en la *Gaceta de Madrid*, este parte:
«**TODOS LOS CARLISTAS ESTÁN EXTERMINADOS: NO
»HAY YA MÁS FACCIOSOS.**» Uno de mis amigos se
»ha tomado la molestia de hacer un cálculo cu-
»rioso: ha sumado el número de carlistas muertos
»en varios encuentros, y llega la suma á 339,129:
»de manera que no contando el ejército carlista
»más que 30,000 hombres, preciso es que cada
»soldado haya sido muerto ocho ó nueve veces.»

sa y algunos batallones ingleses, los cuales lograron en breve restablecer el equilibrio en este punto, pero el ataque impetuoso dirigido contra la izquierda, sólo fué una estratagema para obligar á debilitar el centro; y apenas vieron los carlistas el buen éxito de esta manobra no se obstinaron en defender el terreno contra los refuerzos que llegaban á la izquierda; en un instante todas las masas concentradas se precipitaron con ímpetu sobre los anglo-cristinos, los arrollaron, y abrieron á la bayoneta anchos claros en sus filas. Las compañías del centro acuchilladas y desordenadas por los enemigos, cejaron; y esta fué la señal de: ¡SÁLVESE EL QUE PUEDA! la derrota fué general, de modo que si los artilleros ingleses manteniéndose firmes, no hubiesen en aquel entonces protegido la retirada que se efectuaba en el mayor desórden, el ejército entero hubiera quedado sin

Prescindamos de la inexactitud con que lord Mahon reducía al nivel de una cuestión dinástica lo que era una elevada cuestión religiosa y política; su peroración muestra toda la ridiculez de los partes del ejército liberal cuyos generales se jactaban, mientras hufan, de destruir el partido de don Carlos V y las burlas á que daban margen con daño del prestigio nacional en la diplomacia europea. Segun varios cálculos que no aparecen menos ridículos, se han sumado los cañones tomados á nuestro partido en distintas veces; y se ha

duda destruido; considerable fué sin embargo la pérdida: no se dió cuenta, se calculó ser de 1,500 muertos la pérdida de los anglo-cristinos, y muchos jefes y oficiales fueron muertos y heridos, entre otros el general Chichester y el coronel Lacy.

El diputado á Cortes Lujan, que fué testigo del combate, no favorece mucho á Sarafield, cuya conducta censura amargamente, y manifiesta el descontento que hubo de inspirar la inacción del general Espartero que se dejó detener por muy pocos batallones.

Esta derrota del ejército anglo-cristino produjo bien pronto ópinos frutos, fatales por cierto al gobierno de Madrid: sus soldados perdieron la confianza que hasta entonces tenían en sus jefes, condenaron altamente la impericia del general Sarafield y la vil inacción de Espartero, quien fué mirado como un traidor. La nueva de la

hallado que Carlos V debió perder 60,000 piezas de artillería.

Pero dejemos esto y volvamos á ocuparnos de los hechos más importantes: veamos las diversas discusiones á que ha dado lugar la intervencion en el seno de las asambleas legislativas de las dos grandes potencias aliadas; ya que no podemos negar que sin su poderosa intervencion las tropas de Cristina habrían sido derrotadas y aniquiladas de golpe por los bravos defensores de don Carlos V. Nadie ignora que en el sitio de Bilbao fueron los

derrota de Ewans causó un terror pánico en la bolsa de Londres; los cristinos desmoralizados abandonaron en gran número sus banderas para entregarse al saqueo de los campos; algunos se pasaron á las filas carlistas; los ingleses hartos de tantas privaciones desertaron en masa, y únicamente algunos centenares pudieron volver á Inglaterra con los andrajos que les cubrían, y que pintaban al vivo la extrema miseria á que se vieron condenados durante su permanencia en España.

Lord Mahon no había por cierto padecido error al preguntar al ministro Palmerston, ¿por qué permitió que 10,000 hombres fueran á hacerse degollar en España? ¿No oímos una exclamacion análoga en que prorumpió en la tribuna un legislador francés? ¿Nos hemos olvidado de la muerte del bravo coronel Conrad, que mandaba la legion extranjera de Argel, y que prefirió lanzarse á

ingleses los que consiguieron la victoria, y que el famoso conde de Luchana sólo se presentó para recoger los frutos: hasta los mismos milicianos reconocieron que sin el auxilio de Ewans y de sus arrojados ingleses, habrían perecido todos y habría sido conquistada Bilbao; de manera que el gobierno incluyó en la distribución de recompensas una distinción interesante, diciendo concederse á los libertadores de Bilbao las repartidas entre los auxiliares, mientras que las dadas á los españoles se dijo distribuirse entre los DEFENSORES de

una muerte cierta á retroceder ante el peligro? Su celo y su valor merecieron los aplausos de la Francia; dejó con su fallecimiento una viuda desolada á quien el mismo día de su muerte escribía: «Jamás he corrido tantos peligros: se me hace tarde el momento en que termine esta sangrienta querrela: entonces iré á tomar las aguas de que tengo absoluta necesidad para restablecer mi salud quebrantada por tantas fatigas y privaciones (*).»

(*) Un francés testigo de este hecho nos ha dado detalles de la gloriosa jornada de Huesca, que tanto honor hizo á las armas de Carlos V, y en la cual se distinguieron varios franceses y singularmente dos oficiales naturales de Orleans.

La causa de la legitimidad española, esa causa que habiendo reproducido el valor de los trescientos espartanos y la bravura de los héroes más famosos, ha tenido sin embargo que ceder á las infernales maquinaciones de una

aquella poblacion. ¿Quién puede calcular los portentosos resultados debidos á esta intervencion tan fatal á Carlos V, que desbarató todos sus proyectos, que destruyó tantas veces sus recursos, por más que tantas veces los viese renacer? Pues bien: no hizo más que prolongar la guerra civil en una nacion celosa de sus derechos, porque cualquiera que eche una ojeada á lo pasado tendrá que reconocer, haber sido don Carlos víctima de una traicion, pero no vencido; y por poco que se reflexione se conocerá que este Príncipe ha sido procla-

traicion, interesa lo bastante en su desgracia á los amigos de la legitimidad, para que lean con gusto uno de sus más bellos hechos de armas. Hé aquí los detalles:

«Al llegar á la plaza, se distribuyeron las papeletas de alojamiento, y sin tomarme mucho cuidado por la mia, fui á juntarme con mi hermano Alejo, comandante entonces de la legion extranjera que voluntariamente servia la causa de Carlos V, para ir con él á saludar el patron que le habia hospedado cuando la expedicion del infortunado general Guergué (una de las victimas de Maroto). Mucha fué su alegria al ver á mi hermano, cuya muerte le habian falsamente noticiado, pero el apetito con que hicimos los honores á su comida, debió probarle que á lo menos nuestro estómago, conservaba todas las fuerzas vitales. Mi hermano nos dijo que probablemente no llegaría la noche sin que hubiésemos venido á las manos con el enemigo, porque la ciudad acababa de recibir órdenes de Iribarren para tenerle preparadas 20,000 raciones para aquella mismo

mado por la voluntad del pueblo; pues que de otro modo, ¿cómo hubiera podido resistir tantos años el choque impetuoso de todas las fuerzas reunidas de los cristinos, de los republicanos, de los exaltados y de las legiones extranjeras? De una parte cubre la España un numeroso ejército de tropas aguerridas, bien equipadas, completamente armadas, al mando de generales que arden en deseos de batirse para proclamar la libertad, no porque este fuese el voto de su gobierno, sino porque un sentimiento más fuerte cual es el del interés

tarde; pareceme, le contesté, que Iribarren al dar esa orden no habrá calculado que trabajaba para nosotros.

»En el mismo momento oímos el toque de generala, y algunos tiros de fusilería y un cañonazo nos anunciaron de un modo demasiado esplicito, que el enemigo estaba á las puertas de la ciudad y que nos era preciso renunciar á los postres de nuestra comida: nos despedimos precipitadamente de nuestro patron, que quedó temblando en su silla sin poder articular palabra; mi hermano fué á su puesto y yo al frente de mi compañía fui á colocarme en el punto que se me habia designado para el caso de alarma. Apenas habia formado la legion, cuando se le dió la voz de *Legion adelante!* Estaban los cristinos á doscientos pasos de las puertas, marchamos sobre sus guerrillas sin disparar un tiro, y al ver nuestra decision se replegaron sobre las masas; doblamos el paso y nos posesionamos del mismo terreno que un minuto antes ellos ocupaban; al fin acosados de cerca hubieron de venir á las manos.



y de la ambición inflamaba su ardor. De otra, un Rey proscrito que se adelanta con majestad hácia su tierra natal, obligado á ocultar su nombre para no caer bajo el puñal asesino que perseguía hasta en las sombras de la noche los majestuosos rasgos de su fisonomía (1). Se descubre á algunos fieles vasallos: se inflama el entusiasmo; el navarro da parte al vascongado, éste al aragonés, y en breve

»Serian sobre las tres de la tarde cuando principi6 la batalla y dur6 hasta muy cerrada la noche: aqu6l fu6 un dia de gloria para el ej6rcito carlista del Norte; cuatro batallones y algunos escuadrones nuestros persiguieron hasta la puerta del Sol empuj6ndolos con la punta de las bayonetas 6 16 batallones y otros tantos escuadrones enemigos (sobre 20,000 hombres.) Los cristinos tenian adem6s 14 piezas de artilleria, arma de que nosotros careciamos. S. A. R. el infante don Sebastian di6 en aquella acci6n muchas pruebas de valor, present6ndose siempre donde m6s inminente era el peligro.

»En un alto que hicimos para aguardar 6 la caballeria, el vizconde Jorge de Velard (de Orleans), teniente que mandaba la sexta compa±ia de la legion, nos di6 una prueba de su habitual sangre fria. Habia recibido un balazo en el carrillo, y dirigi6ndose 6 un subteniente llamado Mason, que tenia la costumbre de mascar tabaco, le dijo poni6ndose la mano en el carrillo:—Mason, ¿quereis una mascada?—Venga una.—Aquí es

(1) Lejos de ser esto una figura ret6rica, ya en 1835 debió fusilarse 6 un tal Letamendi que con el pseud6nimo de Ponce de Leon atent6 contra la vida del Rey, que acababa de entrar en Espa±a.

una masa de hombres se levanta, prorumpe en gritos de júbilo, de esta alegría infantil que estalla al volver á hallar á un padre; y todos de mancomun le proclaman heredero del trono de los Borbones, le confían la guarda de sus privilegios, le invitan á conducirles al combate cuando un héroe, el invencible, el inmortal Zumalacárregui sale de las filas y exclama: «Bravos navarros y vascongados generosos, no expongais á vuestro Rey á ser víctima del furor y rabia de los rebeldes; colocadle en medio convirtiendo en baluartes

tá, tomada.—Mason siguiendo la humorada le contestó en seguida: gracias teniente, son demasiado duras y pueden quebrantaros las muelas. Velard no quiso absolutamente dejar el campo de batalla á pesar de los consejos de sus amigos y de las órdenes de mi hermano. Pocos instantes despues, en una carga á la bayoneta que dió la legion de Carlos V recibió otro balazo que le quebrantó el hombro: Lo que es por hoy, dijo, ya basta: y se retiró.

»De Boubée (de Orleans), teniente en la misma legion tuvo el brazo atravesado de una bala; y algun tiempo despues, escalando el primero los muros de Ripoll, recibió á quema ropa una descarga que le levantó el cráneo. Bonlan de Brig (de Paris), también pagó con la vida; el más bello elogio que de este jóven puede hacerse es repetir las palabras de sus camaradas: *Ha muerto como un héroe*, decian; Schimulder (holandés), subteniente, fué gravemente herido y nos vimos precisados á dejarle en el hospital, habiendo sabido despues que murió á conse-

»vuestros cuerpos; yo me pongo á vuestra cabeza,
»yo os conduciré por el sendero de la gloria. A
»Madrid debemos conducir á nuestro Rey, en el
»trono de San Fernando debemos colocarle.»

Dice: y todos sus generosos guerreros vuelan hacia la victoria ó á la muerte: únicamente la virtud engendra héroes. Este puñado de hombres animados de un santo celo, desafía las fatigas, los sufrimientos, la miseria y los peligros de todo género para hacer triunfar la causa de la legitimidad: hallan bien pronto imitadores, su número

cuencia de sus heridas. Servia en clase de sargento en la legión de Cristina cuando se pasó á los carlistas, y su bizarra conducta en varias acciones le había valido el grado de subteniente. Huberto Ralgmes (francés), subteniente, tuvo también el brazo derecho atravesado de un balazo, y yo que también había de pagar tributo en aquella reñida acción, recibí un balazo en el pecho. De-Penhoët (vendeano), se distinguió varias veces por su valor y sangre fría; y los dos hermanos de Echerolles (de Agen), cadetes, obtuvieron por su conducta el grado de subtenientes sobre el mismo campo de batalla (**).

(**) Mr. Alejandro de Echerolles murió en Sarbastro de resultas de una herida recibida en el campo del honor. Era un jóven de las más bellas esperanzas á quien el *Memorial Agenais* de 22 de Junio de 1837 pagó un justo tributo de admiración y de dolor. El otro hermano, Modesto de Echerolles, caballero de San Fernando, ha combatido en favor de la legitimidad hasta que Carlos V, vencido por la traición y no por las armas de sus enemigos, hubo de abandonar la España. Fiel á la noble

aumenta á medida que caminan, su sangre derramada parece fecundizar la tierra que les sustenta y engendrar nuevos guerreros, su rendimiento encuentra eco hasta en la tribuna de los cuerpos legisladores de todas las naciones; y los oradores anatematizan la conducta de los gobiernos que no vacilaron en mezclarse en esta lucha, haciéndola así más terrible y más sangrienta.

Con motivo de la cuestion del mensaje, el marqués de Dreux-Brézé en la Cámara francesa, empieza haciendo una reseña del tratado de la cuá-

«En esta batalla tan gloriosa para las armas de Carlos V, la caballería, muy inferior en numero á la del enemigo, dió repetidas pruebas de superioridad en varias cargas con que se llenó de gloria. Un escuadron alavés que no contaba más de sesenta plazas cargó á un escuadron de coraceros que tenia doble fuerza numérica. Yo vi ese combate que no duró más de dos minutos; pero que fué bastante para que en tan corto tiempo quedasen en el campo cuarenta coraceros, sin que costase á nuestra caballería ni un solo hombre. Los coraceros aturdidos escaparon á galope, mientras nuestros lanceros echando pié á tierra, tomaron las corazas, espadas y cascos de los enemigos. Y volvieron al campo de batalla no ya con el equipo de lanceros

causa que habia recibido sus juramentos, participa de la suerte de esa multitud de valientes, que han preferido el destierro y el infortunio á la felonía y al perjurio, y goza en el seno de su familia las dulzuras del reposo.

druple alianza firmado en Lóndres el 22 de Abril de 1834, por el cual: el duque de Braganza en nombre de doña María II, se obliga á poner cuanto esté de su parte para expulsar al Infante don Carlos de los dominios portugueses; la Reina de España suplicada é invitada por el duque de Braganza, teniendo muy justos y muy graves motivos de queja contra el Infante don Miguel á causa del apoyo que ha prestado al Infante don Carlos de España, se compromete á introducir en el reino de Portugal el número de tropas españolas

sino con el de coraceros. En esta carga impetuosa murió el general Leon, jefe de la caballería, que gozaba entre los suyos la reputacion del mejor jefe en su arma. Iribarren, comandante en jefe de la division, viéndola dispersa, quiso reanimar el valor de sus soldados poniéndose al frente de su caballería y en una carga recibió un balazo que le obligó á retirarse. Entonces la derrota del enemigo fué completa.

»El elogio de la caballería carlista lo hizo tan completo como justó el mismo Iribarren en el parte que firmó antes de morir, cuando decía que jamás hubiera creído que la caballería carlista fuese capaz de batirse con tanta resolucion y valor. El bravo Reina, coronel de la caballería carlista, se distinguió en varios choques. El marqués Incisu (piamontés), comandante de escuadron, mandó y efectuó varias cargas que le cubrieron de gloria. Rubiston (de Burdeos), capitán de caballería, se distinguió tambien muchisimo. La pérdida del enemigo fué grande y sensible.»

necesario y bastante para cooperar á la salida de don Carlos de España y de don Miguel de Portugal. S. M. la Reina de la Gran Bretaña se obligó á cooperar con una fuerza naval al logro del objeto y determinaciones de este tratado; y en el caso que la cooperacion de la Francia se juzgue necesaria por las altas partes contratantes, S. M. el rey de los franceses se compromete á hacer todo lo que él y sus muy augustos aliados determinen de comun acuerdo...

Despues de haber demostrado claramente que en este tratado la Inglaterra sólo había consultado sus intereses sin ocuparse de los de sus aliados, el noble marqués exclama: «... Los gobiernos de Francia y de España se encuentran hoy en situaciones totalmente contrarias; mientras que en Francia se habla de restablecer el orden moral; mientras que se trabaja por restablecer los principios que procuran estabilidad y seguridad á los estados, se tiende una mano amiga en España á los saqueadores de los bienes eclesiásticos, á los hombres que simpatizan por sus actos y doctrinas con los que en Francia son combatidos y en-

tregados á los tribunales. ¿Qué viene á ser un tratado, os pregunto, que obliga á ser revolucionaria más allá del Pirineo, mientras que en la casa propia se combate á todo trance la revolución? ¿qué viene á ser un tratado que nos hace intervenir en España en favor de unos principios que se persiguen y condenan en Francia?

»La Francia, que no ha mucho sólo prestaba sus simpatías á las más nobles causas, se halla hoy día asociada á las sanguinarias manifestaciones que uno de los generales de Isabel sustituye á los lances de la guerra. Confía á extranjeros el cuidado de sostener la gloria de sus armas, se encarga á hordas extranjeras la misión de imponer á los españoles una nueva majestad; extranjeros se interponen entre la España y el valiente Príncipe que es llamado por los derechos de nacimiento á reinar sobre ella.

»Podría aquí, señores, establecer una comparación que no estaría destituida de interés, entre Carlos V, su valor, su constancia, sus nobles sacrificios para salvar á su país, para sostener los derechos legítimos de su corona y la culpable

ambicion de una mujer que abusa de los últimos momentos de un Rey moribundo, para despojar de sus derechos al verdadero heredero que precipita en el abismo de las revoluciones la patria que la adoptó por hija. ¡Señores! no tendría más que citaros un decreto de Mina que contiene las siguientes disposiciones:

«DECRETO DE MINA.

En virtud de la autorizacion que he recibido de S. M. la Reina:

1.º Declaro en estado de sitio todo el distrito de la Capitanía general del Principado de Cataluña.

2.º En su consecuencia la autoridad militar reasume y concentra toda la administracion del distrito.

3.º Sin embargo: las autoridades actualmente establecidas, continuarán en el despacho de los negocios de su atribucion, excepto el caso de tener que dar nuevas disposiciones generales, las que serán sometidas á mi aprobacion.

4.º Me reservo mientras dure el estado de sitio, la facultad de modificar las precedentes disposiciones, tanto con respecto á personas como por lo que mira á las cosas, con el fin de acelerar la expedicion de los negocios.

5.º Concedo un término de quince dias contaderos desde la publicacion de este bando, dentro el cual podrán los facciosos deponer las armas y reconocer al gobierno de S. M. la Reina.

6.º Pasado este término todos los rebeldes que se aprehendan con las armas en la mano sufrirán las penas prefijadas por la ley.

7.º Serán pasados por las armas, todos los que presten auxilio á los facciosos, de cualquier clase que sea, con armas, municiones, víveres, etc. Sufrirán la misma pena los conductores de estos objetos, los que provoquen á los ciudadanos á la rebelion, *ó que extravíen DE CUALQUIER MANERA la opinion de los pueblos.*

8.º Será igualmente pasado por las armas, cualquiera que haya tenido comunicacion directa con los facciosos ó les haya entregado correspondencias.

9.º Igual pena sufrirán cualquier alcalde ordinario, baile, *párroco* ó *jefe de familia habitantes de los pueblos, posadas ó casas solariegas* en que hayan estado los facciosos, á menos que prueben que han tenido que ceder á fuerzas superiores; ó que con la oportuna celeridad han dado parte á los jefes de las tropas de S. M. ó á las fuerzas más cercanas del punto invadido por los rebeldes.

10. Los padres, los tutores, los alcaldes y jefes de familia de estos lugares, serán responsables con sus personas y bienes de los males causados por los rebeldes á los leales ciudadanos. Las personas serán confinadas á otros puntos y los bienes servirán para indemnizar á los patriotas que hayan sufrido daño (1).

11. Para hacer efectiva esta indemnizacion, se procederá *sencilla y sumariamente*; los habientes derecho presentarán una demanda al alcalde ó baile competente: éste y el síndico pon-

(1) Robo se llama esta figura. Por este mismo estilo dió Cánovas un decreto de embargo de bienes en 1875.

drán su V.º B.º al pié, y en vista de esta demanda, al comandante de armas ó alcalde mayor más cercano, pondrán al habiente derecho en posesion de los bienes muebles ó inmuebles de los criminales (1).

12. Si esta posesion no bastase á indemnizar á los reclamantes, se impondrá una contribucion forzada y proporcional sobre todos los individuos NOTORIAMENTE HOSTILES AL GOBIERNO DE S. M. LA REINA, hasta completar las sumas debidas por la indemnizacion; y en este caso las municipalidades serán las encargadas de formar las listas de contribuyentes. Yo decidiré por mí mismo en último recursó.

13. Todas las autoridades de Cataluña deben cada una en la parte que le toca llevar á cabo la ejecucion de este bando ó decreto. Cualquier contravencion les atraeria una rigurosa responsabilidad.

14. El presente decreto será publicado y cir-

(1) ¡Y todo esto en nombre de un Gobierno constituido! Pero no de otro modo obró la canalla conservadora en Navarra en 1875.

culado con las formalidades de costumbre.—Barcelona 29 de Octubre de 1833.—El capitán general, Francisco Espoz y Mina.»

Continúa el orador: «Estos cortos detalles bastan para demostraros que nuestra política á más de ser inconsecuente, se encuentra cómplice de repugnantes y viles actos de barbarie...

Despues que el señor duque de Noailles hubo probado hasta la evidencia que el trono de España pertenece realmente á don Carlos, y que está en el interés de la Francia el sostener los derechos de este Príncipe, prosigue el señor de Dreux-Brézé: Si las simpatías del señor ministro están en favor de Isabel, las de mi noble amigo y las mías están por don Carlos: en cuanto á este punto nada nuevo nos ha dicho el señor ministro: lo que se ha callado es que si don Carlos llegase á Madrid, el gobierno francés abandonaría pronto, segun creo, la causa de la usurpacion. Por lo que á mí atañe, no negaré mis afecciones: estimo, sí, á don Carlos, lo confieso, amo á este noble Príncipe, que solo, sin recursos, para cumplir con lo que cree deber suyo, despues de haber puesto

en seguridad á su familia, en Inglaterra, burla la policía del señor ministro del Interior, y llega á España en medio de pueblos fieles dispuestos á agruparse en torno suyo.

En 7 de Febrero de 1836 el gobierno de Madrid viendo que el sanguinario decreto de Mina, expedido contra los partidarios de la legitimidad, no habia impedido que la poblacion acudiese en masa á las filas carlistas, probó corromper con la esperanza del lucro á los bravos ciudadanos que se habían alistado en el partido del Rey, para lo cual dirigió á las Provincias Vascongadas la siguiente proclama:

«Dos años han trascurrido desde que seducidos por un puñado de hombres en vuestro país levantasteis el estandarte de la insurreccion contra una Reina que nunca había pensado en abolir vuestras antiguas y venerables instituciones; y menos aún en destruir los altares ante los que se prosternaron vuestros padres.

»Desde dos años á esta parte la sangre de vuestros valientes colora inútilmente la tierra: ni la firmeza de vuestro carácter, ni las ventajas topo-

gráficas de vuestro país han podido extender la dominacion de vuestro caudillo: apenas daráse crédito en la historia á que en un país que fué siempre asilo de la libertad, hayan podido invocarse el absolutismo y la inquisicion en el siglo XIX. Es ya tiempo de hacer que terminen vuestras ilusiones, ¡vascongados! Engañados cruelmente por los verdaderos autores de vuestras desgracias, os mecieron en la absurda esperanza de ser auxiliados por un Príncipe del Norte, separado de vosotros por 500 leguas de distancia (1), y que nada puede hacer por vosotros sin el consentimiento de los gabinetes de París y Lóndres. No os resta ya esperanza alguna; un ejército de 100,000 hombres (!!!) apoyado por la Francia, la Inglaterra y Portugal ocupará bien pronto vuestro territorio; pero antes que se lleve á cabo esta ocupacion, vuestra Reina quiere mostrarse madre vuestra, para probar toda su solicitud en estos terribles momentos: escuchad su voz. Todos los que abjurando sus errores se

(1) Jamás el Rey en ninguno de sus documentos ofreció ni indicó siquiera esperarse auxilio extranjero.

decidan á abandonar las banderas del usurpador podrán retirarse á Francia, serán amnistiados por el mero hecho y recibirán de la autoridad española en Bayona cuatro reales diarios cada soldado y mayor cantidad los oficiales ó los que lleven consigo un caballo y bagajes de guerra.....

»Escuchad un consejo dictado por vuestro interés y el de vuestras familias : asegurad el pan á vuestras esposas y á vuestros hijos, y corresponded á la clemencia real huyendo de la opresion. Ahí teneis los socorros que obtendrán cuantos se aprovechen de los beneficios del presente llamamiento: un soldado, cuatro reales diarios: un sargento ó cabo, cinco: ocho los oficiales hasta capitán inclusive : los comandantes y jefes superiores, segun su graduacion: los padres, madres é hijos de un soldado, seis reales, incluso los cuatro concedidos personalmente á éste : todos los jóvenes que por no servir á don Carlos se lleven á sus padres y á sus madres, recibirán seis reales por dos ó tres personas: serán abonados por cada fusil con bayoneta sesenta reales;

»por cada cartuchera veinte: por sable, espada y
»caballo cuatrocientos reales.»

El gobierno de Madrid creyó que con esta proclama los soldados de Carlos V abrumados de fatigas, aniquilados por los sufrimientos y la miseria, se apresurarían á desertar para aprovecharse de la indemnizacion pecuniaria que se les ofrecia; pero sucedió todo lo contrario. Los soldados de don Carlos se mostraron fieles y dignos defensores de la causa que habían abrazado: pisotearon esta proclama injuriosa con un desprecio mezclado de indignacion, y juraron á una voz lavar con sangre del enemigo la injusta afrenta hecha á su nobleza y á su honor, creyéndoles capaces de hacer traicion por el dinero á su Rey. ¡Noble desinterés del soldado!

Hombres venerables y sinceros no vacilaron en el extranjero en proclamar desde lo alto de la tribuna pública el legítimo derecho de don Carlos y demostrar que las atrocidades imputadas á este Príncipe debíanse á los revolucionarios y al gobierno de Madrid. Oid al marqués de Londonderry haciendo resonar su voz en medio de la Cá-

mara de los lores en la sesion del 12 de Febrero.

«...Séame permitido previamente quejarme de
»la negativa que el noble vizconde Melbourne ha
»opuesto constantemente á la demanda de que se
»manifestasen los documentos relativos á los ne-
»gocios de la Península, y de la indiferencia con
»que ha recibido cuantas interpelaciones he crei-
»do de mi deber dirigirle sobre este punto. Sea
»de ello lo que fuere, no habrán olvidado sus se-
»ñorías que, al terminar la precedente sesion,
»declaró el noble vizconde, cuando se trató del
»convenio de lord Elliot, ser indudable que este
»pacto debió asegurar la vida de todos los ingle-
»ses partícipes en la lucha: la experiencia ha de-
»mostrado en esta parte la ignorancia del jefe de
»la administracion; y en verdad que nuestro go-
»bierno ostenta sobre lo que acaece en la Pe-
»nínsula una indiferencia del todo inexplica-
»ble, sobre todo al considerar la importancia
»de esta cuestion por lo que mira á la Gran Bre-
»taña.

»No han sido nuestros ministros escasos en re-
»criminations violentas contra don Cárlos al pu-

»blicar su famoso decreto (1); y sin embargo es
»bien sabido que este Príncipe ha recurrido á esta
»medida enérgica, únicamente despues que á ello
»le obligaron las crueldades de los generales cris-
»tinos: es un punto de represalias y nada más.

»...El noble vizconde (Palmerston) manifestó
»que consideraba imposible el triunfo de don Cár-
»los, y que apenas contaba éste con diez ó doce
»mil insurgentes confinados á dos ó tres provin-
»cias arrinconadas de España; que en todo el res-
»tante territorio la autoridad de la Reina era paci-
»ficamente reconocida, y por último que la regen-
»cia sólo tenía que luchar contra parciales y lo-
»cales insurrecciones: ¿qué opina hoy el noble se-
»cretario? ¿no hay más que una ó dos provincias
»que se hayan declarado por don Cárlos? ¿su ejér-
»cito está reducido á diez ó doce mil hombres?
»Puedo asegurar con certeza que puede añadirse
»á este número el de 80 ó 90 mil sin temor de
»equivocarse; y confieso francamente que en va-

(1) Excluyendo del tratado de Elliot á los mercenarios extranjeros.

»no busco en lo acaecido esta prudencia, esta firmeza, este vigor, con que han engalanado nuestros ministros al gobierno de la Reina.

»¿Hablaré ahora de las atrocidades que deshonoran esta guerra, y que han concitado el disgusto y el horror de la Europa civilizada? La vergüenza me colora la frente cuando recuerdo que á auxiliares ingleses les toca su parte en esta reprobacion universal, y que aún mejor se arreglan las cosas de manera que el rubor de las derrotas, de los asesinatos y los saqueos, de todo lo deshonroso, en fin, que se comete en esta guerra, recaiga sobre ellos mientras reportan los españoles la gloria.

»El ministro de negocios extranjeros habló últimamente en la otra Cámara, de medidas tomadas por él para asegurar que se pudiese en libertad á los prisioneros, y citó sobre este punto su contestacion á la carta del Obispo de Leon. Suplicó al primer ministro que se sirva entregar á la secretaría de la Cámara una copia de esta correspondencia del noble vizconde con el Obispo de Leon. Si el noble duque (de Wellington), cu-

»ya reputacion de lealtad está sólidamente esta-
»blecida, hubiese conservado la direccion de las
»relaciones extranjeras, estoy bien seguro de que
»no se hubieran cometido estas atrocidades. En
»vano se dirá que el ejemplo de estas horribles
»matanzas de Barcelona no ha sido contagioso;
»por lo que á mí me toca, no cesaré jamás de de-
»plorar que mis conciudadanos hayan sido exci-
»tados y animados por el ministerio actual á
»abandonar su país para asociarse á una lucha tan
»deplorable. ¡Oid! Quiero demostrar á mi país que
»el gobierno actual, lejos de hacer valiente y leal-
»mente la guerra, ha impreso á esta lucha un
»carácter que deshonra el nombre inglés á los
»ojos de la Europa y á los nuestros propios. ¿Aca-
»so no hemos visto, despues que don Carlos aca-
»baba de conceder la vida á un gran número de
»nuestros compatriotas provenientes de la legion
»extranjera, entrar borrachos en Vitoria los sol-
»dados del coronel Ewans, y pasar á cuchillo á
»más de 150 españoles? Verdad es que se interpu-
»sieron los oficiales para impedir esta carnicería,
»pero tambien lo es que fué su voz desoida. ¿Qué

»deberemos presumir despues de este suceso, sobre la disciplina de la legion auxiliar?»

Su Santidad el Papa Gregorio XVI, en su consistorio secreto del 1.º de Febrero de 1836, despues de haber expuesto los esfuerzos que ha hecho para restablecer la paz y la tranquilidad en España, deplora los males que allí ha causado la revolucion.

Hé aquí su alocucion:

«VENERABLES HERMANOS:

»Empieza ya el sexto año desde que, sin merecerlo, hemos sido colocados por un designio impenetrable de Dios en la silla del bienaventurado Pedro. Pluguiese á Dios que pudiésemos recibir con una alegría correspondiente á la expresion de vuestros sentimientos hácia Nos, los votos que segun costumbre y con vuestra natural benevolencia, vais á ofrecernos por el aniversario de nuestra exaltacion; pero, ¡cuán desgraciada y contraria á nuestros deseos es la condicion de los tiempos! Los males que habían

»invadido la Iglesia al empezar nuestro Pontifica-
»do, no sólo no han en nada disminuido sino que
»se han diariamente aumentado, hasta el punto
»que ni en medio de los votos y felicitaciones nos
»fuera dable comprimir el dolor que nos agobia.

»Sabeis, para omitir lo restante, el estado en
»que se hallaban los asuntos de la Iglesia en el
»reino de Portugal, las dos distintas veces que
»nos hemos lamentado amargamente en medio
»de vosotros de las injurias hechas á la Iglesia, y
»de los atentados cometidos contra su poder sa-
»grado y su libertad: ¡cosa deplorable y entera-
»mente indigna de una nacion que se gloriaba
»de obedecer á reyes honrados con el título de
»fidelísimos! Despues de nuestras instancias y
»reiteradas amonestaciones, despues de tantas
»pruebas como hemos dado de nuestra gran pa-
»ciencia, no se ha desistido en lo más mínimo de
»las vergonzosas empresas contra la Iglesia y sus
»respetables derechos, y no se ha reparado de
»ningun modo el mal hecho al mundo católico
»con ejemplos perversos: antes bien se ha llevado
»la tenacidad hasta el extremo de proteger toda-

»vía audazmente el cisma funesto debido á los
»esfuerzos de los enemigos de la religion y de la
»Iglesia, poniendo por medio de la violencia á la
»cabeza de las iglesias á cómplices de sus iniqui-
»dades, uno de los cuales ha llevado su criminal
»osadía hasta el exceso de prohibir á los fieles
»so pena de anatema la comunicacion con la si-
»lla apostólica, arrogándose así un poder que
»de ningun modo tenía. Vosotros comprendereis
»hasta qué punto agrava esta circunstancia el
»dolor de que estamos penetrados, y nos confir-
»ma en el desigño meditado hace tiempo, de
»remediar tantos males en cuanto de nosotros
»dependa, segun el deber de nuestro apostólico
»cargo y el poder que de lo alto hemos recibido.

»Pero no se limitan á ésto los motivos de dolor:
»vosotros mismos, venerables hermanos, que
»sois llamados á compartir nuestros cuidados,
»concebís bien que mientras deploramos amarga-
»mente estos males, se levanta un nuevo y triste
»origen de lágrimas: porque ¿quién puede ignorar
»las calamidades que han producido en la Iglesia
»de Jesucristo los disturbios que tan miserable-

»mente hacen vacilar el trono de España, tan dis-
»tinguido hasta hoy por su Religión y su respeto
»á la Santa Sede? Habiéndose suscitado una dis-
»puta sobre la sucesion á la Corona, nos pro-
»pusimos, siguiendo el ejemplo dado por nuestros
»predecesores, observar una conducta que no
»contrariase en nada los derechos de cada uno;
»pero aguijoneados al mismo tiempo por los
»deseos de la paz, y queriendo proveer á las
»necesidades de los fieles de aquel vasto Reino,
»al dar á conocer nuestro plan á quienes corres-
»pondía, manifestamos igualmente nuestra in-
»tencion de conciliar las cosas de manera, que
»las mismas relaciones oficiales quedasen de
»una y otra parte bajo el pié que antes tenían.

«Como empero no se accedió á ello imponiendo
»condiciones enteramente opuestas á nuestro
»designio, tan justo como era, procuramos que
»nuestro venerable hermano Luís, arzobispo de
»Nicea, que había sucedido á nuestro querido
»hijo Francisco, cardenal obispo de Yesi, y que
»estaba próximo á partir para su diócesis, fuese
»admitido como Nuncio enviado por Nos y por la

»Silla Apostólica para evacuar los asuntos espiri-
»tuales, sin entrometerse en nada en los políticos.
»Mas nuestras intenciones hallaron obstáculos en
»otras condiciones distintas de las primeras en
»aparición, pero bastante idénticas en el fondo,
»y que tendían á separarnos de la línea que nos
»habíamos prescrito. Resultó de aquí que la pre-
»sencia del que habíamos enviado para represen-
»tarnos se volvía enteramente inútil en España,
»y hasta podía por los sucesos venideros conver-
»tirse en humillación de la Santa Sede y en de-
»trimento de la Religión.

»Cayendo en confusión los asuntos eclesiásti-
»cos, se comenzó á decretar medidas violadoras
»de sus derechos, que saqueaban sus bienes,
»atormentaban á sus ministros, y atestiguaban
»el desprecio de la autoridad de la Silla Apostó-
»lica. Tales son las leyes que arrebataron en
»gran parte á los Obispos la censura de los libros
»y que permitían apelar de su sentencia á un
»tribunal seglar; tal fué la comisión nombrada
»para proponer una reforma general de los asun-
»tos eclesiásticos; tal la ley que prohibió prime-

»ro la admision de novicios en los conventos de
»regulares, que suprimió en seguida muchos mo-
»nasterios, puso sus bienes á disposicion del
»tesoro, y siguiendo las circunstancias, pre-
»tendió sustraer al religioso de la jurisdiccion
»de sus superiores, ó reducirlo al estado secular.
»Añadid á esto la separacion de los Obispos ale-
»jados de sus diócesis, la expulsion de los párro-
»cos, una violenta opresion de todo el clero, el
»desprecio de todos los derechos de inmunidad
»eclesiástica, y hasta la prohibicion hecha á los
»Obispos de conferir libremente en lo sucesivo
»órdenes sagradas.

»Estas funestas medidas que nunca podrán
»condenarse lo bastante, se tomaban audazmente
»á la vista del Arzobispo de Nicea, sin que le
»fuese permitido defender la causa de la Iglesia
»y de la Santa Sede con legítimas reclamaciones;
»y de esto se originaba un grave perjuicio á la
»gente de bien que podían deducir del silencio
»del Nuncio la connivencia ó al menos la toleran-
»cia de la Silla Apostólica.

»Como repugnaba á la santidad de Nuestro

»ministerio soportar por más tiempo esta humi-
»llacion de la autoridad eclesiástica, hemos crei-
»do deber dar orden á nuestro venerable hermano
»para que saliese de España, como lo ha verifi-
»cado hace ya algunos meses: al mismo tiempo,
»llenando nuestro deber segun lo grave de las
»circunstancias, no hemos vacilado en dirigir
»reiteradas reclamaciones contra las injurias irro-
»gadas á la Iglesia y á la Cátedra de San Pedro,
»ni en quejarnos de aquellos de quienes debimos
»esperar la represion del mal.

»Sin embargo, con dolor lo decimos, los clamo-
»res y los lamentos de la voz apostólica nada han
»obtenido; y hé aquí por qué Nos hemos aprove-
»chado la ocasion de nuestra actual reunion; y
»hemos creido de nuestro deber participaros todo
»lo ocurrido, para que sea notorio á todos que
»reprobamos soberanamente y que miramos como
»nulos y de ningun efecto los mencionados de-
»cretos expedidos con tanto desprecio del poder
»eclesiástico y de la Santa Sede, y con tal perjui-
»cio para la Religion. Os exhortamos, pues, para
»que, en conmemoracion solemne de este dia,

»en que la Virgen Madre de Dios entró en el
»templo para presentar al Padre celestial á su
»Hijo único, el Angel del testamento, el Rey
»pacífico por tanto tiempo esperado en la tierra,
»os exhortamos á todos los partícipes de nuestro
»dolor á que os acerqueis con súplicas á esta
»Santa Virgen, é imploreis con nosotros por
»medio de comunes rogativas, su auxilio en la
»afliccion de la Iglesia, á fin de que por ella á
»quien toca destruir todas las heregias, se apa-
»ciguen las discordias, cesen los disturbios, re-
»nazca la tranquilidad y el sosiego y la hija de
»Sion se despoje de su luto, se lave de sus man-
»chas y se ponga sus vestidos de regocijo.»

Nos abstendremos de comentar el discurso del padre de los cristianos; todos los fieles pueden juzgar suficientemente cuál sería el dolor de este Venerable Jefe de la Iglesia, al ver las terribles persecuciones, que entonces afligían á la Iglesia de España.

Tras los atropellos contra la Iglesia cometidos por los ministerios Zea, Martinez de la Rosa y Toreno, tras los sacrílegos asesinatos de los reli-

giosos, un decreto de Cristina había suprimido un gran número de comunidades, otro decreto de 29 de Febrero de 1839 dispuso la venta de todos los edificios que resultaron vacantes por la expulsión de los religiosos y religiosas de sus conventos: los vasos sagrados se vendían en pública almoneda, las campanas se fundieron y los ornamentos sacerdotales eran arrastrados ignominiosamente por las calles de la capital; mientras se autorizaba la propaganda protestante, y otro decreto había prohibido á los señores Obispos conferir órdenes sagradas. En medio de tantos escándalos y abominaciones, ¿no tenía el Jefe de la Iglesia de Jesucristo suficientes motivos para expresar en alta voz su dolor, para manifestar á todo el Orbe cristiano el horror que á su alma inspiraban desórdenes tan espantosos, sobre todo cuando los mismos protestantes los reprobaban y se lamentaban de que el gobierno inglés obligaba á sus conciudadanos á tomar parte en esta deplorable lucha? Sir Roberto Peel pronunció estas palabras: «*No soy ni he sido nunca partidario de don Carlos, pero por mi parte de-*

»testo con toda mi alma, y repruebo enérgicamente las crueldades que han deshonrado la España en esta lucha: se limitan mis deseos á que no tomemos parte en esta lid deplorable, y que salgamos de la triste posición en que actualmente nos hallamos.» Esta declaración fué acogida por un torrente de aplausos, tanto en los bancos ministeriales como en los de la oposición.

En esta época fué cuando Lord Mahon profirió aquel concluyente dilema que habría debido decidir á la nación inglesa á dejar que don Carlos defendiese libremente su causa y siguiese el curso de sus victorias: «Una de dos, dijo: ó la Reina tiene á su favor la mayoría de la nación, y en tal caso no necesita auxilios extraños para sofocar la insurrección, ó su causa no es popular, y el envío de 12,000 auxiliares ingleses no asegurará su triunfo ni servirá más que para concitar contra nosotros el sentimiento de odio y reprobación con que se mira en España cualquier intervención extranjera.»

Sobre la intervención inglesa, añadió Sir Rober-



to Peel: «Por mi parte dudo mucho del éxito de la guerra que en este instante ayudamos á la Reina á sostener; porque si este gobierno necesita de extranjeros socorros para reprimir una insurreccion en las montañas, no puede tener gran confianza en su solidez y triunfo definitivo. En resumen, estoy convencido de que la actual administracion ha cometido una grave falta, permitiendo que un cuerpo considerable de soldados ingleses fuese á servir bajo las banderas de una potencia extranjera, y sobre todo autorizando un modo de enganche como el seguido para la legion auxiliar enviada á España; porque cualquiera que sea el éxito de semejante demostracion no puede ser más que perjudicial á este país. En efecto, si nuestro cuerpo de auxiliares es derrotado, resultará una mancha para la nacion inglesa y el carácter nacional; y si de resultas de su derrota aumentais este cuerpo hasta 20,000 hombres, por ejemplo; si entonces lograrse inclinar la balanza al lado de la Reina en los campos de batalla, y volviese á Inglaterra triunfante y poseido del orgullo de la victoria, no quiero disimular que

vería con recelo los peligros que pudieran resultar de la existencia, en el seno del país, de dos ejércitos pertenecientes ambos á la misma patria, pero unidos á sus oficiales con distintos lazos.»

Algunos dias despues, el marqués de Londonderry, interpeló al ministerio para averiguar qué reclamaciones se habían hecho en favor de veintisiete oficiales carlistas ingleses hechos prisioneros por los cristinos á bordo de la *Isabela Ana*: dirigióle por su lentitud vivas quejas; y exclamó:

«Insisto en decir que desde el momento en que se recibió la noticia de la captura de estos veintisiete oficiales hasta el dia presente, nuestro gobierno no se ha ocupado en este asunto con la solicitud y energia convenientes: y así vemos que á pesar de su intervencion los veintisiete oficiales acaban de ser trasladados á Puerto-Rico, que no es otra cosa que una especie de Botany-Bay (1), donde probablemente su suerte será se-

(1) Poblacion colonial donde tiene Inglaterra sus presidiarios.

mejante á la de los condenados á presidio por toda su vida. ¿Y qué? ¡La Inglaterra auxilia actualmente con su oro y con su sangre al gobierno de la Reina de España, le envía convoyes de armas y municiones por la enorme suma de 500,000 libras esterlinas; y por precio de tantos sacrificios nuestro gobierno no ha adquirido en el consejo de la Reina ni áun la suficiente influencia para obtener la libertad de veinte y siete infelices prisioneros! ¡Pero segun ya tengo dicho, no se trata en este negocio únicamente del honor de nuestro gobierno, sino tambien de los intereses de la humanidad: efectivamente los carlistas tienen en su poder 300 oficiales cristinos: y se creerá que si se trata á los suyos de una manera tan bárbara, no usarán á la vez de represalias! De este modo veremos perpetuarse los horrores que hasta hoy han ensangrentado la guerra civil en la Península; estamos doblemente interesados en la cuestion ahora que tenemos una legion inglesa comprometida en la lucha: lo que yo pido, es una manifestacion de parte de la cámara, que impulse á nuestro gobierno á

insistir en que el derecho de gentes y los de la humanidad sean respetados por los partidos beligerantes en España.»

El mismo día preguntó sir Roberto Peel al ministro si era cierto que la madre del general Cabrera hubiese sido fusilada por los jefes superiores de la Reina; y contestó el vizconde Palmerston: «No he recibido todavía sobre este punto comunicacion alguna oficial, pero tengo entendido que el hecho desgraciadamente es positivo: debo añadir que yo deploro tanto como pueda cualquier miembro de la Cámara estas infernales atrocidades; pero que por otra parte tambien es desgraciadamente positivo que las esposas de cuatro oficiales cristinos han sido fusiladas por los carlistas en represalias del asesinato de la madre de Cabrera.»

Por más que aquí se esfuerce el ministro en probar que si los generales de Cristina se han hecho culpables de una accion indigna de la humanidad, los carlistas les han aventajado en atrocidades, no es menos cierto que nunca los carlistas se han mostrado tan feroces como los

revolucionarios; y á pesar de todas las falsas imputaciones con que se han complacido en abrumarlos, es ciertísimo que nunca han sido los primeros en dar ejemplos de barbarie. Si alguna vez han sacrificado á los prisioneros ó se han negado á dar cuartel á los enemigos vencidos, ha sido siempre por represalias, y porque se han visto obligados á obrar así para que el temor de semejante suerte impidiese á los revolucionarios el dar muerte sin piedad á los prisioneros carlistas. ¡Recuérdese el terrible decreto de Mina, este edicto sanguinario que hacía recaer la pretendida falta de los padres sobre los hijos y la de los hijos sobre los padres, y que no menciona otra pena que la de muerte! Compárese el decreto por el cual Cristina manda fusilar á su cuñado, en cualquier parte donde se le encuentre, con las palabras llenas de indulgencia de este buen Príncipe, y deberáse convenir, á despecho de todas las calumnias que se han inventado, en que se desconoció el verdadero carácter de don Carlos.

Pero prosigamos el curso de nuestras pruebas históricas, y veamos con qué fuego, con qué ener-

gía y al mismo tiempo con qué dolor, deplora el noble lord Aberdeen las inauditas crueldades ejecutadas por los cristinos; crueldades que á menudo obligaron á los carlistas á usar de represalias para hacer respetar en su favor el derecho de gentes.

«El único objeto de mi mocion es delinear el deplorable carácter de la guerra peninsular, supuesto que nos interesa esta cuestion no sólo como hombres sino tambien como ingleses, ya que la Inglaterra participa especial y virtualmente de una causa y una guerra deshonradas con atrocidades inauditas en la historia de las naciones civilizadas. Es un hecho notable que este carácter feroz y sanguinario se manifestó desde el principio de la lucha: nadie ha olvidado que el duque de Wellington fiel á su carácter y á sus principios humanitarios, hizo una tentativa para poner término á estos excesos, estableciendo un regular sistema de cange de prisioneros, y que esta tentativa tuvo un éxito completo; pero desgraciadamente las cosas han cambiado mucho despues. Pregunto yo ahora, ¿qué se ha hecho el tratado de Elliot? No es mi intencion la de molestar á la

Cámara con una narracion detallada de las atrocidades y excesos de toda clase que han ensangrentado esta deplorable guerra civil; estos excesos no han hecho más que ir en aumento, y en el dia es tal el carácter de esta guerra, que avergonzaría á las tribus de salvajes y caníbales. Me limitaré á citar un hecho reciente; el asesinato de la madre de Cabrera.

»El honor de Inglaterra, repito, y el de nuestro gobierno aliado al de la Reina están interesados en que deje de lastimarse la humanidad y la Europa culta con el espectáculo diario de atrocidades tan repugnantes: me complazco en persuadirme que el actual ministerio ha comprendido los deberes de su posicion y que no ha descuidado su cumplimiento; pero bueno es que la Cámara y el país no abriguen duda alguna sobre este punto; y por este motivo pido que se entregue á la secretaria una copia de la correspondencia habida entre nuestro ministro de negocios extranjeros y el gobierno de la Reina de España, á fin de poner coto al carácter feroz y sanguinario de la guerra civil en la Península.»

El duque de Wellington manifiesta que la legion extranjera, lejos de contribuir á la pacificacion de España, no ha hecho más que agravar el mal provocando un edicto severo de parte de don Carlos y haciendo ineficaz el tratado de Elliot; que don Carlos no estaba en rigor obligado á comprender en este tratado á los auxiliares ingleses y que si lo hizo fué por mera concesion; que la intervencion del gobierno no podría ser eficaz hasta tanto que hubiese retirado la legion auxiliar; que desde el momento en que los soldados reunidos bajo las órdenes del general Ewans habrían abandonado el teatro de la lucha, el gobierno inglés recobraría toda la autoridad de una situacion neutral é independiente, y que sólo entonces podrían producir buenos resultados todas las manifestaciones que crea deber hacer.

Si es exacto que sin esta intervencion la causa de don Carlos hubiera triunfado fácilmente ¿quién, pues, la había reclamado? Los ministros de Cristina se declararon formalmente contrarios á toda suerte de intervencion (1), pues que miraban

(1) Mientras cínicamente la solicitaban.

como un deshonor el recibir socorros de una Potencia extranjera para establecer la soberanía de Isabel; era esto demostrar claramente su debilidad y su ineptitud. Copiaremos literalmente un artículo de la *Gaceta de Madrid* del 22 de Marzo de 1836.

«Háse hablado mucho estos últimos días de intervencion extranjera: los ministros de S. M. declaran que se considerarían indignos y traidores contra el más sagrado interés de la patria, contra el honor nacional, si despues de haber reclamado grandes sacrificios del heróico pueblo español y haberlos obtenido (!!!) llegasen tan sólo á concebir la idea de reclamar la intervencion de una Potencia extraña.

«Cien mil hombres se han pedido á la nacion y los ha concedido sin dificultad ni demora: han sido instruidos y armados con una celeridad sin ejemplo; se les incorporó á nuestro valiente ejército, y han obedecido con entusiasmo. ¿Como puede suponerse que unos ministros que han desechado la intervencion en época menos ventajosa, recurrirán al apoyo extranjero despues de

haber promovido un movimiento general tan grande? Es esto imposible: PREFERIRÍASE MORIR MÁS BIEN QUE MANCHARSE CON TAL INFAMIA. Jamás la intervencion ha sido menos necesaria que en los actuales momentos; porque jamás ha sido el ejército de S. M. más numeroso, ni ha dado más legítimas esperanzas de buen éxito.»

Dos dias despues de este artículo anunciaba Córdoba á sus soldados en una orden del dia la cooperacion de la escuadra inglesa contra los carlistas, y estos fieros españoles que HUBIERAN PREFERIDO MORIR MÁS BIEN QUE..... no se avergonzaban de manifestar el entusiasmo que esta buena noticia les causaba.

El mismo dia, con objeto de divertir ó calmar al pueblo de Zaragoza, se sacaban de la cárcel á tres carlistas condenados la víspera á la deportacion y se les mataba para ofrecer un agradable espectáculo á aquel pueblo feroz.

Algun tiempo antes que la legion auxiliar de Argel entrase en España, se pregonaba altamente que el gobierno francés debía abstenerse de cualquier intervencion, en el estado que entonces

tenía la guerra civil de España, porque si atravesase los Pirineos un ejército francés, fuera temible que volviese á fermentar el antiguo germen de odio oculto entre los españoles, y que estos miraran al Pretendiente como el jefe de la causa nacional contra los extranjeros y sobre todo contra los franceses; que al paso que estaba enfriado el entusiasmo de los cristinos, era probable que la llegada de veinte ó treinta mil franceses fuese considerada como una usurpacion; y que como este ejército no seria bastante numeroso para dominar todas las resistencias, las provocaría por el contrario y manifestaría en tal caso sentimientos hostiles á la Reina la mayor parte de la poblacion neutral. «Hay otra consideracion, se añadía que no debe despreciarse: ¿es acaso creible que la Rusia y la Prusia no se aprovechasen de una invasion francesa contra don Carlos, para incitar á millares de sus súbditos á que entrasen al servicio de este príncipe, de modo que entonces la Península se convertiría en el campo de batalla de la guerra general entre principios opuestos? ¿Y quién sabe si la Bélgica fuera muy pronto un

nuevo teatro de la misma lucha? La guerra civil de Navarra y Vizcaya no puede terminarse con provecho para la España, y sin comprometer la seguridad de Europa, sino por los esfuerzos del gobierno de la Reina secundados por los sacrificios de la nación: todo lo de esta guerra demuestra que el auxilio extranjero aprovecharía muy poco al gobierno de la Reina, al paso que opinamos que socorros más cuantiosos arrastrarían tras sí una confusión general.»

Poco tiempo después la legión extranjera de Argel mandada por el coronel Conrad llegaba á España.

¿Todas estas fuerzas auxiliares han contribuido á pacificar la Península? ¿han impedido los excesos y han acabado con los desórdenes? de ningún modo: sólo han servido para prolongar por mucho tiempo la lucha, sosteniendo al partido de Cristina y poniéndose en el caso de poder resistir á los esfuerzos del Rey. Pero el principio de su gobierno no fué por esto más sólido, ni tuvo el ministerio suficiente influencia para contener los desórdenes: de manera que el señor de Isturiz,

ex-ministro, invitado nuevamente á entrar en el gabinete, contestó: «Hay además consideraciones políticas que me disuaden de entrar en el ministerio. Observo con dolor que carece de las cualidades indispensables á todo gobierno, puesto que para poder gobernar bien es preciso ser justo y fuerte, ni puede haber felicidad sin fuerza. Hemos visto reproducirse los desórdenes y propagarse de una á otra provincia, y quedar impunes estos actos escandalosos. La Comision se limita á decir sobre este punto que deplora tamaños males, y guarda silencio sobre cuantos hechos de semejante naturaleza tienen de amargo y de penoso: no hablaré á las Córtes de los trastornos de que han sido teatro Barcelona y Zaragoza; pero no puedo omitir un acto que hace estremecer no sólo á los españoles sino tambien á todas las naciones extranjeras: hablo de la atroz crueldad de que fué víctima la madre de Cabrera (1). ¿Por qué la Comision no ha dicho ni una sola palabra

(1) Hablaba el mason Isturiz despues de saberse lo ocurrido en la Cámara inglesa. Hacer que hacemos.

de indignacion y reprobacion acerca de ello? ¿Quién no ve en este instante á la madre de Cabrera y á una multitud de víctimas cuya sangre cae gota á gota sobre la cabeza de los ministros? La comision guarda un silencio profundo, no osa decir que el ministerio con su marcha ha hecho la abdicacion del poder, pues que no solamente permanece pasivo ante todos los desastres de las provincias, sino que al mismo tiempo deja obrar impunemente á los que en ellos están bajo sus órdenes. Yo apruebo los elogios que prodiga la comision á nuestro valiente ejército, pero quisiera que nos dijese el gobierno si reciben buen trato las tropas, si falta algo á los generales, si hay ó no quejas: á nadie acuso; no hago más que pedir explicaciones..... El proyecto de contestacion habla rápidamente sobre los poderes necesarios para negociar, y me parece que no debemos colocarnos espontáneamente en un terreno tan difícil y peligroso como es el de una cooperacion extranjera.»

El señor Flores Calderon añadió en apoyo de lo que acababa de decir el señor Isturiz: «No pue-

do conceder mi apoyo á los actuales ministros, porque el orden, la libertad y los intereses materiales nada han adelantado desde que están en el poder; no hay ninguna garantía de orden, puesto que es preciso venir á Madrid para sentir la acción del gobierno. Creemos que el asesinato de la madre de Cabrera ha tenido hasta cierto punto un *carácter legal*, pero no es el ministerio quien nos lo ha dicho; ha guardado silencio, y se ha asociado de este modo á la falta cometida; si se hubiese explicado, si hubiese podido alegar buenas razones, la Cámara de los lores y el gobierno inglés no habrían atacado tan vivamente á la nación. La libertad no ha hecho ningun progreso, ni hay derecho alguno garantido; en cuanto á la guerra civil es en Navarra más temible que nunca, y si se logran algunas parciales ventajas es porque se ha seguido un plan opuesto al del señor presidente del Consejo.»

Durante esta época hubo ministro en Inglaterra que no temió vanagloriarse de los beneficios de la intervencion, y como se le pusiese á la vista el cuadro desgarrador de tanta infame carnicería

ría, osó contestar con un aplomo propio de la más perfecta tranquilidad: «Señores, el tratado de lord Elliot está siempre en vigor, el duque de Wellington y sus amigos pueden felicitarse por haber con este tratado arrancado á una muerte cierta millares de víctimas; pero los distritos donde estas atrocidades se cometen en este instante no van comprendidos en el pacto.»

En la misma época resonaban en la tribuna francesa los nobles acentos del marqués de Dreux-Brézé, con motivo de la petición de un crédito de 1.200,000 francos para cubrir las más precisas obligaciones de las que impusieran á la Francia sus compromisos diplomáticos con la España. «Veo aquí todavía, exclamó el noble diputado, una situación violenta, un estado que no es natural, un conflicto entre dos principios igualmente heridos por la línea que se ha seguido: diré aquí todavía: elegid entre la insurrección y la soberanía real; entre la soberanía del pueblo y el derecho hereditario monárquico. Si la insurrección y la soberanía del pueblo podían resolver en la Península la cuestión, ¿á qué este tratado de la

cuádruple alianza que hace inclinar la balanza hácia uno de los dos partidos? ¿á qué estos subsidios, á qué estas armas, estas municiones? ¿á qué estas legiones extranjeras enviadas para sostener una causa que sólo un débil apoyo encuentra en la nacion? Si el trono habría sido ocupado por su natural heredero, sin este socorro, sin estas legiones de extranjeros mercenarios, ¿no podrá decirse que estos medios comprimen los deseos de los españoles, que sumen á un país en una lucha cruel y que se ha atacado la nacionalidad de este pueblo, mientras que se finge interesarse, bien que de un modo irrisorio, por la nacionalidad polaca? Y atended, señores, que tan ligeramente se han comprometido en esta cuestion española, que bien pronto la Francia tendrá allí dos enemigos en vez de uno, y que la España monárquica...»

«La España ofrece en este momento la anarquía en el órden político, la desorganizacion en el órden religioso, la bancarrota en la Hacienda, la más cruel guerra civil, y por último una política feroz, pusilánime y ridícula; feroz en su conducta por lo que toca á la lucha intestina, pusilánime

en sus relaciones con el exterior, y ridícula por el misterio en que envuelve sus actos el jefe del gabinete de Madrid. Y, ¿es un semejante estado de cosas lo que nosotros protegemos y favorecemos; hemos de asociarnos á esta formidable anarquía que está á punto de asentarse en las Cámaras legislativas de la Península; es compatible esto con el honor y el decoro de la Francia (1)...?

»En el interior, debemos votar subsidios para combatir las tendencias revolucionarias, descubrir los complots, frustrar las tentativas anárquicas, mientras que en el exterior sostenemos con los mismos subsidios lo que hemos de combatir en Francia. Tenemos así dos líneas de política opuestas y con su dotación y salario cada una; tenemos agentes de policía en París para desbaratar los complots de los anarquistas, y agentes de policía en Perpiñan y Bayona que de hecho favorecen á los cristinos ó anarquistas españoles. Tal

(1) Debía distinguir el orador entre el decoro de la Francia y la infamia de Luis Felipe de Orleans que usurpaba su trono, y de quien es digno descendiente el Conde de París.

conducta me parece inconcebible, y no acierto á fijar cuánto este triple sacrificio grava el presupuesto de la guerra por el ejército de observacion, al del interior por los fondos secretos, al de nuestro comercio por la prohibicion de nuestras mercancías, sacrificio que ni aún es provechoso á la causa á que queremos servir, puesto que su situacion no ha hecho más que empeorar de dos años á esta parte: nada, pues, lo repito, justifica en el interés político estas relaciones y este apoyo á que estamos condenados por el tratado de la cuádruple alianza.

»Ya que está aniquilado nuestro comercio con la España, ¿acontece lo mismo con las relaciones comerciales de Inglaterra con la Península? Todo lo contrario: crecen diariamente y se han aumentado con cuanto nosotros hemos perdido. Los últimos años de la restauracion fueron señalados por un extraordinario movimiento comercial é industrial; entonces se fundaron estas relaciones tan provechosas á la Francia; entonces la España llegó á ser uno de los más pingües mercados para los productos franceses: el tratado de 28 de

Abril ha venido á destruir estas preciosas relaciones, y para demostrároslo me apoyaré en documentos oficiales publicados por el gobierno, en los estados de comercio.»

Aquí el orador demuestra que el año 1834 ofrece en comparacion del anterior una disminucion de más de once millones, que ésta no ha podido menos de ser mayor en 1835 por la intensidad de la guerra civil y las órdenes de 3 de Julio y 26 de Marzo último. Despues de haber dicho que esta pérdida la soportan exclusivamente las provincias meridionales, ó sean cinco ó seis millones de habitantes, añade:

«Si se consideran estos hechos bajo un punto de vista elevado, subordinándolos á una idea general, se concebirá fácilmente que á más de las pérdidas enormes que acabo de demostrar, nos conduce nuestra participacion en el tratado de 28 de Abril á la destruccion de las relaciones internacionales con tanto trabajo fundadas, y que tan difícilmente se restablecen, despues de haberse destruido.

»Al abrigo de estas circunstancias la Inglaterra

se enriquecía con nuestros despojos; á medida que nuestro comercio con España iba menguando, tomaba el suyo aumento; la actividad de sus agentes diplomáticos en Madrid y Lisboa es inalterable; toda su política se resume en los tratados de comercio. Ya las cámaras portuguesas discuten sobre uno de ellos, y España acabará por condescender á las instancias de la embajada inglesa.

»Hé aquí como suscribiendo el tratado de la cuádruple alianza nos hemos impuesto la obligación chocante de destruir nuestras relaciones mercantiles con la Península, estableciendo un ejército de observacion muy dispendioso y secundando en consecuencia las operaciones especulativas de la Gran Bretaña.

»Con la firme resolución de no aceptar responsabilidad alguna en actos de tal naturaleza voto contra el crédito demandado.»

Sobrada razón tenía el orador al afirmar que se arruinaba el comercio de la Francia: era una verdad indisputable á lo menos por todo el tiempo que había de durar la guerra, porque habiendo en la línea de los Pirineos una vigilancia rigurosa,

nada podía pasar por aquella cadena de montañas, en razon á que de todo se hubiera infaliblemente apoderado el ejército de don Carlos. ¿Qué objeto, pues, se proponían las dos grandes potencias al establecer aquella vigilancia? ¿No era privar al Rey de todos los recursos que podían llegarle de la Francia ó del Norte, y que no le era dado esperar por otras vías cuando la escuadrilla inglesa custodiaba todos los puertos? Pues bien, la Francia procedía de buena fe y observaba rigurosamente la letra del tratado: nada pasaba por la frontera: si hubo alguna tentativa, quedó sin efecto, los géneros eran aprehendidos y los contrabandistas encarcelados. El comercio de la Francia era pues enteramente nulo en toda la extension de la frontera de España ocupada por numerosos destacamentos carlistas.

Pero la Inglaterra, que por un lado enviaba una legion para combatir á los carlistas, que suministraba á las tropas de Cristina armas y municiones de toda especie, que ofrecía á disposicion del gobierno de Madrid su artillería de marina, sus artilleros y bajeles: suministraba tambien á las

tropas de don Carlos armas y municiones en abundancia, logrando así alimentar el fuego de las discordias civiles. Hé aquí un hecho que ha llegado á nosotros por conducto seguro y sobre el cual no es posible por otra parte alimentar dudas: porque reducido don Carlos á sus propios recursos ó á los que pudiera encontrar en Navarra, Cataluña, y en las demás provincias que le habían permanecido fieles y acataban su soberanía, ¿hubiera podido jamás armar y equipar tan gran número de hombres, hubiera podido encontrar tan considerable número de cañones como los generales de Cristina se vanagloriaban en los partes de haberle cogido? ¿Quién le hubiera facilitado esa inmensa cantidad de proyectiles de que sus valientes soldados sin interrupcion inundaron el suelo de su ingrata patria? Lo que hay de positivo es que los franceses vigilaban cuidadosamente en tanto que los ingleses hacían su negocio.

Despues de una larga enumeracion de las desventajas que la Inglaterra ha hecho sufrir á la Francia en sus relaciones mercantiles, dijo el duque de Fitz James en las Cámaras francesas:

«¿Cuál es el punto de vista culminante en que podré colocarme para descubrir las ventajas que hasta el día ha recogido la Francia, de su alianza con Inglaterra? ¿A cuál punto del mundo hemos comparecido que no hayamos secundado los intereses de nuestra aliada? Veamos si tal vez en la Península.

»Regido estaba el Portugal por un Rey á quien dominaba una idea fija: quería emancipar á su país del yugo de Inglaterra que por espacio de un siglo estaba soportando; sin calcular tal vez sus fuerzas y sus medios, habíase ilusionado con la gloria de restituir á Portugal el rango que en otro tiempo ocupara entre las naciones de Europa; quería que no fuese ya más una colonia inglesa.

»Este *crimen* le mereció el dictado de monstruo con que le calificó un ministro inglés, cosa que no me admira; pero que un ministro francés constituyéndose en eco de aquél repitiese á su vez, que don Miguel era un monstruo, no sin mucho trabajo puedo comprenderlo. Como quiera, la Inglaterra arrojó sobre Portugal todos los fuegos de la guerra civil, armó al hermano contra el

hermano, batióse el parche de recluta en Londres, Bruselas y París, según se ha dicho, y muy luego vomitóse sobre aquel desgraciado país, un tropel de hombres sin conciencia, vagabundos y perdonavidas, que prestando su apoyo al furor de los partidos encarnizados, organizaron en todas partes el latrocinio y el asesinato y dieron, en fin, la victoria al vengativo enojo del gobierno que los tenía á sueldo.

»Tales son los beneficios que esa Inglaterra amiga de los pueblos, ha derramado sobre el Portugal su antiguo aliado: preciso era que en Inglaterra se bebiese vino de Oporto; preciso que los propietarios ingleses de los viñedos de Oporto pudiesen descansar tranquilos y sin zozobra; preciso castigar al Rey rebelde que había osado soñar en la independencia de su patria: preciso, en fin, y sobre todo, que el pueblo portugués perdiese su nacionalidad, convirtiéndose en esclavo del pueblo inglés..

»Si pregunto qué ha ganado la Francia con ese resultado que el gobierno creyera de su deber asegurar interviniendo, se me contestará sin du-

da, que hemos tenido el honor de levantar en Lisboa un trono constitucional. Me abstengo, señores, de todo comentario, pero recelo mucho que el ejemplo de la Península es bastante para desengañar á los pueblos y á los reyes que desearan instituciones constitucionales.

»En otro motivo se pretende fundar aquella intervencion, motivo que he oido alegar dentro mismo de nuestro país. Se ha dicho que había justicia y moralidad en restituir la corona á su verdadero poseedor, restableciendo lo que se ha querido llamar legitimidad de doña María. ¡El restablecimiento de la legitimidad! Vosotros convenireis, señores, en que no era esta la consecuencia que de la revolucion de Julio se podía esperar. Pero tal vez las cosas se han llevado mucho más allá en España: allí se ha prestado el apoyo de la Francia al acto más absoluto que jamás tal vez haya emanado de una testa coronada, al acto de un rey viejo, que dominado por una reina joven y ambiciosa, usando de una autoridad soberana, ha trastornado las leyes del reino y cambiado el orden de sucesion al trono, quizás no se ha adver-

tido que las CORTES llamadas para consolidar el famoso ESTATUTO REAL, fueron convocadas á corta diferencia con las mismas formas indicadas en las demasiado célebres ORDENANZAS de Julio. En Lisboa, la legitimidad: en Madrid el absolutismo; ¡hé aquí la obra del gobierno de Julio! En verdad, señores, que pasan en el mundo cosas muy originales.

»Al fijar la vista sobre la desventurada España, ¿no tengo el derecho de deplorar el papel mezquino que allí estamos representando? Las causas que impulsan á la Inglaterra para intervenir en los negocios de España se explican por sí mismas: Inglaterra aspira ahora á lo que aspiraba á principios del último siglo, cuando intervenía en las guerras de sucesion, enviando un ejército á sostener las pretensiones del archiduque de Austria contra Felipe V; á lo que aspiraba doce años atrás cuando amenazaba á la restauracion con todos sus enojos, si se atrevía á entrar en España; aspira á remontar los Pirineos allanados por Luis XIV, dominar el gabinete español, anonadar la influencia que sobre él ejerciera la Francia ha más de un si-

glo, para reemplazarla con la suya, y por fin, introducir libremente los productos en los mercados españoles expulsando de ellos los nuestros, que las gentes preferían, por efecto de un hábito que ahora van perdiendo. Concíbese fácilmente que la realización de esta idea, que de mucho tiempo era objeto predilecto del gobierno inglés, le valiese á lord Palmerston y al ministerio wigh un voto de gracias del parlamento; pero, ¿á qué citar al ministerio wigh? No se habrá escapado á vuestra perspicacia que el ministerio tory (1), en el corto tiempo que ocupa su puesto, ha seguido con relacion á España el mismísimo sistema de su predecesor, ni habreis olvidado las palabras de Mr. Peel, cuando transformándose en miembro de la oposicion, protestó en el seno del Parlamento sus antipatías á la causa de don Carlos y su afeccion al ministerio Mendizábal. ¡Ah! Consiste eso en que en Inglaterra no hay matices políticos cuando se trata de la cuestion que á todas las demás seño-

(1) *Tory* equivale á *conservador* y *wigh* á *reformista* ó *liberal* avanzado.

rea: wigh, tory, radical, todó es lo mismo, todos están de acuerdo cuando se trata de perjudicar á la Francia.

»Mas que un ministro francés haya podido determinarse á trabajar en la construccion de esa obra anti-francesa; hé aquí lo que no alcanzo á comprender, lo que no podrá merecer crédito á las futuras generaciones. Y sin embargo, para obtener ese resultado, tres años hace que tenemos á nuestros soldados con el arma al brazo en las crestas de los Pirineos, y causamos enormes pérdidas al comercio de nuestras provincias pirenaicas, cuyas dolientes quejas habeis oido por el órgano de mis dignos amigos Lavielle y Dugabé. ¿Y con qué pretexto? Para impedir las remesas de dinero á don Carlos, cuyos empréstitos se negociaban públicamente y quizás tambien en París, y el arribo de municiones de guerra á su campamento que estaba de ellas sobrante por las compras que hacían á los ingleses, los cuales tambien se los hubieran vendido á los cristinos, lo mismo que á un tercer partido si se hubiese presentado en el campo de batalla.

»El señor presidente del Consejo ha contestado á mis honorables amigos que el pase de municiones de guerra se hacía por contrabando y contra la voluntad de los ingleses. El señor presidente ha querido sin duda chancearse; S. S. sabe tambien lo que sucede en Inglaterra; sabe que si por consecuencia de los incidentes de la guerra, el comercio inglés experimentase la menor restriccion, se levantarían las más vivas reclamaciones en el seno del Parlamento, el cual tratándose de semejante materia, la antepondría á la órden del dia: sabe que así como nuestros buques procedentes de Burdeos y de otros puntos, con cargamentos que ninguna semejanza ni relacion tienen con las municiones de guerra, son detenidos en Pasajes y otros puertos del norte de España (se le ha probado y nada ha tenido que replicar), los buques ingleses entran y trafican libremente en todos los puertos de Galicia, Astúrias y Vizcaya.

»No ignora, por fin, que Gibraltar se ha convertido en un vasto depósito donde se acumulan mercaderías inglesas, que diariamente se introducen en las provincias meridionales de España,



en tanto que en el Norte se impide todo comercio con nuestras provincias del mediodía en la mar por la escuadrilla inglesa, y en las fronteras por la oficiosa solicitud de nuestros valientes soldados, á quienes siquiera por vergüenza se debería mandar quitar la escarapela francesa, mientras se hallen condenados al triste oficio de aduaneros ó gendarmes ingleses..... En cuanto á la cuestion política, se ha hecho entrever á la Francia la ventaja que reportaría estableciendo en España instituciones análogas á las suyas; el gobierno se ha dejado seducir con la esperanza de establecer en Madrid un sistema conforme al que nos rige, un sistema de JUSTO MEDIO; ardid por cierto no muy sutil en que quiso caer el gobierno, sin tomarse tiempo para meditar si había en España elementos para tal sistema, y si podría haber reglas comunes entre un país donde pasiones desenfrenadas rugen con el ánsia de chocar y devorarse mutuamente, y la Francia fatigada ya de todo, hasta del odio y de las venganzas.

»¿Qué piensa ahora el ministerio? ¿No conoce todavía que en España todo es ó blanco ó negro y

que una media tinta sería una quimera? ¿Cree todavía en el variable afianzamiento del trono constitucional de la INOCENTE ISABEL? ¿Y si mañana su telégrafo, veraz por la vez primera, le anuncia que la Constitución de 1812 ha surgido en el seno de las Córtes? Nada más indiferente para la Inglaterra que continuaría haciendo su negocio con el jefe de la nueva república, cualquiera que fuese su nombre, como lo hace ahora con su agente Mendizábal y como lo haría mañana con don Carlos, si mañana obtuviese el triunfo. Pero vosotros, ¿qué actitud tomaríais ante la España republicana? ¿No os dolería que el resultado de tantos esfuerzos fuese una república, cuyo primer cuidado sería ponerse en inmediatas relaciones con esta otra república que aquí perseguís á muerte, la misma que habeis combatido en nuestras calles y plazas públicas, que creéis ahora tener encadenada y que cada dia os revela su existencia por nuevas tentativas que os hacen temblar? ¿No derramaríais entonces lágrimas de sangre, al pensar que la noble y generosa Francia tendría el derecho de acusaros y deciros: ¿Por qué me

hicisteis auxiliar de los verdugos que Mina tiene á sueldo y de los asesinos de la madre de Cabrera?

«.....¿Qué clase de consideraciones, pues, podrían impedirme de hacer aquí en el seno del Parlamento, en presencia de mis colegas, la manifestacion de mis deseos por el triunfo de don Carlos? Sí, lo declaro en alta voz, mis votos son por ese príncipe, que, solo, atravesó la Francia para arrojarse en los brazos de su pueblo, diciéndole: «Hé aquí mi corona que vuestros esfuerzos «sabrán defender: hé aquí mis derechos que son «la garantía de los vuestros; vengo á vivir con «vosotros, á combatir con vosotros, y á morir con «vosotros, si necesario fuere, defendiendo las «antiguas leyes de España.»

El Duque de Noailles probó á su vez cuán pernicioso era para la Francia destruir la grande obra de Luis XIV, negándose á restablecer la Pragmática de Felipe V, y demostró el riesgo que había de que ascendiese al trono de España un príncipe extranjero y destruyese las buenas disposiciones de este país con respecto á la Francia.

Sentimos en el alma que los estrechos límites

del círculo que nos hemos trazado no nos permitan copiar íntegros los excelentes discursos de Mrs. Berryer, Dreux-Brézé y otros, al igual de los de tantos nobles lores que no tuvieron reparo en reprobar la irregular conducta de los ministros de Inglaterra con respecto á don Carlos. Su derecho á la Corona era incontestable; su conducta con los enemigos era noble y generosa: recuérdese lo que pasó en Huesca, y se verá cuán noblemente sabia este príncipe vengarse de sus más encarnizados enemigos.

En 24 de Mayo de 1837, la expedicion mandada por S. A. R. el Infante don Sebastian, entonces capitán general, llegó á la vista de Huesca: componíase el ejército de 16 batallones y 12 escuadrones, en todo 14,000 hombres y entró en la ciudad sin disparar un tiro: habíala abandonado los cristinos y urbanos al saber la aproximacion del ejército real, dejando en el hospital únicamente á los heridos que no podían soportar las fatigas de la marcha.

No podemos dispensarnos en este lugar de hacer mencion de la *venganza* de S. M. D. Cár-

los V contra el obispo de Huesca, para confundir la injusticia de los que han osado apellidarle «sanguinario.» Hallábase aquel obispo en el Estamento y votó con los demás próceres la muerte del Rey y la confiscacion de sus bienes. Al aproximarse el ejército carlista, fuese por indisposicion, por falta de tiempo, ó tal vez por pura confianza en la generosidad del monarca, el obispo permaneció en su puesto y envió su coche al Rey, que no lo aceptó, aunque le mandó dar las gracias. Solicitó despues la gracia de besar la Real mano y S. M. le hizo dar por respuesta que nada tenía que temer, y mandó que se le pusiese guardia en su palacio. ¿Es así como se vengan los reyes sanguinarios? Compárese la conducta noble y bondadosa de este monarca prudente con la de sus enemigos, que en 14 de Setiembre del mismo año incendiaban una aldea, sin otro motivo que el de haber abrazado muchos jóvenes de ella la causa de Carlos V.

No es posible recordar sin horror las persecuciones sin cuento que se ejercieron contra los fieles partidarios de Don Carlos: el sangriento

decreto de Mina es una prueba de esta verdad. ¿Y ese otro decreto que condena á muerte al Rey legítimo? ¿Y esa cruel ejecucion de la inocente madre de Cabrera, y esa destruccion abominable de los edificios sagrados? La venta de 937 conventos, el asesinato y la dispersion de los religiosos y de las monjas; la fundicion ó venta de las campanas, los bienes en fin, de la Iglesia enajenados ó dilapidados; las propiedades de los eclesiásticos confiscadas en beneficio del gobierno; los ornamentos y vasos sagrados de los templos arrebatados y vendidos á vil precio! Los cuadros preciosos y otros monumentos de las artes hechos objeto de un tráfico culpable, puede todo esto derivar de una voluntad soberana, firme, justa y discreta?

¶ Pero todos estos sacrilegios, todas estas abominaciones religiosas y políticas que hubieran debido unir en un solo haz á cuantos amaban la Religion y las tradiciones de la Patria, no diéron tan feliz resultado. Léjos de ello al lado de los sencillos que solo sabian luchar y morir por su Rey intrigaban los *hábiles* que pretendían ¡necios! engañar la Revolucion, sin ver que á esta hija de

Satanás se la confunde mas no se la engaña. El golpe de audacia de Arciniega no dió grandes resultados; el Rey empezó á vacilar á impulsos de la excesiva benevolencia y ante su irresolucion embravecieronse las pasiones y el grito de ¡sálvese quien pueda! estaba en el corazon de todos, por más que los lábios se engañasen á si mismos con bélicas protestas y cánticos de triunfo. Por su parte los *ilustrados* iban ganando el corazon del Rey, y, puestos de acuerdo con los funcionarios diplomáticos del Extranjero, intrigaron hasta obtener la destitucion de don Juan Antonio de Guergué y llamamiento de Maroto. Guergué por su parte, aunque piadoso y fiel á toda prueba, habiendo sacrificado por la causa su persona y toda su fortuna, no supo desplegar en aquellas circunstancias la necesaria energia y vendido una y otra vez sostuvo no sin gloria la bandera de la legitimidad.

Durante su mando rindióse Isaba en el valle de Roncal, rechazóse en 1.º Diciembre (1837) á Espartero de la línea de Zubiri y establecióse el bloqueo de Bilbao; enviáronse al interior de España las expediciones de don Basilio Anto-

nio García que penetró hasta Jaen y entró en Almaden (26 Marzo 1838), teniendo ocupadas numerosas fuerzas enemigas desde 12 Enero en que salió hasta adelantado el mes de Mayo; por estas épocas dirigióse á Aragon la expedicion Torragual y á Castilla las del Conde de Negri que entró en Segovia (6 de Abril), y la de don Cárlos Andéchaga poco afortunada; su éxito fué escaso, pero entretuvieron al enemigo, protegieron las victoriosas operaciones de Cabrera y alentaron las fuerzas carlistas que al mando de Merino, Balmaseda, Palillos y otros pululaban en las Castillas, llegando á alarmar á la Córte revolucionaria, y dejando sentir su influencia hasta Galicia donde los carlistas se apoderaron en Abril de Tuy. En Provincias apoderóse Guergué del fuerte de Nanclares, perdiéndose empero el de Belascoain, en el que entró don Diego de Leon, el cual entregóse á incendios y devastaciones en Allo y Dicastillo (1), de donde le hicieron retirar con grandes pérdidas las fuerzas carlistas y

(1) Mas tarde dió cuenta de ellas siendo fusilado por sus colegas liberales, por haber intentado allanar el Real Palacio de Madrid. Pertenece á la pandilla moderada.

en 17 de Junio era derrotado en Ramales el ejército liberal. Eleva hasta el heroísmo la importancia de tales hechos el tener que luchar Guergué no ya con los liberales, sino con los amigos de Elío, Zaratiegui y otros jefes procesados en Arciniega que promovían asonadas y tumultos en el Ejército realista, á los que se unía la insubordinacion de algunos disfrazada de intransigencia y los manejos y el oro de los cristinos é intrigas palaciegas de las *eminencias* de la Corte de Oñate, que esperaban á Maroto como un nuevo Mesias sin que á estas horas pueda dudarse del masonismo de muchos de tales *ilustrados*. Guergué, villanamente vendido, perdió en 20 de Junio la importante posicion de Peñacerrada ó Ulizarra, ganada durante el mando de Uranga y el Rey creyó deber ceder á los clamores de sus *fieles* súbditos, conformándose cual resignada victima á llamar á Maroto y este aceptó la gefatura del Real Ejército al que llegó rodeado de ese prestigio de que la secta sabe rodear á sus ídolos. Y no obstante, hay motivos para creer que Maroto amaba al Rey y hasta el último momento estuvo

regateando las condiciones de su traicion en provecho de su víctima; mas ¿cómo detenerse en la pendiente del mal cuando se ha encadenado la voluntad con los infames lazos del masonismo?

El nombramiento de Maroto no era inopinado, pues hacia dos meses que el Rey cediendo á consejeros pérfidos ó sobradamente cándidos le había admitido. Gozaba de suma intimidad con don Carlos el togado don Juan Manuel de Arizaga y este miserable era gran amigo de Maroto y si no nos consta su harto probable iniciacion masónica, es sobrado elocuente la recomendacion que de él hizo Espartero al admitirle en el convenio de Vergara y dice así: «Los servicios que este digno consejero ha prestado, son tan atendibles que merece por ellos remuneracion y la consideracion del Gobierno.» Maroto además supo atraer á su devocion al Padre Cirilo Alameda, ignorándose por qué medios, y asimismo el convenio de Vergara nos muestra entre los traidores al médico de Cámara don Mateo Obrador.

No tardó mucho don Rafael Maroto en realizar la consigna de la secta; so pretexto de reorgani-

zar el ejército carlista mantúvole inactivo, mientras derramaba oro, cuyo origen se desconocía, para pagar al soldado y tenerle más á su devoción, facilitando así la corrupción en el ejército realista por los más activos disolventes que se conocen, el ócio y la abundancia. Espartero en tanto aprovechaba el tiempo y en 15 de Julio apoderábase por fuerza de Labraza, entre Viana y Lodosa, mientras Maroto por su parte evacuaba varios puntos en el condado de Treviño y la Rioja alavesa; no creyó prudente Espartero atacar á Estella como le mandaban desde Madrid y despues de haber avanzado con grandes fuerzas retrocedió de las inmediaciones de Estella á Logroño, lejos de molestar la retirada del enemigo salió de Estella hácia Durangó, colocándose de él á respetuosa distancia. En vano el miserable calumniaba á los ministros y en especial á Arias Teijeiro acusándoles de que entorpecían su acción, porque documentos que la Historia ha recogido prueban que Arias Teijeiro fué bastante cándido para abrigar intimidad y confianza con Maroto á quien el Rey apreciaba, por más que no creye-

se oportuno darle el mando superior del ejército.

Mucho comprometían al traidor los jefes leales, pertenecientes los más al calumniado bando apostólico, y entre ellos el general don Francisco García en Navarra y los heróicos Merino y don Juan Manuel Balmaseda en Castilla la Vieja, provincia de Soria, especialmente; estos últimos eran el terror de las hordas liberales, derrotando las fuerzas que se les oponían así del ejército como de la milicia y entrando en importantes poblaciones; la conducta de Maroto en Estella y la seguridad del candillo liberal de que no había que temer por parte de aquel, permitióle salir con sus fuerzas contra Merino y Balmaseda, los cuales debieron refugiarse en Provincias, donde el último fué objeto de la enconada saña de Maroto salvándole un resto de energía del abatido Monarca.

Mientras el nuevo general en jefe no se atrevía á luchar con el titulado Duque de la Victoria so pretexto de la desorganizacion del Ejército realista, García y otros jefes leales combatían con éxito siempre que podían escapar de la inspeccion de

Maroto, que les ataba de brazos ordenándoles movimientos sin objetivo. En 16 de Setiembre era derrotado en la Poblacion el general don Isidoro Hoyos con pérdida de 400 hombres; en 19 del propio mes el bravo García destrozaba al segundo de Espartero, Alaix, y á Ezpeleta haciéndoles perder más de mil hombres y apoderándose de caballos y armamento; el 20 otra fuerza carlista pasaba valerosamente el Ebro y entraba por fuerza de armas en Arnedo y otros pueblos, Maroto en tanto dejábase vencer en los Arcos por las fuerzas cristinas en 2 de Octubre. En vano hay quien pretende juzgar benévolamente á Maroto considerando su traicion como hija en parte de la malevolencia de los llamados *apostólicos*; la Historia nos presenta á este jefe como hombre blasfemo, soberbio y corrompido, iniciado en la francmasonería y traidor desde un principio á las doctrinas tradicionalistas, lo cual independiente-mente de los hombres había de conducirle á ser traidor á la persona del Rey, á menos que éste fuese traidor contra sí mismo apostatando de sus creencias y convicciones; y es lástima que ciertos

historiadores católicos que parecen dudar de la perversidad de aquel mónstruo, no se fijasen en su constante inquina contra el elemento que llamaremos clerical, en el lenguaje usado en públicos documentos en que es frecuente hallar alusiones injuriosas á los sacerdotes ó religiosos, que por lo menos eran inoportunas, finalmente en el coro de aplausos con que los historiadores masónicos presentan á Maroto como carlista leal é inteligente y valeroso lanzado á Vergara por el ódio de los *fanáticos*. (1). Por este tiempo llegó á las Provincias la segunda esposa de don Carlos, la virtuosa Princesa de la Beira, con el Príncipe de Asturias, don Carlos Luis, simpático jóven de 20 años; su llegada fué objeto de jubilosas demostraciones por parte del pueblo, los *ilustrados*, empero, temiendo que la piedad de la Reina fortaleceria el prestigio de los elementos sanos de la Côte y en especial del Obispo de

(1) Dos obras tenemos en que se expone este criterio: la venenosísima «Historia de la guerra civil» de Pirala, harto elogiada por Gebhardt y la «Historia de España» que forma parte de la coleccion titulada: «Panorama universal,» las más de cuyas obras son abiertamente impías y algunas prohibidas por la Iglesia.

Leon, promovieron el descontento en el Ejército, criticando el casamiento de don Carlos y el aumento de gastos que ello traeria consigo, pretendiendo gobernar la vida privada del Rey no de otra suerte que en nuestros tiempos hemos visto á otros *leales* carlistas, más ricos en *Fé* que en obras, negar á su Egregio Sucesor lo que á ningún cacique constitucional se niega, esto, es el derecho á nombrar sus Ministros ó Representantes.

Desde principios de Enero de 1839 la traicion hizose tan notoria que es muy difícil explicar satisfactoriamente la ceguera de don Sebastian, Elío, Zaratiegui, Villareal, La Torre, Cabañas, Silvestre, Negri, y otros que desde un principio unos, y en últimos de Febrero los demás, formaron el Estado Mayor General del Ejército ó tuvieron en éste importante mando. En vano el Rey más tarde hallándose desterrado en Francia pretendió en su bondad sincerar la conducta de algunos de ellos, la Historia no puede eximirles de la tacha de ineptitud y de irresolucion, y aunque es de temer rebasasen las líneas de la caridad

y de la prudencia los que los acusaban de masones, los hechos nos los muestran engañados ó acobardados por éstos, no sabiendo ó no atreviéndose á luchar de frente contra la secta y sus notorios secuaces; creyendo quizá, lo cual en tradicionalistas es á la par necedad y sacrilegio horrible, poder explotar aquélla en provecho de la causa. Nos confirma esta sospecha lo ocurrido más tarde en San Carlos de la Rápita (1).

En 15 de Enero de 1839 Maroto tuvo larga conferencia con don Miguel Paniagua delegado de Espartero, é interrogado acerca de ella por Arizaga le dijo claramente que se trataba de convenio; en tanto Espartero expulsaba á los carlistas de las poblaciones que ocupaba para aumentar los apuros de las Provincias, en las que se refugiaban los infelices expulsados, y asolaba el país, á este sistema de terror y crueldad oponía Maroto

(1) De semejantes tipos quedan aún ejemplares, que son muy *carlistas*; y al propio tiempo gozan de influencia entre liberales ó dirigen publicaciones de color indefinido; no debe juzgarse temerariamente de los tales, pues muchas veces pecan sólo por ligereza; pero la prudencia manda tener por sospechoso á todo carlista poco aficionado á curas y frailes; tales carlistas son muy peligrosos, si no por malos por tontos, que en política es peor á veces.

la inacción más completa trabando la iniciativa de los leales y oponiéndose á todo combate con pretexto de reorganizar el ejército y preparar grandes planes.

Lo burdo de la trama hizo estallar la pública indignación, pero faltó prudencia y abnegación á los leales; en vez de obrar con sigilo y en ocasión oportuna dar noblemente la cara y arriesgar la vida denunciando paladinamente al Rey la vileza de su General, se acudió á la conspiración y al anónimo, se extremó además la acusación extendiéndola á personas de quienes á la verdad era arriesgado sospechar deslealtad, por más que no podía disculparseles de ineptia; verificóse una vez más el evangélico adagio de que los hijos de las tinieblas son más astutos que los hijos de la luz, y gracias á la infame delación de algunos miserables supo Maroto que su traición estaba descubierta, y se decidió á ahogar tal descubrimiento en la sangre de sus autores.

Trasladóse al efecto á Estella con alguna fuerza y en la noche del 17 de Febrero eran arrestados los generales García (don Francisco), Guergué,

Sanz y Carmona, el intendente Uriz y el oficial Ibañez, y á las once de la mañana del 18 «sin oírseles siquiera, ni dárseles más tiempo que el »de tres cuartos de hora para confesarse, fueron »fusilados y enterrados en las eras llamadas del »Puig, los mismos que una hora antes eran reverenciados y temidos como los caudillos principales y el apoyo más firme que don Carlos, el clero »y el fanático vulgo podían tener.» Así habla un masónico escritor, amigo de Maroto, á quien elogia, y hemos citado sus palabras para que nadie crea recargamos las tintas de tan negro cuadro. Fueron, pues, asesinados sin forma alguna de juicio aquellos ilustres mártires, no menos dignos ciertamente que el bravo Zumalacárregui de que se perpetúe su memoria en público monumento; temiendo Maroto sus revelaciones, decretóse la inicua sentencia en un consejo de generales, sin oírles y sin más oposicion que la de Silvestro y el Conde de Negri, que tuvieron no obstante *abnegacion* para continuar sirviendo á las órdenes del asesino.

Maroto publicó una indecentísima proclama in-

sultando á sus víctimas y lanzando envenenadas alusiones contra los religiosos, y en 20 dió parte á don Carlos de lo sucedido en términos provocadores. El Rey alentado por Arias Teijeiro y algun otro, dió el 21 un decreto; en él exoneraba de todo grado á Maroto declarándole traidor. Pero este desusado rigor fué poco duradero; súpose en efecto que Maroto con sus fuerzas se dirigía hácia el Real en actitud hostil, los ministros y palaciegos instaban al Rey para que se retirase á Segura, mas no faltó quien decidiese al Monarca con mengua de su dignidad y seguridad á que esperase al rebelde y su soldadesca, y Maroto allanó en efecto la Real estancia y arrancó de don Carlos la revocacion del decreto de 21 de Febrero, el destierro de los ministros y otras personas de la confianza del Rey, y la rehabilitacion de Elío, Zaratiegui, Gomez y otros jefes sumariados: á todo se avino el desdichado Monarca y consumada tan triste abdicacion, dejóle Maroto para celebrar distintas entrevistas con los delegados de Espartero, de las que no hacía ya misterio alguno, antes tuvo el cinismo de hablar en consejo de genera-

les del proyectado *convenio* y éstos la flemma de escucharle. Espartero en tanto fué saliendo de su inaccion y á últimos de Abril empezó el ataque de la línea de Ramales, de donde Maroto había retirado con tiempo al valiente coronel don Joaquín Sacanell, que se vió separado del servicio por batallador, defecto no penado en las ordenanzas militares; la toma de Ramales dió fáciles laureles al ejército liberal, el 8 de Mayo y el 11 rendíase el fuerte de Guardamino y no tardaron en caer en manos de los cristinos el valle de Carranza y fuerte del Molinar y fundición de Gariezo, los fuertes de Belascoain y Ciriza y los reductos de Nuestra Señora de Mendia y de Gamarra, siendo derrotado D. Joaquín Elio, por D. Diego de Leon. Llegado Junio ocuparon los liberales á Orduña, Valmaseda, Amurrio y Arciniega y vinoles muy bien á los obcecados ó criminales émulos de Maroto, para excusar los reveses que siguieron á éstos, el alzamiento del 5.º batallón de Navarra tristemente conocido por su insubordinacion, alzamiento que fomentaron bajo cuerda los liberales y del cual creyeron poder aprovecharse el cura Echeva-

rría y don Basilio Antonio García para provocar una reacción contra Maroto, empresa en que había fracasado en Febrero, á raíz de los asesinatos de Estella, el heróico Balmaseda. Los alzados de Etulain dieron el grito de ¡viva el Rey! y ¡muera Maroto!; pero á pesar de este grito nos inclina á creer dice verdad en este punto el escritor Pirala, la circunstancia de figurar entre los alzados don Luís Arreche (álias) Bertache, espía infame de los cristinos. ¡Menguado era el medio para la noble empresa que Echevarría y don Basilio Antonio García se proponían! pero más menguados los que, no sabiendo sacudir la tutela de Maroto cuya traición preveían y reprobaban, seducían á su Príncipe con ilusorias esperanzas, cifrando toda su fidelidad en cubrir con sus tropas la línea por la que Maroto conducía su Rey á la ruina, ó se entregaban á necias y criminales cábalas con el gobierno revolucionario de Francia en favor de la *fusion dinástica*, sueño eterno en nuestra España de católicos tibios y de masones taimados, con algun político, más honrado que concedor de la época y de los hombres.

Hay, en efecto, razon para afirmar que mientras la masonería que llamaremos progresista, á que pertenecían Espartero y Maroto desde que unidos militaron en el Perú por los años de 1820, aspiraba á terminar la lucha civil bajo la proteccion de Inglaterra, mediante un *convenio* que solidase la posicion de Espartero y de los elementos ultra-liberales, la francmasonería moderada, heredera directa de los anilleros de 1820 á 1823, bajo los auspicios del Gran Oriente Nacional de España y ostentando como nombre de guerra el de Jovellanos, apoyábase en el gobierno orleanista de Francia, tendiendo asimismo á destruir la causa católica en provecho de una monarquía constitucional conservadora, aceptando la *fusion dinástica* y los fueros de las Provincias vasconavarras. Maroto en un principio y por un resto de afeccion á don Carlos se inclinaba á esta última solucion y aún celebró en París una entrevista con el mariscal Soult, empero la resistencia de Espartero y de Inglaterra y las circunstancias que iban extremándose é impulsando á Maroto á precipitar la realizacion de su infame proyecto,

moviéronle á entregarse incondicionalmente á su hermano Espartero, salvándose sólo y áun con mutilaciones y reservas los fueros vascongados. Entonces empezó á hablarse en el mismo Real de abdicacion de don Carlos y formóse un tercer partido que, fuese por deslealtad de alguno ó en los más para engañar y dividir á los liberales, maniobra las más veces cándida y contraproducente, afectó recoger la bandera de la *fusion dinástica* á que, vimos ya, era afecto don Sebastian y pretendió arrastrar á sus miras al Principe de Astúrias sin que felizmente lograrse este objetivo por entonces, pero sí el de entibiar y dividir las fuerzas leales. Para semejantes intrigas servia maravillosamente el personal diplomático carlista en las Córtes extranjeras, entre el que figuraba en París don Pedro Gomez Labrador y en Nápoles Alvarez de Toledo, traidores ambos á la causa realista en 1822 y enamorados de las soluciones liberales; á ellos debió Maroto en gran parte su nombramiento, como tambien á algunos *títulos* realistas, en quienes el orgullo nobiliario se sobreponía al celo religioso y les hacía ver con repugnancia el

carácter popular del alzamiento carlista. Ni se limitaban los masones moderados á dejarse querer de los carlistas de poca fé, antes bien por mediacion del Marqués de Miraflores fomentaban la insurreccion de Muñagorri al grito de ¡paz y fueros! á fin de separar el interés provincial de la causa tradicionalista y consumir la ruina de ésta.

Ha habido empeño en atribuir al alzamiento de Etulain la ruina de la causa carlista; nosotros empero reconociendo que la empresa de Echevarría y don Basilio fué raquítica en sus medios, floja en su marcha y tardía en su oportunidad, defectos de que con otros peores suele adolecer todo lo que se sale del carril de la cristiana obediencia al poder legítimo, siquier sea discolo, nos bastará la reseña que antecede para dejar probado hasta la evidencia la falsedad de tal aserto.

Don Cárlos salió en persona contra los alzados de Etulain, dueños ya de Vera, donde estaban cercados por las fuerzas de Elío y Zaratiegui, y despues de larga conferencia entre el Rey y el cura Echevarría, que no dió resultado, el Rey ordenó á Maroto avanzar contra los rebeldes, si

bien despues revocó la órden deseoso de evitar la efusion de sangre. Maroto entonces expuso al Rey su deseo de renunciar el mando, pero éste no se atrevió á aceptarle la renuncia y el traidor avistóse con Espartero en 23 de Agosto, dando dos dias antes una bélica proclama á su ejército para ocultar su felonía.

En tanto Espartero iba alternando los tratos para la paz con las operaciones de guerra; en 2 de Agosto entró en Vitoria obligando á los carlistas á retirarse de sus cercanías y abandonar las obras de Areta y el fuerte de Arroyabe, ocupó despues la línea de Villareal que Maroto defendió con gran flojedad; en 14 de Agosto abandonaba el Conde de Negri el Castillo de San Antonio de Urquiola con su artillería; el 20 ocupó el enemigo á Urbina y Ochandiano y el 22 á Durango; sólo Elío dió aún un dia de gloria á la causa monárquica derrotando el 23 á Leon en Ciranqui.

Por fin el 25 de Agosto tras una entrevista de Espartero y Maroto tuvo éste el cinismo de transmitir al Rey las siguientes proposiciones de Espartero; Reconocimiento de don Carlos María Isidro de

Borbon como infante de España, fueros y reconocimiento de grados, empleos y condecoraciones del ejército con facultad á Maroto de proponer ascensos. Sublevóse al fin ante tan brusca proposicion la dignidad del Monarca y mandó expedir la siguiente proclama:

«Voluntarios: un acontecimiento extraordinario, que no tiene ejemplar en la historia de nuestro pais, mancillaría la gloria que con tanta justicia habeis conquistado en esta lucha heróica, si algunos de entre vosotros continuasen en la desercion á que se les ha inducido. So pretexto de la paz, se ha abierto al enemigo la entrada de vuestro suelo y los laureles de que habeis sabido cubriros van á ser reemplazados con las cadenas de la esclavitud y la ignominia de la derrota. Vuestra lealtad ha sido sorprendida; las proposiciones hechas al Rey N. S. son indignas de vuestra decision, y vuestros pechos generosos no pueden abrigar la idea infame de abandonarle á las manos de sus enemigos. ¡Y sin embargo, á esto se reduce la paz, á cuyo nombre algunos de vosotros han sido seducidos para ataros vilmente al

carro de la revolucion! Voluntarios: salvad al Rey, recordad vuestro heroismo de seis años y no lo mancheis con la vergüenza del delito. Una paz que tiene por precio la abdicacion del Rey á quien prestais vuestros juramentos, una paz convenida entre jefes militares, sin autorizacion, ni garantía, ¿qué puede ser sino una perfidia para apoderarse del país que no pudieron dominar por las armas? Desengañaos, esta es la traicion más infame que han visto las generaciones: antes la muerte que la sumision. La causa de Dios está en peligro lo mismo que la del Rey, y vosotros habeis jurado defenderlas con honor y con constancia. Vosotros sois leales por excelencia, sois valientes, sois héroes. Voluntarios: ¿qué más puedo deciros? ¡Viva la Religion! ¡Viva el Rey!

Villafranca, 26 de Agosto de 1839.

JUAN MONTENEGRO.

Á seguida de esta proclama, marchó el Rey sin dilacion á Elgueta y tras un consejo de generales en que se hallaban don Sebastian, Casa-Eguía y

Silvestra, se acordó revistar las tropas de Maroto, como sin dilacion lo efectuó don Carlos V. Recibiónle los primeros batallones castellanos con entusiastas gritos de ¡viva el Rey! pero á una seña de Maroto procuraron los oficiales moderar el impetu de los soldados, y empezaron á oirse gritos de ¡viva Maroto! y ¡viva la paz! los generales que rodeaban al Rey, tuvieron sangre fría para tolerar que Maroto hiciese señas á las tropas, y para dejar perder la oportunidad que el entusiasmo de los primeros batallones castellanos les ofrecía el Príncipe estuvo sobradamente irresoluto y la consecuencia de este paso fué tan sólo desprestigiar al Monarca y sellar su moral abdicacion. Retiróse don Carlos precipitadamente á Villafranca, donde se hallaba la Princesa de la Beira, la cual con varonil entereza reprochó la debilidad que se habia mostrado con Maroto; el Rey despues de haber nombrado General en jefe de su Ejército al Conde de Negri, que fué preso por las tropas de Maroto, designó para tal cargo al infante don Sebastian, hijo de la Princesa de la Beira ó hijastro de don Carlos, y nombró jefe

de Estado Mayor al Conde de Casa-Eguía, confiando á los generales Guibelalde, Iturriza y Castor Andéchaga la reorganizacion de las fuerzas; no era el Infante hombre señalado por su fe inquebrantable, ni menos por su espíritu intransigente, ni podia por ello inspirar entusiasmo á la ñecaida y vendida tropa; así debió de comprenderlo don Juan Echevarria, el cual se presentó al Rey y le hizo ver la necesidad de jugar el todo por el todo, y aquellos jefes que tanta paciencia habían tenido con Maroto ante los asesinatos de Estella y las entrevistas con Espartero y aún en la rebelion de Elgueta, resintiéronse de las palabras del Vicario general castrense y empezaron á llover dimisiones que acabaron de desconcertar el ya harto descompuesto Ejército Real.

En tanto Maroto avistábase con Espartero y el 31 de Agosto consumábase la indigna traicion de Vergara, mediante las bases de procurar Espartero, se respetasen los fueros, y la más interesante para aquellos miserables, del reconocimiento de grados y empleos; ni una reserva hicieron los traidores en favor de la Religion, por la que decían

batirse, ni en pro de su Rey; suscribiéronle La Torre, Urbiztondo, Iturbe, Toledo y Linares á los que se agregaron don Fernando Cabañas, ex-ministro de la Guerra y don Ignacio Lardizabal, con otros muchos; siendo los más peligrosos los que unidos con secretos vínculos á los convenidos continuaron empero al lado de la Real Familia y aún acompañáronla á la emigracion.

El Rey en tanto rodeado de las fuerzas alavesas y navarras que se le habían mantenido leales y de algunos otros batallones, formando un total de 12,000 hombres, celebró un Consejo de generales en el que se trató de reemprender la lucha en las Provincias, ó de atravesar el Aragon; reuniéndose con el victorioso ejército de Cabrera. La Historia nos presenta á estos generales con una flojedad llena de misterio, á pesar de que alguno de ellos, como Elío, acababa de batir al enemigo; ello es que desalentados empezaron á dispersarse las tropas fieles. Echevarría, despreciado por los *prudentes*, debió abandonar las fuerzas sublevadas de Vera, y éstas, quedando sin jefes y en el furor de la desesperacion, entregáronse á depreda-

ciones y violencias, muriendo á sus manos el general Moreno, acusado de huir á Francia con grandes sumas de dinero, lo que no aparece comprobado, y don Carlos, seguido de más de seis mil hombres y de sus generales, se internó en Francia por Urdax el 14 de Setiembre á la una de la tarde, sosteniendo un vivo fuego con las fuerzas de Espartero que les perseguían; con él, vendidos más que vencidos, abandonaban el suelo natal seis mil valientes, magnífico cortejo para un Monarca victorioso, cuanto más para un Rey caído. Jamás los usurpadores han podido mostrar parecido acompañamiento. Cristina, desterrada de España poco despues de terminada la guerra civil, entraba en Francia con escasa servidumbre; no más numerosa acompañaba en 1868 á la que se llamó Isabel II, y si el hijo de ésta domina en España, débelo á bayonetas encadenadas por la disciplina y el temor á la Ordenanza, no al espontáneo arranque de corazones entusiasmados; hubo sí quien dió dinero para el motin de Sagunto; pero aún así y todo, nadie ignora á cuán pingües negocios dió ello origen. La expa-



triacion de Urdax es por sí todo un poema, y aunque triste, gloriosísimo epílogo de la heroica lucha de los siete años; ella mostró pequeños á los políticos y generales de don Carlos V y engrandeció á éste por su constancia y al pueblo español por su fé y su lealtad.

Hemos enaltecido la constancia del Monarca, y en efecto ella aparece inquebrantable y digna de admiracion: tratábase para don Carlos V de su porvenir y el de su familia; aún vencido como Rey habia que salvar su fortuna como padre, no le faltaron tentadoras proposiciones, y en su misma Côte políticos desleales ó miopes, alguno de ellos vistiendo religioso hábito, que más tarde cambió por el arzobispado de Toledo, y la púrpura cardenalicia, representaban al Rey la necesidad de ceder en bien de la Religion, de la Pátria y del Rey mismo; además del Maroto traidor habia muchos leales *marotos*, dispénsese la frase; la palabra *convenio* era oida sin repugnancia, simpatizaba con ella hasta el mismo Cabrera; del Conde de España, no cabe dudar que trabajó en tal sentido, sin que aparezca probado llegase

hasta la traicion (1), como se ha supuesto. Los *ilustrados*, los *nobles*, todos en fin los que no se resignaban á ser *vulgo*, los soberbios, en una palabra, pareciéndoles poco digno morir como ovejas, aspiraban á vencer como zorras, pretendiendo neciamente engañar al bando liberal; bandera comun de tales tibios y maleantes era la abdicacion de don Carlos V y el enlace del Príncipe de Asturias con doña Isabel, lo cual comparaban neciamente con los Reyes Católicos doña Isabel y don Fernando, como si el enlace de éstos hubiese unido al Rey y á la usurpadora, ó como si doña Isabel de Castilla hubiese sido Reina de moriscos y judaizantes, ascendien-

(1) Lo que sí es cierto es que estaba en secretas relaciones con el liberal baron de Meer, sirviendo de intermediario entre otras personas de más fuste un tal Buenaventura Berengueras de Oristá; es no menos cierto que frustró dando largas al asunto, el plan de poner al frente del Ejército de Cataluña al Conde de Montemolin; finalmente sus crueldades, la inaccion en que tuvo el Ejército y el incendio innecesario de las poblaciones carlistas de Gironella y Olvan, unido todo á la actitud rebelde del Conde contra la realista Regencia de Urgell en 1822 y contra los realistas de 1827, dieron motivo, más ó menos gratuito, á las acusaciones de masonismo que provocaron su criminal asesinato, negra mancha de la historia de los carlistas de Cataluña.

tes de nuestros liberales, y don Fernando representante único de los españoles católicos; pero los *ilustrados* no se paran en tales menudencias. Amenazó al Rey grave excision en su propia familia. Maroto y los *marotos* llegaron á deslumbrar al Conde de Montemolin, en quien la hidalguía de su corazon estaba mal defendida por la inexperiencia de la edad; el Príncipe supo empero sobreponerse al influjo de sus consejeros y conservarse sumiso á su Padre, pero la dañina influencia de aquéllos debía llevarle á abdicar sin gloria en Tortosa y á morir desastradamente en Trieste engañado por un *convenio*, en que figuraban desde Elió al mason don Juan Prim, y aún la mismísima doña Isabel. La expiacion de San Carlos de la Rápita, en que la rama legítima estuvo á pique de perderlo todo, hasta el honor, es el aviso de la Divina Justicia contra nefandas *fusiones dinásticas* que serían heréticas confusiones y anti-patrióticas componendas; con la rama revolucionaria no hay más avenencia que matarla ó morir.

Nada puede justificar la tibieza é irresolucion

de los generales, que á don Carlos rodeaban; en Navarra manteníasele fiel la guarnicion de Estella, que no se rindió hasta el 20 de Setiembre, lo propio que el castillo de Guevara; y los ejércitos de Cataluña y de Aragon y Valencia, al mando el primero del Conde de España y de Cabrera el último, se encontraban en un pié de guerra respetable y envalentonados por sus triunfos. En efecto, tomado Vilavella y derrotados en Rialp los liberales en Enero de 1838, siguióse en Marzo la derrota de los milicianos de Reus y el sitio de Gandesa que debió ser evacuado por aquéllos, bien que sufriendo los carlistas durante el mes de Abril, la pérdida de Ripoll, la derrota de Tristany y de Segarra, que entonces mandaba en jefe las fuerzas de Cataluña, y la pérdida del castillo de Oris, tomado por el baron de Meer; rehiciéronse las fuerzas carlistas, entrando en Monistrol de Monserrat, cuya guarnicion fué acuchillada, y destrozando los milicianos de Cornudella. Llegado en esto el mes de Julio, hizose cargo del mando en jefe del ejército de Cataluña el Conde de España, llamado por la *fraccion aristocrática*,

á cuyo frente figuraba el Conde de Fonollar, fraccion harto inclinada á componendas. Poco afortunado fué en sus comienzos el nuevo caudillo, perdiendo los realistas á Solsona, donde entró el baron de Meer en 27 de Julio; á poco experimentan los liberales una séria derrota en Villafranca del Panadés, y tras algunos meses de extraña calma, durante los que el Conde de España ofreció á Cabrera, poner á sus órdenes el ejército de Cataluña, lo que rehusó Cabrera, y entrado el año 1839, apoderáronse los carlistas de la importante villa de Pons en 16 de Marzo, éntRANDO á viva fuerza en Manlleu en 28 de Abril y derrotando en 1.º de Mayo al general Carbó; siguióse á estos hechos la gloriosa toma de Ripoll, manchada como todos los triunfos del Conde de España, con largo séquito de incendios y asesinatos, y cuanto más sonriente se mostraba la victoria para las armas carlistas, el Conde de España mandó suspender, á pesar de los protestas de algunos jefes, toda operacion con pretexto de reorganizar el ejército, á pesar de lo cual en el mes de Agosto de 1839, hallábanse las fuerzas leales catalanas

á las puertas mismas de Barcelona, al mando del valeroso Ibañez, que desde 1827 venía luchando por el Altar y el Trono. Ni aún la perfidia de Vergara fué parte á entibiar su ardimiento, como lo probaron el ataque de Camprodon en 24 de Setiembre y la toma de Moyá en 9 de Octubre, á la que siguió la rendición de Castelltersol. Coincidió con estos últimos hechos la llegada del emisario enviado á París por la Junta del Principado para obtener del Gobierno carlista, que allí se había establecido despues de la emigracion, la destitucion del Conde de España, de quien andaban todos harto quejosos por su tibieza y apatía en las operaciones militares y su feroz crueldad; fué éste comisionado don Antonio Espar de Orgañá, íntimo amigo y confidente que había sido en 1827 del heróico jefe realista don Juan Rafi Vidal (1), fusilado por el Conde de España. Por desgracia infames agentes masónicos, movidos por Aviraneta, propalaban noticias gra-

(1) Así resulta del manuscrito de operaciones de don Juan Rafi Vidal, que nos ha proporcionado uno de sus dignísimos descendientes, que luchó en la pasada campaña de 1872, fiel á las gloriosas tradiciones de su familia.

vísimas contra el Conde, avivaban el ódio y aun atemorizaban á muchos ponderando lo terrible de la venganza que tomaría éste en cuanto se viese en libertad; preparado así el terreno, no fué difícil impulsar á algunos miserables para que mancharan con un alevoso asesinato el acto legal y justificado de su destitucion; ocurría este lúgubre suceso en 2 de Noviembre de 1839.

Ni aun este trágico episodio que llenó de asombro y de indignacion á los honrados realistas catalanes, pudo contener su bélico entusiasmo; no así la Junta y el general don José Segarra, procedente de las filas liberales, á quien se confió el mando, los que sentíanse desconcertados y sin prestigio ante el crimen cometido contra el Conde de España, y quizá á ello contribuyó la actitud de Cabrera, que desde los primeros momentos mostróse dispuesto á vengar el asesinato, en el que la Junta de Cataluña no tenía otra responsabilidad conocida que su debilidad y la confianza que depositó en su vocal don Narciso Ferrer (1), principal

(1) Ferrer apostató en la emigracion haciéndose protestante y revolucionario.

fautor del atentado. Segarra, íntimo amigo de Ferrer y hombre flojo hasta lo sumo, mantúvose apartado del mando activo, dejando que interinamente lo desempeñara don Ignacio Brujó, el cual en 14 del mismo mes de Noviembre, derrotó á las fuerzas liberales que al mando de Valdés, Capitan general nombrado por Cristina, habían entrado un convoy en Solsona, siguiéronse varios otros encuentros, alguno de ellos importante, como el de Timbas en el Ampurdan y la pérdida de Alpens y Vidrá en que entraron las fuerzas liberales; hubo aún un dia de gloria para las armas realistas á primeros de Febrero de 1840 en que Brujó venció al jefe liberal Buens que acababa de entrar otro convoy en Solsona. El asesinato del Conde de España, como suele acontecer con todo crimen, fué funesto á las armas catalanas. La traicion del Conde, aún dado que hubiera podido llegar á tal extremo, habría á lo más anticipado de algunos meses el éxito de la lucha, pero salvado el honor y prestigio de los realistas catalanes: además, venía en ocasion en que todas las fuerzas del Norte caían

sobre Cabrera y su ejército, y el ejército de Cataluña desconcertado y dividido, privado de oficiales pundonorosos que fueron destituidos por haber sido fieles al Conde de España, con un jefe que vacilaba en aceptar la sangrienta herencia de su antecesor, con otro jefe honrado como Brujó, pero interino, y careciendo por tanto de solidez y prestigio para dominar tan enmarañada situación, perdió un tiempo precioso, mantúvose casi á la defensiva cuando convenía una actitud ofensiva audaz y aunque fuese imprudente, y Cabrera, resuelto y á abandonar la lucha, pudo presentarse como víctima y conservar su prestigio de héroe que tan funesto habia de ser más tarde á la causa de la Religion y del Rey. Falta fué, y grave, de la pretenciosa *fraccion aristocrática* dar el mando de Cataluña á un hombre de los antecedentes del Conde de España, constante enemigo del tradicionalismo en 1822 y 1827, como hemos visto, cruel hasta la extravagancia y mediocre militar, aunque dotado de grandes dotes como organizador; pero una falta no se remedia con un crimen, y la Providencia permitió

quedase una vez más probado con la pérdida de la causa en Cataluña, cuando aún no se había entibiado el valor y entusiasmo de los carlistas catalanes, el conocido adagio: «No hay buen fin por mal camino». En efecto; habiéndose encargado Segarra del mando del ejército, fué en 23 de Abril de 1840 derrotado en Peracamps por el liberal Van-Halen, que había sucedido á Valdés, y trató de adelantar las negociaciones que tenía entabladas para obtener un convenio como el de Vergara, cuya traicion no pudo llevar á efecto por la llegada de Cabrera que había debido abandonar el Maestrazgo; entonces Sagarra se pasó al enemigo, y Cabrera, por hacer que hacemos y porque la fogosidad de las tropas catalanas le obligaba á continuar su papel de héroe por fuerza, mostróse resuelto á defender á Berga, donde entró en 8 de Junio al frente del ejército del Centro y con orden del Rey de que asumiera el mando del de Cataluña.

Si halagüeña era la situacion del Ejército Real de Cataluña, en Setiembre de 1839, efectuada ya la traicion de Vergara, no lo era menos la situa-

cion de la lucha en Aragon y Valencia. Durante los meses de Marzo y Abril de 1838 tuvo lugar la frustrada sorpresa de Zaragoza por el jefe calista Cabañero, la derrota de la guarnicion liberal de Molina y la entrada de las tropas de Cabrera en Calanda, Alcorisa y Samper, no acaeciendo hechos de gran importancia durante algunos meses, hasta que en Agosto Oráa y otros caudillos emprendieron el sitio de Morella, operacion que debieron abandonar en 19 del propio mes con numerosas pérdidas, siendo perseguidos en su retirada por el victorioso ejército de Cabrera; despues de una excursion productiva á las comarcas de Valencia y de Falset, Cabrera presentó combate en Maella el 1.º de Octubre á la columna de Pardiñas; murió este jefe y la columna fué destrozada haciéndosela 5,000 prisioneros, el 25 del propio mes rendíase á los carlistas el fuerte de Villamalefa y el 16 de Noviembre entró el general carlista en Calatayud; por su parte el padraastro de Cabrera recorría la costa con algunos barquichuelos armados. Entrado el año 1839 Cabrera obligó á Van-Halen á levantar el sitio de

Segura en 6 de Abril y en 17 del mismo mes apoderóse de Alcolea del Pinar, obligando á los liberales á evacuar á Utrillas en 26 de Mayo; tomado por el liberal O'Donell el fuerte de Tales, en 1.º de Agosto, amargóse para los cristinos la victoria al ver destruida la columna de Ortiz en Chulilla el dia 2 y el 31 quedaba completamente destrozada en Carboneras la division del ejército liberal que operaba en Cuenca.

Ocurrida la traicion de Vergara, Espartero con su ejército pasó al Bajo Aragon y Cabrera debió luchar contra aquella avalancha de tropas numerosas, aguerridas y entusiasmadas con el éxito; Cabrera contuvo sus esfuerzos hasta adelantado Noviembre, con ayuda de Balmaseda y Palacios; cuya heroica campaña pareció eclipsar el valor y pericia del caudillo tortosino; éste decaía visiblemente, había perdido la fe en el triunfo de la causa y sólo buscaba una honrosa salida. El asesinato del Gobernador de Segura, acusado de traicion, y el del Conde de España en Cataluña mostróle con brusca claridad el estado de los ánimos, y perdida Segura en 23 de Febrero empezó su

hábil campaña de retirada, á lo que contribuyó el mal estado de su salud; en vano las leales fuerzas de Balmaseda y Palacios prodigaban su sangre generosa y llegaban á equilibrar con sus hazañas el peso terrible de la adversa fortuna; Cabrera, tenaz en el desaliento como en la audacia, tomó el camino de la frontera penetrando en Cataluña despues de haber visto derrotado en La Cenia su ejército en 20 de Mayo de 1840. Allí aceptó encargarse del mando del ejército catalan y aún mostró resolucion de defender á Berga, no faltando quien le atribuyese el proyecto de darse la mano con Balmaseda por el Alto Aragon, mas es lo cierto que aún se resistía este valeroso caudillo cuando ya Cabrera en 8 de Junio encerrábase en Berga amagando una defensa de que desistió en cuanto empezaron á distinguirse las avanzadas enemigas, el 4 de Junio de 1839, emprendiéndose entonces una retirada gloriosísima para las fuerzas catalanas, que desobedeciendo á Cabrera batianse con encarnizamiento, y el siguiente dia atravesaban los Pirineos los valerosos soldados realistas llegando á refugiarse en Francia hasta

veinte mil hombres; Tristany, con temerario arrojo, atravesó nuevamente la frontera y sostúvose algunos días en España; pero muy pronto cejó en su empresa. Don Ramon Cabrera en la emigracion no disimuló sus tendencias: los *ilustrados* pudieron jactarse de contar en sus filas una *eminencia* más, pronta á desprenderse del lastre católico, ó *íntegro*, como diríamos hoy, á trueque de conquistar el poder en union con el liberalismo de orden bajo la razon social «fusión dinástica».

Mientras de esta suerte los Elío, Villareal, don Sebastian y demás *notabilidades* abandonaban el campo ante la felonía de Vergara, entregándose á un desaliento impropio de militares y más de cristianos, á pesar de contarse en Aragon y Cataluña más de cuarenta mil valientes, á quienes sonreía la victoria; cuando Cabrera buscaba solucion honrosa para salir del laberinto en que se creía metido, perdida toda la confianza desde la toma de Segura en Mayo de 1839; dos *intransigentes*, dos *brutos*, como decían los *ilustrados*, hacían vacilar con el peso de sus espadas el edi-

ficio de iniquidad levantado en Vergara. Don Juan Manuel Balmaseda, el perseguido por Maroto, y don Manuel Salvador Palacios, fueron los héroes á quiénes tocó realizar el epílogo de la epopeya tradicionalista sosteniendo enhiesta en ruda campaña la bandera de *Dios, Patria y Rey*, en el corazón de Castilla, Palacios recorría la provincia de Guadalajara derrotando dos veces á las columnas liberales que pretendían contener su avance á principios de 1840; mientras iba eclipsándose la estrella de Cabrera, ó por mejor decir su entusiasmo, Balmaseda batía al enemigo y entraba en Monreal del Campo á mediados de Mayo, y la derrota de Cabrera en Cenia y su fuga á Cataluña, coincidía con la victoria obtenida por el propio Balmaseda contra don Manuel de la Concha, á quien obligó á encerrarse en Cuenca en 20 de Mayo de 1840. En el mes de Junio apoderóse Balmaseda de Nava y Roa aterrorizando á los liberales de aquella comarca; derrotado Palacios en Olmedilla, unió sus fuerzas á las de Balmaseda y ambos caudillos pasaron el Ebro por Puente-Larrá en 21 de Junio, á pesar de las

tropas de Concha y Ribero que les perseguían y penetraron en Navarra tratando de sublevar el país; pero los vasco-navarros no habían vuelto del estupor que les causara la traición de Maroto, si ya no debemos creer que el amor egoísta de reposo pesase más en aquellos que los intereses de la Religión, la fidelidad al Rey y la adhesión á las libertades forales; ello es que el pueblo no secundó á los heroicos jefes, y Balmaseda, acosado por fuerzas superiores, vencido cerca de Tafalla y no encontrando acogida en parte alguna, atravesó la frontera de Francia en 28 de Junio; no así Palacios, que con temerario arrojo fué vagando por los montes, burlando la persecución de sus enemigos y mostrando una ejemplar constancia, hasta que desfallecido por el hambre y el cansancio apresáronle unos carabineros en la Borunda. Así acabó la temeraria empresa de estos valerosos adalides que puso en relieve la pequeñez de muchos á quienes hemos visto, rodeados de inmerecida aureola, formar la Corte de Carlos V; ella puso en peligro la mal cimentada dominación de Cristina; sin la apatía y flojedad de los militares

que rodeaban á don Carlos V en los últimos dias de su azaroso reinado, sin el abatimiento de Cabrera, fácil de comprender en quien aspiraba al papel de triunfador, pero no al de mártir, la bandera católica y monárquica podía prometerse una imponente y saludable reaccion en la marcha de los sucesos, cual lo probaron el pronunciamiento de Setiembre de 1840 en favor de Espartero y el destierro de doña Cristina.

Durante esta última época de la guerra el Rey hallábase en Bourges custodiado y espiado por el gobierno intruso de Luis Felipe de Orleans; pero rodeado de las atenciones del clero, cuyo digno Arzobispo tributóle siempre honores régios, y del pueblo, que le miraba con respetuosa deferencia; el Monarca, en cambio, edificaba á todos con sus virtudes, sus prácticas de devocion y sus limosnas y cuidados para con los pobres, sin que olvidase tampoco á los leales que con él compartían las amarguras del destierro; por desgracia las intrigas políticas habían reemplazado á los bélicos proyectos; y dicho se está, que inspiraban en tales ocasiones más confianza los manejos diplo-

máticos que las armas, sobre todo á aquellos militares que tan fácilmente las habían dejado caer de sus manos ante la felonía de Maroto; Cabrera, el duro Cabrera, había engrosado el bando *templado, ilustrado ó tolerante*, demostrando así que una cosa es la crueldad y otra muy distinta la cristiana intransigencia; Villareal, el amigo del mason Simon La Torre, convenido en Vergara, era el consejero favorito del jóven conde de Montemolin (1). No pareció sino que estos hombres se propusieran perder al hijo despues de haber perdido á su padre; la intencion era leal en los más; pero tibios en su fe creían posible salvar la Monarquía tradicional á costa del catolicismo; la cantinela constante de tales hombres y de los que les siguen es decir: «que don Carlos ya sería Rey si no fuese por la prevencion que inspira el Clero» sin ver que don Carlos sin el Clero fuera uno de tantos caciques constitucio-

(1) Este caballeresco Príncipe, al atravesar en 1839 la frontera francesa, se negó á dar su espada á los gendarmes con tal energia, que éstos no se atrevieron á desarmarle, como hicieron con los demás emigrandos.

nales supeditados á la Revolucion y despreciados por ésta.

Consecuencia de tales trabajos fué la abdicacion de don Carlos V en favor de su primogénito don Carlos Luis, conde de Montemolin, abdicacion justificada al decir de sus partidarios por la *fusion dinástica* que se creía lograr mediante el casamiento del jóven Rey con la dominadore de hecho doña Isabel de Borbon; en vano protestaron contra tan mezquina intriga respetables personajes de la comunion tradicionalista, calificando de nula y contraproducente tal abdicacion, en la que don Carlos V sólo consintió despues de tenaz resistencia; el Conde de Montemolin tomó nombre de don Carlos VI, y su augusto Padre se despidió de sus amados súbditos dirigiéndoles la siguiente proclama:

«Españoles, mis fieles defensores:

»Llamado á la Corona de España por derechos
»imprescriptibles, mi único anhelo ha sido cons-
»tantemente la felicidad de mi amada Patria. Esta
»felicidad exige hoy mi renuncia á los derechos
»de la Corona en favor de mi muy amado hijo

»primogénito Carlos Luis, Príncipe de Asturias.
»Ningun sacrificio podía serme costoso, tratándose
»se del bien de mi Patria; he hecho con gusto
»el de la renuncia en favor de mi hijo, á quien
»le reconocereis como mi legítimo sucesor y le
»prestareis el mismo amor y fidelidad que á mí.
»El por su parte sabrá recompensar, como lo
»merecen, vuestra lealtad y constancia en soste-
»ner los sanos principios que solamente pueden
»salvar la España.

»Al retirarme de la vida pública tengo una
»gran satisfaccion y consuelo en manifestaros mi
»agradecimiento por los heróicos hechos con que
»habeis admirado al mundo, los cuales quedarán
»grabados eternamente en mi corazon.

»A Dios, mis constantes defensores y fieles
»compañeros. Rogad conmigo á Dios Nuestro Se-
»ñor se compadezca de nuestra Patria y nos dé
»dias más tranquilos y felices.

«Bourges 18 de Mayo de 1845».

«Vuestro amante y reconocido Rey

CÁRLOS.

Razon tenía don Carlos V en pedir á Dios en el antecedente documento se compadeciera de España, y aún pudo añadir y del jóven Príncipe á quien trasmitía el cetro. En efecto, los *templados* dominaron por completo en el ánimo del nuevo Soberano, seduciendo su corazon generoso y patriótico con la grata perspectiva de un Trono al que ascendería sin esfuerzo aclamado y bendecido de Dios y de los hombres, mediante la reconciliacion de las dos ramas de la Real familia; perspectiva muy seductora, en efecto, prescindiendo de la grave cuestion de fondo que la cuestion dinástica española entraña, para quien no viese en el régio enlace la union contradictoria del principio católico y monárquico personificado en don Carlos VI y el liberalismo de quien recibía doña Isabel de Borbon toda su personalidad política, y claro aparece que esta es la que entraba en juego en la proyectada *fusion dinástica*. Así lo comprendían los consejeros de don Carlos VI y por ello apresuráronse á presentar al Monarca con cierto tinte liberal; pero el astuto moderantismo español rióse de los pujos diplomáticos de

las eminencias de Bourges, incluso de don Jaime Balmes, en quien el criterio político quedaba muy por bajo de su talento filosófico (1) y al que se encargó la redacción del Manifiesto del nuevo Rey, documento anodino en que se hablaba mucho de conciliación y se repudiaba la idea de reacción; como acontece con semejantes idilios, á los liberales no les enterneció la música, y los católicos hallaron floja la letra. El mejor comentario de este documento fué el ridículo y vergonzoso grito de ¡Carlos VI y Constitución! con que, frustrado el proyecto de casamiento, se lanzaron á las armas los montemolinistas en Cataluña; también Elío probó fortuna en Navarra y Cabrera organizó las fuerzas catalanas, pero semejante empresa, que adolecía en su programa de la vaguedad de criterio de sus autores, no logró excitar entusiasmo en el país, pronto á sacrificarse por su Religión y tradiciones, pero no por una cuestión dinástica que queda reducida á una

(1) De ello dió pruebas en su «Pío IX» opúsculo falso en historia y pernicioso en política, aunque hijo de una generosa intención.

personal querella cuando de tan vitales intereses se la separa. Por desgracia la experiencia de 1848 no aprovechó á los *templados*, cual lo prueba el tristísimo episodio de San Carlos de la Rápita; el Cielo evitó á Carlos V este nuevo dolor llamándole á sí en Trieste (Austria) el 10 de Marzo de 1855 para premiar sus virtudes; murió el bondadoso Príncipe con los auxilios de la Religion, que había sido el móvil de todos sus actos, y bien pudo en tan crítico trance repetir las palabras de San Gregorio VII: «Dilexi justitiam et »odivi iniquitatem, propterea morior in exilio». No pereció, empero, con don Carlos V la causa de la Religion y la Monarquía que había en vida personificado; sobre su tumba, aún entreabierta, sonó de nuevo el grito secular: ¡El Rey ha muerto! ¡Viva el Rey! y su gloriosa bandera osténtase hoy para esperanza de los españoles en las varoniles manos del augusto Duque de Madrid, don Carlos de Borbon y de Este, que acentuando cada vez más á impulsos de su recto corazón y madura experiencia la noble intransigencia en la Fé y en la Justicia, proclama las

forales libertades basadas en la tradicion, y recha-
za indignado toda componenda con el liberalismo,
toda absurda fusion de intereses contradictorios;
firme en Dios y en la conciencia de su Derecho
hácese superior á las veleidades de los hombres,
y atento á la calidad, que no al número de sus
súbditos, aplica á desleales y liberalizantes la
máxima del gran Felipe II: «Más quiero no
tener vasallos que tenerlos herejes,» mientras
con heróica firmeza dirige este reto al masonis-
mo triunfante: «Llamado para acabar con la Re-
»volucion en mi Patria, Yo la acabaré.» Oremos
para que sean pronto un hecho tan nobles propósi-
tos; oremos sí, con fe y perseverancia, pero obre-
mos tambien, hoy y siempre en el terreno de la
propaganda católica y pacífica difusion de nues-
tros principios; mañana además en el que Dios y el
Rey nos señalaren, con abnegacion y sin impa-
ciencia.

A. M. D. G.

APENDICE

La invasion del liberalismo en España data de los últimos tiempos de don Fernando VI y gobernó con don Carlos III, el inicuo expulsor de la Compañía de Jesús y fomentador de la francmasonería, á la que dió un medio de accion creando las Sociedades económicas de amigos del país y otras instituciones exóticas; pero no apareció con su propio nombre y fisonomía hasta 1808 en que indignos españoles firmaron la *Constitucion monárquica y consertadora* de Bayona promulgada por el intruso José Bonaparte. Llamóse á los firmantes de la *Constitucion* de Bayona y demás que se sometieron al gobierno de Napoleón, *afrancesados*, los cuales figuraron en las últimas filas del *moderantismo* siendo algunos

de ellos absolutistas, ó mejor, cesaristas en política y jansenistas en Religión, no faltando tampoco el tipo volteriano.

Por su parte las logias masónicas adictas á Inglaterra prevalíanse del estado del país ocupado en la guerra de la Independencia contra los franceses, para imponerle por sorpresa la Constitución de 1812, no sin que se acudiese sin rebozo á perseguir al clero secular y regular y confiscar sus bienes, porque sin atropellos y latrocinios no puede constituirse un régimen liberal. Lucieron, empero, para España dias más felices: don Fernando VII vióse en posesion del Trono que Napoleon le arrabatara y uno de sus primeros actos fué rasgar el Código de impiedad y licencia confeccionado en Cadiz, y encabezado para mayor escarnio en nombre de la Santísima Trinidad.

Por desgracia Fernando VII, lejos de seguir una política francamente católica, continuó la de los últimos reinados, y la insurreccion de 1820 promovida por indignos militares, que prefirieron sublevarse en su Patria á defender su bandera en América, fué la expiacion de sus

complacencias con la secta. Entonces el pueblo empezó á agitarse á impulsos de su fé y de su adhesion al Trono y surgió la Regencia de Urgell, de que hemos hablado, mientras otros jefes, y entre ellos Guergué y Uranga, combatian en Navarra; pero la Francia, temerosa de la reaccion española, envió, para restablecer á Fernando VII en sus derechos, un numeroso cuerpo de ejército que fué al propio tiempo el protector de la masonería de orden. Por su parte el embajador de Rusia Pozzo di Borgo (1) afiliado en la secta masónica, impuso á Fernando un ministerio de conciliacion, y así se esterilizó el noble arranque de la España tradicional; la Regencia de Urgell, debió disolverse y la masonería conservadora continuó dominando en los Cousejos de la Corona: prueba de ello fué la tenaz negativa á restablecer el Santo Tribunal de la Inquisicion abolido por los revolucionarios y cuyo restablecimiento pedian varias poblaciones, y entre ellas la de Barcelona.

(1) Como si temiese que una reaccion católica habia de provocar la emancipacion de la Polonia, nacion católica á la cual tiraniza la Rusia, ha fomentado esta el masonismo en Francia en 1814 y en España en 1823.

Por su parte se veían desatendidos los que habían luchado por la restauracion del Poder Real contra los liberales; esquilinábese al País con la creacion de nuevos empleos, los cuales dábanse con frecuencia á los que habían militado en las filas revolucionarias; cundía la inmoralidad, y los cuadros del ejército llenábanse de oficiales de procedencia constitucional, hasta la misma Guardia Real contaba con algunos jefes de quienes se sabía eran individuos de sociedades secretas. Los liberales en cambio agradecían tales deferencias tramando conjuras y promoviendo levantamientos, de suerte que no pasó año sin el suyo. Las tropas francesas entradas en España, so color de establecer el Trono de Fernando, continuaban dando guarnicion en importantes poblaciones, insultando la dignidad de la nacion, esparciendo la corrupcion y la impiedad y protegiendo descaradamente la masonería, de suerte que en Barcelona los francmasones se reunían casi públicamente á la vista del Gobernador francés, Vizconde de Reisset; hasta seis mil sicarios pertenecientes á las hordas liberales llegaron á

reunirse en una sola tarde en la plaza de San Jaime. Los miserables masones que alardeando de monárquicos tiranizaban la España, sentíanse débiles, y para sostenerse en el poder apelaban á la ocupacion extranjera.

Tal estado de cosas indignaba á los leales españoles y más cuando veían en los Consejos de Fernando VII á francmasones y afrancesados, como Búrgos, Zea Bermudez, conde de Ofalia, Calomarde, Gonzalez Salmon, Lopez Ballesteros, Sarsfield, José de la Cruz, Pedro Cevallos y muchos otros, mientras se postergaba á beneméritos adalides del Altar y el Trono so pretexto de falta de ilustracion, como si la virtud y el heroismo no fuesen el mejor de los títulos.

Con tales precedentes no es de extrañar que la indignacion de los realistas llegase á su colmo y ocurriese en Cataluña la imponente sublevacion de 1827; foé ella en nuestro Principado un verdadero alzamiento nacional que estalló simultáneo en Manresa, Vich, Cervera, Reus y Gerona dejándose sentir las chispas del incendio en Aragon, Navarra y otras provincias; en ella figuraron



representantes de todas las clases sociales, dominando el Clero y el pueblo, como dotados de más viriles y nobles afectos de Religion y Patria. Qué en dichos movimientos se mezclasen algunos liberales para sacar partido de la lucha en pró de sus ímpios manejos, es indudable, y aún no faltó en la Côte de Fernando quien bajo mano incitara á los realistas, ofreciéndoles que el mismo Rey les apoyaría para deshacerse de los liberales que le rodeaban, logrando así con una intentona prematura descubrir las fuerzas realistas y desbaratar ulteriores y más estudiadas empresas; pero imprudente ó no, el movimiento era realista y anti-liberal en su espíritu y en la generalidad de sus adeptos, y sólo el desconocimiento de los asuntos de nuestra Patria ha podido engañar á un ilustre autor extranjero, N. Deschamps (1) para presentarlo falsamente como de origen masónico. Por desgracia dejáronse los realistas arrastrar por su entusiasmo y aceptaron la lucha en el terreno que el liberalismo les designaba; además, levan-

(1) En su excelente obra: «Les sociétés secretes et la Société-Paris. Odin frères, editeurs. 1883.

tándose en ocasion en que los trabajos contra la Iglesia y contra las tradiciones nacionales no se habían mostrado al descubierto, el alzamiento pareció á los ojos de la muchedumbre agresion poco justificada, lo cual hizo incurrir á sus fautores en la grave falta de disfrazar el móvil de la sublevacion, como si fuese valor entendido con el Monarca, y ello dió por resultado que la sola presencia de Fernando VII bastase para desbaratar la empresa á pesar del heroismo de algunos jefes, del gran número de fuerzas comprometidas y de la razon que asistía á los realistas.

El programa de los realistas de 1827, que recibieron el nombre de *mal contents*, reduciase á pedir se persiguiese á la secta masónica en sus distintas ramas, como es de obligacion en todo Estado, y más si es católico; destitucion de empleados de procedencia liberal; reduccion del ejército, no admitiendo en él sino á españoles fieles á Dios y al Rey; supresion de empleos y de instituciones nuevas en el país, en especial en el ramo de Instruccion pública, que empezaba á emanciparse de la Iglesia; restablecimiento de la

Santa Inquisición, ilegalmente suprimida, excluyendo de él el elemento jansenista (y liberal, debieron añadir), y convocación de un Concilio nacional para arreglar los asuntos eclesiásticos. Esta última prudentísima base á la que deberá recurrir todo Gobierno católico, so pena de incurrir en *cesarismo*, ha sido ridiculizada neciamente por el liberal vergonzante don Vicente de Lafuente, en su «Historia de las sociedades secretas en España,» tomo I, cap. LVII, sección 3.^a, más séanos lícito oponer á la pedantesca sátira del señor Lafuente la autoridad, nada sospechosa de tradicionalismo, de Fray Ceferino Gonzalez (1), hoy Arzobispo de Sevilla, que en 1883 pidió á voz en grito para conjurar el *cisma*, que en su sentir amenaza á la Iglesia española, lo propio que los tradicionalistas de 1827, un Concilio nacional (!!). Y atiéndase que cuando entre católicos de Concilio nacional se habla, entiéndese Concilio nacional

(1) Este por otra parte eminente escritor llevado de sus extrañas simpatías políticas, ha dado en una obra seria, «Historia de la Filosofía» el título de filósofo cristiana á don Antonio Cánovas del Castillo, sin citar, empero, fragmento alguno de sus obras ni títulos de ellas siquiera, para que no se viera lo absurdo del calificativo.

canónicamente convocado, ó sea, con el beneplácito del Sumo Pontífice.

Concilio nacional y Córtes en que figuren el clero, la nobleza y gran propiedad y el pueblo; Córtes tradicionales, en una palabra, hé ahí los dos polos de toda sólida reaccion; hé ahí el programa de los realistas españoles en 1821 (1), en 1827, en 1869 y en todos tiempos.

(2) Así resulta del plan formulado por el realista Reverendo don Matías Vinuesa, canónigo de Tarazona, martirizado por los liberales en 1821.

LAUS DEO.

Nota.—El autor de esta obra sujeta todos y cada uno de los conceptos en ella contenidos á la [autoridad de la Santa Madre Iglesia; pronto á retractar cualesquier proposicion que no estuviese en perfecto acuerdo con la santa fé católica.



CATÁLOGO

DE LAS

OBRAS PUBLICADAS POR ESTA CASA

EPISODIOS TRADICIONALISTAS

Montalegre, por D. Carlos Constante. Narración verídica é histórica de los crímenes y asesinatos cometidos al grito de libertad, en Manresa en 1822 y en Montalegre en 1809. Un tomo en 4.º menor de cerca 300 páginas; véndese á 8 rs. en rústica y á 12 lujosamente encuadernado en tela y planchas doradas.

San Carlos de la Rápita ó el Conde de Montemolin, por don Carlos Constante. Forma un elegante tomo en 4.º menor de cerca 300 páginas, y se vende á 8 rs. en rústica y á 12 ricamente encuadernado en tela y planchas doradas.

Los Conspiradores, por D. Francisco Hernando. Tomo I, de más de 200 páginas y elegante impresión. Se vende á 6 rs. en rústica y á 10 ricamente encuadernado en tela y planchas doradas.

EN P R E N S A
Tomo II

LIBROS TERESIANOS

Cuentos y cuadros teresianos, por D. Juan B. Altés y Alabart, presbítero, catedrático del Seminario Conciliar de Tortosa. Un tomo en 8.º de cerca 300 páginas, á 6 rs. en rústica y 8 lujosamente encuadernado.

Historietas teresianas, por D. Juan B. Altés y Alabart, presbítero, catedrático del Seminario de Tortosa. Esta obra forma un tomo en 8.º de 250 páginas, con buen papel, y se vende a 4 rs. ejemplar en rústica y 6 lujosamente encuadernado en percalina y planchas doradas.

EN PREPARACION

Viaje teresiano.

La Ilusion Liberal, por Luis Veuillot, vertida al español de la tercera edicion francesa, por D. Luis Oliver y Riera, intérprete real. Un tomo en 8.º, á 4 rs. en rústica.

REGALO: Toda persona que compre esta obra tendrá opcion á un magnífico retrato del autor, impreso sobre papel cartulina.

Combates del corazón, drama en dos actos y en prosa, original de D. Francisco de P. Oller. Segunda edicion, con permiso de la autoridad eclesiástica. Representado por primera vez en el teatro del *Fomento Católico* de esta capital. Precio 4 rs.

RECUERDOS DE LA GUERRA CIVIL.—**La campaña carlista de 1872 á 1876**, por D. Francisco Hernando. Un tomo en 4.º, de 400 páginas, ricamente impreso, á 18 reales en rústica y 24 en pasta. Por correo un real más.





